



No 2766  $\frac{D}{7}$

1001



CAPULLOS DE NOVELA

*JT*

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

---

	Ptas. Cs.
RIPIOS ARISTOCRATICOS. (Cuarta edición,) un tomo en 8.º.....	3 »
RIPIOS ACADÉMICOS, (segunda edición), un tomo en 8.º.....	3 »
RIPIOS VULGARES, un tomo en 8.º....	3 »

(Los pedidos de estas obras, deben dirigirse á LA ESPAÑA EDITORIAL, Mendi-zábal, 34, Madrid.)

---

FE DE ERRATAS DEL NUEVO DICCIONARIO DE LA ACADEMIA, artículos firmados con el seudónimo de <i>Miguel de Escalada</i> , dos tomos.....	6 »
---	-----

(Los pedidos de esta obra, que está agotándose, han de dirigirse á D. Braulio Jiménez, Carretas, 8, librería. Está en prensa el tomo 3.º)

HISTORIA DEL CORAZÓN, idilio (segunda edición).....	» 50
---	------

---

## EN PRENSA

AGRIDULCES, (POLÍTICOS Y LITERARIOS.)  
FE DE ERRATAS, etc., tomo 3.º

---

## EN PREPARACIÓN

AGUA TURBIA, novela.  
RATONCITO NOSEMÁS, novela.  
LOS CAZADORES DE DOTES, novela.  
EL BEATO JUAN DE PRADO.



R-1530

CAPULLOS

DE NOVELA

POR

D. ANTONIO DE VALBUENA.

(MIGUEL DE ESCALADA.)



A. H. 3911

R. 2653 (OL)

MADRID

LA ESPAÑA EDITORIAL

OFICINAS: MENDIZÁBAL, 34

Correo apartado, núm. 144.

---

Es propiedad del Editor.  
Queda hecho el depósito que  
marca la ley.

---

## LOS PRIMEROS DIENTES.

---

Tan..... tarán..... tan, marido,  
ya tiene un diente el niño.  
Tan..... tarán..... tan, mujer,  
y otro le quier nacer.  
(Popular.)

Llovía un poco.

Muy poco: no era más que esa lluvia menuda, tibia y pegajosa que desespera á los vendimiadores en las primeras mañanas de Octubre.

Pero como yo no iba á salir á vendimiar, por esa parte la lluvia no me daba cuidado.

Ni por la otra. ¿Qué cuidado me daba á mí que lloviera? Sobre todo..... sí, sobre todo llovía, como sucede siempre que llueve, sobre justos y pecadores; y no hagan ustedes caso de aquel otro *sobre todo* que es un galicismo.

Quería decir que no me daba cuidado la lluvia en general, y mucho menos esa lluvia casi imperceptible que solemos llamar calacadémicos..... ¿Cómo?... ¿Qué?... ¿Dice usted que se llama calabobos?... Perdone usted, discretísimo lector; eso era antes.

Repetiré, si ustedes quieren, que llovía, y no diré que me tenía sin cuidado la lluvia, porque no se debe decir así; pero diré que no me importaba que lloviera.

A más de que probablemente iba á parar muy pronto. Acababa de amanecer, y por aquel refrán que dice: «agua de mañana y concejo de tarde, luego se esparde.....»

¿Que por qué me había levantado tan temprano?.... ¡Ah! sí..... Pues, porque no había dormido bien. Había extrañado la cama de la fonda, no porque fuera mala; pero, en fin, lo cierto es que no había podido dormir, y por eso en cuanto amaneció Dios, me tiré de la cama, me vestí y me asomé al balcón del poniente.

Entonces me enteré de que llovía.

La casita blanca, que forma ángulo recto con la fonda, tenía todas las ventanas cerradas.

—¡Velay!—dije yo, ó por lo menos lo debí decir—los moradores de esa casa duermen todavía como unos benditos.

Tendí la vista al frente. Los romeros del huerto estaban casi todos cubiertos de pañales, que habían pasado la noche á la intemperie.

Por las señas, en la casita blanca había un niño. La rolla había tendido allí los pañales á secar, y no habían secado, porque llovía, pero se habían lavado completamente. Habría

que secarlos en el azufrador uno á uno, si acaso el sol, que estaba ya para salir, no se resolvía á rasgar los nublados y parar la lluvia.

Que sí se resolvería, de seguro. Si fuera en Bilbao ó en San Juan de Luz, puede ser que no; pero en mi tierra suele ser el sol muy buena persona.

¿No lo dije? A los diez minutos comenzó el astro rey á hacer asomadillas por entre las nubes, y á los veinte ya había escampado.

Pedí el chocolate, me lo trajeron, lo tomé y me volví á salir al balcón.

Se quedaba un día muy hermoso. Los árboles iban dejando caer poco á poco las gotas de la pasada lluvia y..... las hojas; y hasta algún pájaro rezagado de esos que no se marchan al Mediodía ó se tardan en marchar, hubo de cantarle cuatro ringorrangos al padre *Sol*, al fecundador de la madre *Natura*, como diría el peor de nuestros poetas clásicos.

O cualquiera de ellos, porque todos son peores.

En esto..... Vamos, en aquello, se sintió chillar una falleba en la casita blanca; un momento después se abrió el balconcillo que daba á la escalera de piedra que bajaba al jardín; en seguida salió á posarse sobre el hierro mojado del balaustre una mano robusta y varonil pegada á una muñeca fuerte

y velluda, y casi al mismo tiempo, una voz tan varonil como la mano y tan fuerte como la muñeca pronunció estas palabras: ¡Calla! ¡y ha llovido!....

—¡Calla! yo conozco esa voz—iba yo á decir; pero no lo dije, porque inmediatamente después de la voz salió al balcón un hombre, y lo que tuve que decir fué:—¡Calla! ¡Si es Fernando!

Este Fernando era un amigo mío, teniente de artillería, muy valiente y muy buen muchacho; pero en particular, muy valiente.

Como que no era más que teniente sencillo y estaba ya casado.

—¡Fernando!—le iba yo á gritar; pero me detuve, porque detrás de él salía una joven muy bien parecida llevando en los brazos un niño de pecho.

—¡Justo! su mujer—dije para mí;—su mujer.... y el autor del milagro de los pañales... y de otro milagro que un momento después exhibía cara al sol en otro de los balcones del jardín la criada; es á saber: un jergonín de cuna con una redonda mojadura en el medio.

Fernando y su mujer bajaron por la escalerita de piedra, y él se metió en seguida por una de las veredas del huerto comenzando á sacudir los romeros y los rosales.

—¡Quita, hombre, que te vas á poner perdido de agua!—le gritó su mujer que se había quedado en el escalón bajero.

—No; ya voy con cuidado—la respondió cariñosamente;—voy á ver si se ha caído anoche el membrillo grande que había en aquella esquina; porque sería una lástima que se pudriera.

—¡Qué feliz debe ser este muchacho!—filosofaba yo tristemente.—Y todos le teníamos por loco hace dos años, cuando se casaba..... Tiene una mujer guapa,.... porque no se puede negar que es una morena muy guapa..... ¡Cuidado que tiene unos ojos!.... Y además, y esto es lo principal, será buena, de seguro... Después, tiene ya un niño que comenzará pronto á decir gracias y á entretenerle..... Vive aquí en esta casita hecho un príncipe: probablemente habrá dormido mucho más á gusto que yo; se ha levantado, ha bajado al huerto con su mujer y su hijo..... En este momento no se cambiaría seguramente por el emperador viejo de Alemania después de la rendición de París, ni por el nuevo después de la muerte del viejo..... De aquí á un rato se volverá á meter en casa, se dormirá el niño, porque los niños así pequeños creo que duermen mucho; su mujer se pondrá á coser ó á bordar, y él se sentará á su lado á leer la ordenanza..... ó *La Correspondencia*, cualquier cosa, porque, al lado de una mujer así, cualquier lectura, aunque sea la de una novela de Polo y Peirolón, debe de ser amena... No hay más remedio que casarse.....

Al llegar yo á esta resolución sublime, el niño había dejado de mamar, como si quisiera celebrarla. Su madre, irguiéndole entonces con gracia sobre el brazo izquierdo, comenzó á hacerle fiestas para hacerle reir; y, cuando lo consiguió y le vió los dientes, exclamó fuera de sí de gozo, corriendo hacia donde estaba su marido:

—¡Ay! ¡Mira, Fernando, mira qué hermosura!....

—No vengas, Aurora; allá voy yo—la decía él, volviéndose hacia la casa apresuradamente;—no vengas, que está el piso muy húmedo,

Pero ella ni oía estas palabras, ni reparaba en la humedad del suelo, ni se detuvo hasta encontrarse con su marido y mostrarle el niño, oprimiéndole suavemente el labio inferior con los dos preciosos dedos de santiguarse, y repitiendo loca de alegría:—¡Mira, mira qué hermoso!.... ¡Los dos los tiene fuera ya.. los dos..... mira, mira!.... Y uno y otro empezaron á comerse el chiquitín á besos.

La escena me conmovía demasiado..... Yo soy así..... Quise llorar, pero me daba vergüenza, por si me veía alguno, y no se me ocurrió otro medio de resistir, que empezar á llamar:—¡Fernando! ¡Fernando!

Fernando levantó la cabeza, miró hacia los balcones de la fonda, y dijo sorprendido:

—¡Chico! ¿Tú por estas tierras? ¿Qué haces?



—Ya ves..... Ahora alegrarme de verte, y de verte tan contento... y tan bien acompañado.

Su mujer alzó entonces los ojos, como recogiendo la alusión personal; la hice una respetuosa inclinación de cabeza, y me pagó con otra acompañada de una suave y casi imperceptible sonrisa.

—¿Cuándo has venido?—siguió preguntándome Fernando.

—Anoche.

—Vendrás de la montaña é irás hacia la corte, por supuesto..... ¿Quieres bajar? No tienes más que dar la vuelta..... O, si no, subiré yo en seguida.

—Como tú quieras.

—Bueno, pues allá voy... Tenemos que echar un párrafo muy largo.....

Cinco minutos después estaba ya Fernando en mi cuarto de la fonda. Charlamos muchísimo, y me contó toda su vida de casado con verdadero lujo de pormenores.

—Sí, hombre, es verdad—me decía á poco confirmando mis impresiones:—te confieso que soy feliz... relativamente. Mi mujer es muy buena, ¿sabes? muy buena... ya la conocerás... hoy vas á comer con nosotros... es una santa. Por este lado no puedo menos de estar muy satisfecho, y por otra parte, no me falta, gracias á Dios, lo necesario para vivir así, con modestia, y á gusto; de suerte



que creo que soy todo lo feliz que se puede ser en el matrimonio. Pero también se sufre; no creas que todo es vida y dulzura, como decimos en la Salve. Hoy precisamente estamos muy contentos; hoy es un día de alegría en casa, porque le han salido los primeros dientes al niño. Pero para llegar á esto, ¡si vieras la semana que hemos pasado!..... Estuvo muy malo unos cuantos días, y luego, Aurora, en cuanto veía que no quería mamar, toda se asustaba... Primero creímos que tenía la difteria. Vino el médico y nos asustó más, porque como los médicos son medio insensibles... Aurora le preguntó si sería la difteria, y la dijo fríamente que podría ser; le volvió á preguntar si en caso de que lo fuera, se moriría el niño, y la contestó que probablemente, porque de esa edad se salvaban muy pocos. Ya ves tú; decirle eso á una madre..... Para él, nuestro hijo no era más que uno de tantos niños como habrá visitado en su vida, un *caso* como ellos dicen; pero para su madre... y para su padre... Hemos ofrecido hacer una novena á la Virgen del Camino y un día de estos la vamos á empezar..... No puedes figurarte lo afligida que estaba Aurora el día que el médico la dijo que era posible que el niño se muriera..... Y, ya ves tú; no dijo ningún disparate, porque como posible...—«Hay que llamar á otro médico—me decía—porque el tal Acero es un tonto; pa-

rece que no le importa nada que se muera el niño. ¡Dios mío! ¡Virgen santísima! se había de morir este ángel.....» En fin, chico, créete que he pasado unos días de prueba..... Hoy en cambio somos muy felices: cuando nos has visto ahí abajo, cuando Aurora fué! á decirme que ya le habían salido los dientes al niño y se los estábamos mirando, no me hubiera cambiado por ningún rey ni por ningún emperador del mundo. Ni ahora tampoco... lo que es eso...

Cerca de dos horas hacía que Fernando y yo estábamos hablando sin que se nos acabara la materia, cuando llamaron á la puerta del cuarto y entró el camarero diciendo:—Señorito, tiene usted una visita en la sala.

Miré á Fernando, me miró él á mí, y el camarero que esperaba órdenes añadió:—Ha dicho que era de confianza; quería pasar aquí, pero yo le dije que estaba usted con otro caballero.

—Que pase aquí, que pase—dijimos Fernando y yo casi á un tiempo.

—¡Ah! ¡si es Rafael!—añadía Fernando un momento después, cuando el camarero volvió á abrir la puerta, y entró un joven rubio y simpático, que me abrazó cariñosamente diciendo:

—Por una casualidad supe que habías llegado anoche, y como á lo mejor sueles pasar como un relámpago, sin acordarte de los amigos, he venido á verte.

—Y te lo agradezco mucho. ¿Cómo está Carmen?—le dije yo.

—Ahora está regular, pero ha estado muy malucha todo el verano. Que te diga éste; hemos tenido que ir á las Caldas.

Fernando y Rafael se habían saludado como se saludan dos amigos que se han visto la víspera.

—Mira—le decía el primero al segundo después que habíamos hablado un rato—éste va á comer hoy con nosotros; ven tú también: estamos de fiesta...

—¡Para fiestas estoy yo!—replicó Rafael sonriéndose.

—Sí, hombre—insistió Fernando—mandamos recado á tu casa si no quieres volver: estamos de fiesta por los primeros dientes.

—Precisamente por eso mismo estoy yo de un humor de mil demonios.

—¿Cómo?—le dije yo—¿tienes algún niño malo?

—Ni malo ni bueno, por desgracia—me contestó Rafael.—Tuve uno, se me murió y no he vuelto á tener más.

—Entonces no comprendo cómo dices que estás de mal humor por los primeros dientes.

—Pues es muy sencillo. Porque esta mañana, por primera vez, me ha enseñado los dientes mi suegra.

## EL COCHE.

### I.

¡Pobre Mercedes!

Espigadilla y vivaracha cuando yo la conocí en Cádiz—me decía su antiguo novio Agustín de Viana contándome esta historia—no te diré que fuera una belleza, pero era una mujer muy agradable, y tenía, aparte de sus naturales gracias, la gracia de los dieciocho años.

Que cómo fué para conocernos en Cádiz, dirás tú, siendo ella de Aragón y yo de Zamora; pues ahí verás: parece cosa del demonio.

Fuí yo á Cádiz acompañando á mi hermana Leonor que quiso ir á esperar á su marido, teniente coronel de ingenieros que volvía de Puerto Rico después de cinco años de ausencia. Llegó mi cuñado endeble y decaído con el mareo y todas las molestias del viaje, que aun en los vapores buenos no son escasas, y como, á pesar de hallarnos en el rigor del in-

vierno, reinaba allí un tiempo verdaderamente primaveral, nos decidimos á quedarnos una temporada.

Y allí había ido ella también, con su padre y su hermano, en busca de clima templado para éste último, que estaba medio tísico ya, y que murió al año siguiente, sólo cuatro después que su madre la señora condesa del Espino.

La primera tarde que la vi en paseo me llamó la atención, porque tenía cierta palidez aristocrática, y alguna otra cosa que no acertaría yo á describir, pero, en fin, algo que la denunciaba como no andaluza.

Quise saber quién era, mas no pude, porque no tuve á quien preguntar: no conocía á nadie.

Por la noche la vi en el teatro, y... lo mismo. Digo, lo mismo no, porque yo tenía mucha más curiosidad de saber quién era que por la tarde. Había advertido ella que yo la miraba, y me miraba también con curiosidad, sin duda parecida á la mía.

Para la tarde siguiente ya había hecho yo conocimiento con un capitán de Estado Mayor amigo de mi cuñado, que había estado á verle en la fonda. Entrar el capitán en el paseo, notar yo que había saludado á Mercedes y correr á pararle todo fué uno.

—¿Quién es esa joven delgadita que acaba usted de saludar?—le pregunté.

—Mercedes Medina—me contestó;—una señorita de Aragón que ha venido aquí á pasar el invierno con su padre, que es ese señor que la acompaña, y con un hermano enfermo. ¿Le gusta á usted?

—Pchs... No me parece mal.

—Es guapilla, pero creo que debe de tener poco fuste. Ya verá usted: si la mira usted un poco, si conoce que tiene usted interés por ella, en seguida preguntará si es usted rico y cuánto tiene. A mí me llamó la atención también cuando vino, y en cuanto me hice presentar á ella, la faltó tiempo para preguntar si era rico, y se lo preguntó á la misma persona que me había presentado; con lo cual excuso decir á usted que no me he vuelto á acordar de ella. Y lo mismo ha hecho ya después con otros varios: en cuanto cree que uno tiene intenciones de obsequiarla, ya está preguntando, no por sus cualidades morales, sino por sus riquezas. Se conoce que la niña está ya pensando en ser condesa, porque su hermano, que actualmente es el conde del Espino, se está muriendo, y quiere llevar el título con lujo..... Ella misma ha dicho que no se resigna á no andar en coche.....

—Crees tú que estas noticias del capitán—continuaba diciéndome Agustín—me retrajeron ni me entibiaron en lo más mínimo? Al contrario; me metieron más en deseo de

hablar á Mercedes y tratarla. Me figuré que el capitán hablaba así por despecho, porque ella no le habría querido hacer caso: se apoderó de mí una mezcla de curiosidad, de amor y de orgullo que del todo me quitaba el sosiego; y á los ocho días, en la tertulia del gobernador militar, me presentaban á ella y á su padre. Desde entonces comencé á acompañarla todas las tardes en el paseo y á subir á saludarla al palco en el teatro todas las noches. El buque de mi vanidad marchaba viento en popa. Puedes figurarte lo hueco que iría yo al lado de aquella mujer, que había desdeñado.....—para mí era esto ya como artículo de fe—que había desdeñado á todos los que antes de llegar yo se habían dirigido á ella.

Y además era muy agradable en su trato, y hasta tenía un aire de sinceridad, que, por lo que he visto después, no era más que aire. También he sabido después, que preguntó de mí, como de los demás, si era rico; pero la persona á quien preguntó, otro amigo de mi cuñado, la dijo que sí, que era hijo de un riquísimo propietario de Zamora, y á esto debí mi provisional triunfo.

Tan loco iba estando por ella que, cuando mis hermanos trataron de abandonar á Cádiz, repuesto ya mi cuñado completamente, conociendo mi hermana cuánto me contrariaba la partida, me dijo, como por decir al-



go, seguramente sin ánimo de que aceptara: «Si tú te quieres quedar...», y en el acto la cogí por la palabra y dije: «Si te parece..... me quedo..... Ya no os hago falta; me quedo unos días.....»

Y me quedé efectivamente, y, una semana tras de otra, pasé allí un par de meses que me parecieron un soplo.

La satisfacción de ser públicamente correspondido por Mercedes, delante de aquella sociedad gaditana que la había visto tan desdenosa con todos los que antes de mí se la habían acercado solicitando su amor, era tan completa y llenaba tanto mis aspiraciones, que no traté por entonces de profundizar en su corazón, ni creo que llegué á hablarla nunca del matrimonio. ¿Qué prisa tenía? ¡Era tan feliz con que ella, en su manera de tratarme, diera á entender claramente que me quería, que me prefería á todos sus anteriores pretendientes!...

## II.

Al principio de la Cuaresma, que era á la vez el principio del mes de Marzo, se me despidieron una noche su padre y ella para Madrid, y naturalmente yo me vine también á

Madrid en el mismo tren que ellos. Al despedirnos en la estación de Atocha, el padre me ofreció su casa en la calle de la Flor Alta, número 5 duplicado.

—Que le veamos á usted por allí, Viana; no nos olvide usted—añadió Mercedes con una amabilidad encantadora.

Y es claro; no fuí aquella tarde, porque me pareció demasiado pronto, pero fuí al día siguiente á ver cómo les había dejado el viaje.

Don Severo Medina, á pesar de su aspecto de brigadier, es hombre muy amable, y para mí lo fué siempre sobremanera, como que á los tres días me pagaba la visita.

Su hija no creerías lo franca y cariñosa que estuvo conmigo, al verme por primera vez en su casa: sólo te diré, que rodando la conversación, halló manera de dejar caer estas palabras: «Sí, esta mañana, á eso de las once y media, cuando salíamos de San Martín..... porque todos los días solemos ir allí á misa de once.....»

Al día siguiente fuí yo también á misa de once á San Martín, pues me pareció que para eso me lo había dicho: salí cuando ellos, les dí agua bendita, y los acompañé á dar una vuelta por las calles, todo lo cual quedó luego erigido en costumbre. Si vieras..... ¡Me iba yo dando un tono al lado de Mercedes!....

Así las cosas, ya ves que no podían ir me-

jor ¿eh?... así las cosas, estuve algo enfermo unos días y no pude ir á misa. La primera tarde que salí de casa, emprendí el camino para la suya á dar cuenta de mi persona. ¡Figúrate cuál sería mi asombro al ver á Mercedes hablando desde el balcón con un militar!.... ¿Sabes quién era?... Le debes de conocer..... un comandante de Infantería que se llama Remigio Soria, ayudante del general Anchete.

Dudé si llegar á la casa y subir, ó volverme; pero me decidí por esto último.

Al día siguiente ya fuí á misa, y al salir, lo primero que ví fué al comandante, arriado á la botica de Porta-Coeli. Se conoce que le había dado ella misma la noticia, como á mí; pero como yo salía con ella de la iglesia y me puse inmediatamente á su lado, el comandante no se acercó.

Entablé conversación con Mercedes, y como la insinuara tímidamente mi observación de la víspera, me dijo muy formal que no hiciera caso, que era un amigo antiguo que había venido de Zaragoza, y viéndola por casualidad en el balcón, se había parado á saludarla y á darla noticias de unas amigas.

Hablaba con un acento de sinceridad, que al pronto la creí; pero después..... la curiosidad me llevó hacia la calle de la Flor á la misma hora que la tarde antes, y observé lo

mismo, el mismo coloquio en pleno día y en plena calle.

Me disgusté mucho, me encerré en casa y estuve quince días retraído.

A los quince días recibí la invitación para un baile en casa de los condes del Haya. Como suponía que había de ir Mercedes, mi primera intención fué no ir. Era lo que debía hacer... y estaba decidido á hacerlo. Mas por otra parte, tenía tanta curiosidad de verla..... Yo lo llamo pudorosamente curiosidad, tú puedes llamarlo como gustes..... Tenía tanta curiosidad de verla..... estaría tan mona..... Y eso que á mí ¿qué me importaba ya?... Mas el caso era que también..... eso de dejar de ir sólo por ella..... ¿No podía yo ir y no hacerla caso?... Pues claro, es lo mejor, me dije por último: voy y me pongo á jugar al tresillo con los señores mayores, me levanto alguna vez cuando me toque dar, observo fríamente la escena y vuelvo á sentarme. Decidido...

### III.

No se cumplió el programa, ya lo supondrás, no se cumplió el programa más que en la primera parte, en lo de ir: lo demás todo salió al revés.

Al entrar en el salón, lo primero que vi fué á Mercedes sentada al lado de la señora de la casa; así es que el primer saludo después del de la condesa, tuvo que ser el suyo, que comenzó ella soltándome esta granizada de preguntas:

—¿Qué es de usted? ¿por dónde anda usted? ¿ha estado usted enfermo? ¿dónde se mete usted?....

Y sin darme tiempo de contestárselas, continuó diciendo:

—Supongo que seguirá usted en su grave costumbre de no bailar más que rigodones, como en Cádiz..... Yo tampoco pienso bailar esta noche wals, porque estos días he estado delicada; pero algún rigodón si bailaré.....

—Si usted quiere hacerme el obsequio de bailar uno conmigo...—me creí obligado á decirla.

—Con mucho gusto—me contestó.—¿Quiere usted el primero?

—Bien, el primero, muchísimas gracias—la dije. Y seguí saludando á las señoras y luego á los amigos que tenía en la sala.

Poco después el piano hizo señal de comenzar un rigodón, y me fuí á buscar á Mercedes, un tanto emocionado, pero firmemente decidido á no pedirla explicaciones de nada, á no hablar una palabra de nuestro antiguo amor, á charlar sin sustancia del tiempo, de música ó de cualquier cosa; en fin, á es-

tar con ella lo más indiferente del mundo.

¿Crees que llevé á cabo mi propósito?.. No le pude llevar, porque ella misma empezó á hablarme del caso, y á acusarme de veleidoso, como todos los hombres; esto lo decía con mucha gravedad y al mismo tiempo con mucha gracia, asegurando que me alejaba de ella porque así lo creería conveniente, pues lo del comandante Soria no podía ser más que una disculpa, porque no había nada ni nunca lo había habido, pero entonces menos; y añadía para dar fuerza á sus argumentos:—Ya ve usted cómo no ha venido esta noche, ni vendrá probablemente... y aunque viniera... ya vería usted....

El caso es que la fuí creyendo, que ya la había creído del todo y estaba yo en mis glorias, cuando, al terminar la penúltima figura del rigodón, me acuerdo bien... hacía yo el solo, estaba de espaldas á la puerta del salón, y en el espejo de enfrente vi al comandante que entraba sonriendo. Miré á Mercedes y me pareció que se había sonreído también.

Todo cambió en mi alma: la satisfacción se tornó en disgusto, de las flores de mis ilusiones no quedaron más que las espinas. Se acabó el rigodón, Mercedes se me colgó del brazo, la dejé donde ella me indicó que la dejara, y me fuí hacia las mesas de tresillo, jurando en mi interior no volver á acordarme de ella...

Ya supondrás que rompí el juramento; pero lo que no te habrás atrevido á suponer es que le rompí aquella misma noche... Y eso que después de lo que te he dicho la vi bailar un rigodón con Soria, y tener con él conversación muy tirada y reirse mucho. Pues á pesar de eso... ¿Qué quieres?.. Me estuve viendo jugar al tresillo todo el resto de la noche, teniendo cuidado de no sentarme junto á la mesa en que jugaba D. Severo Medina, sino al lado de otra donde jugaban aquel Auditor de la Armada muy sordo que iba á casa de la marquesa de Villafría, Manuel Solana el secretario de la Junta consultiva de Caminos y dos magistrados del Supremo muy disputadores. Desde allí presenciaba ya á última hora el desfile de la gente. Ya se había levantado el padre de Mercedes y se había despedido. Hacía yo cuenta de marcharme el último, con la última tanda de viejos que no tenían señoras que acompañar. Pero Mercedes entró en el gabinete aquél á despedirse de su tío el marqués de Tapia, hizo después una inclinación de cabeza á los jugadores que no conocía, y al despedirse de mí me dijo, volviendo á retirar la mano después de haber hecho ademán de dármele:

—¡Ah! no: usted se vendrá con nosotros.

¿Qué había yo de hacer? Me despedí de los tresillistas y salí con ella y con su padre como un doctrino. Me cogió el brazo para

bajar la escalera, me dijo que parecía que estaba serio, y como yo la indicara tímidamente el motivo, me llamó inocente y creo que tonto, me dijo que parecía un niño, que una mujer no tenía más remedio que estar amable con todo el mundo, que ya veía cómo Soria no había esperado, y en fin acabó por convencerme.

## IV.

La temporada que siguió á la noche del baile fué para mí una temporada feliz por entero.

No sé si el comandante Soria tendría por entonces que salir de Madrid, creo que sí; lo cierto es que no le volví á ver ni á la puerta de la iglesia de San Martín, ni por los alrededores de la casa de Mercedes.

Con lo cual, yo, que todavía no la conocía bastante, creía buenamente que ella le había despedido. A mayor abundamiento ella misma me lo indicó así á los pocos días, diciéndome.

—¿Ve usted cómo ya no nos encontramos al comandante por ningún lado?

—Es verdad—la respondí—ya he notado que no la persigue á usted como antes, ó me-



¡or dicho, que no me persigue á mí, porque contra mí era principalmente la persecución.

—¿Y á quién cree usted que se debe el milagro?... Pues, por más que usted no me crea capaz de hacerlos.....

—¿No he de creerla á usted capaz de hacer milagros?... Por lo menos tengo que reconocer uno muy grande que ha hecho usted conmigo.

—¿Cuál? ¿cuál es?

—El de haber hecho de un hombre altivo é indomable, como era yo antes de conocer á usted, un esclavo, un pobre cautivo sin libertad, ni albedrío, ni voluntad, ni vida propia.

— ¡Já, já, já! ¡Sí, valiente cautivo está usted!.... como todos.

Por este estilo siguió la conversación y con estas cosas iba acabando Mercedes de volverme el juicio.

A tal punto fué llegando mi entusiasmo, que la escribí en el abanico unos versos, malos, eso sí, como casi todos los versos que se escriben en los abanicos, pero muy apasionados y que á ella la gustaron mucho. Todavía me acuerdo de esta estrofa insulsa que la hizo mucha gracia:

Es tan airoso tu talle,  
Que el de la palma del valle  
No es mejor.  
Por tí llaman á esta calle  
De la *Flor*.

Cerca de tres meses duró aquella que yo creía felicidad verdadera, aquella posesión tranquila del cariño de Mercedes, sin contradicción de nadie, porque dió la casualidad...—pero esto no lo sabía yo entonces ni acertaba á sospecharlo—porque dió la casualidad de que nadie se acordara de ella.

A últimos de Junio se marchó con su padre á Aragón, citándome para el mes de Agosto en San Sebastián.

Tardó en llegar el mes de Agosto—á lo menos á mí se me figuró que tardaba—pero al cabo llegó, y llegué yo también una tarde al oscurecer á la moderna capital de Guipuzcoa.

En cuanto pude instalarme en una fonda, que no me costó poco trabajo, y comí de prisa y corriendo, me fuí al *boulevard*, seguro de que por allí la encontraría, y la encontré en efecto.

Recibióme con un grito de júbilo.—¡Ay, Viana! Papá, mira Viana...—Paseé y estuve sentado á su lado. Cuando quisieron marcharse del paseo los acompañé hasta su casa, que el padre me ofreció muy amistoso.

A la tarde siguiente fuí á visitarlos, y ¿qué dirás que vi al llegar á la esquina de la calle?... Pues vi á Mercedes hablando desde el balcón con un hombre que estaba en el balcón de al lado. Después supe que era un marino que la hacía el amor y había alquilado

exprofeso la casa contigua. Estuve un rato en observación y el coloquio seguía muy animado.

A la otra tarde volví y se estaba repitiendo la misma escena, y á la mañana siguiente dejé la ciudad aburridísimo.

¡Acabáramos! dirás tú..... Pero te equivocas, porque no acabamos todavía.

## V.

Pasaron tres años, en los cuales la conocí á Mercedes cuatro novios, ninguno de ellos bastante rico. La vi en el invierno siguiente acompañada del marino por la Castellana. En la primavera volvió á privar una temporada el comandante Soria, y muchas tardes la vi sentada entre su padre y él en las sillas del Prado. Al otoño siguiente y casi todo el invierno tuvo relaciones con un diputado asturiano, aquel Tamargo que estuvo en puerta para Director general de Impuestos. Sucedió á éste un abogado de Lerma, excelente muchacho, pasante de Sánchez de Embite, y á quien este dejó el bufete cuando llegó á ministro.

Después..... casi me da vergüenza contártelo. ¿Querrás creer que después de todas estas veleidades, todavía fuí su novio?

La encontré una tarde en el Retiro. Yo quise hacerme el distraído y no mirarla; pero al pasar me dijo con tono cariñoso:— «Adiós, Viana;»—y después que pasó se volvió á mirarme..... ¡Ejercían aquellos ojos una influencia sobre mí....!

Y el caso es que entonces llegó á ir la cosa bien: estuvo más de medio año muy formal, sin darme un disgusto.

Pero quiso mi mala estrella que viniera por ahí echándose las de millonario un manchego, de Miguelturra, un tal Damián Pérez, sobrino de Braulio Pérez el opulento comprador de bienes eclesiásticos, nada más que sobrino. El se dió por hijo, y haciéndose prece-der de una gran fama de riqueza, fué presentado á Mercedes en la tertulia del general Pinto.—Figúrate—la decían á Mercedes las niñas de la casa al anunciársele—figúrate si será rico cuando á su padre le llaman *Onzas* y á él *Oncitas*.

Estos apodos y la cifra concreta de veinte mil duros en que se fijó en la tertulia la renta de Pérez, deslumbraron á Mercedes por completo, de modo que comenzó á estar seria conmigo y acabamos por romper de una.

¡Qué bien la había conocido el capitán de Estado Mayor!.....

Efectivamente, creía haber encontrado el coche, y á los cinco meses se casaba con aquel zanguango.

—Que luego, á lo mejor, no sería rico—le interrumpí.

—Claro que no. Los veinte mil duros se redujeron á diez mil reales, y eso para cuando se mueran sus padres, que son muy jóvenes todavía. Poco y entre zarzas.

—De suerte que el coche.....

—Va la infeliz en el de San Francisco; y todavía no es eso lo más malo. ¡Pobre Mercedes! Por ahí la suelo encontrar sola, y me da lástima. Además de no tener coche, puede decirse que no tiene marido tampoco, porque el de Miguelturra es un perdido que no la hace caso.



## ¡FUERA JUDÍAS!

---

Bien dice el refrán, que el hombre propone y Dios dispone.

Nosotros habíamos salido de caza, y nos proponíamos naturalmente hacer ejercicio, divertirnos y matar muchísimas perdices.

Pero Dios había dispuesto que no matáramos ninguna, y las nubes, dóciles al mandato del Criador del mundo, se encargaron de hacernos cumplir su voluntad altísima.

Apenas habíamos llegado al cazadero cuando comenzó ya á llover un poco. Nos resistimos á ver si paraba; pero, lejos de parar, la lluvia fué engordando, engordando cada vez más, y no hubo otro remedio que abandonar el campo y acalados.

Cuando entrábamos en casa del anciano cura de Santa-Olaja, yo de mí recuerdo que iba hecho una sopa.

El venerable sacerdote, á quien sólo uno de mis compañeros conocía, nos facilitó ropa con qué mudarnos mientras se enjugaba la nues-

tra, nos dió de comer, y como la lluvia continuó hasta otro día, nos entretuvo toda la tarde y toda la noche dándonos consejos y lecciones que sacaba del abundante almacén de su experiencia.

Sabía de todo y nos habló de todo, desde la caza hasta la teología; y aún me parece que estoy viendo su noble figura, y recuerdo especialmente la fe con que nos ponderaba la eterna desdicha de los pueblos que pretenden curarse de sus males con motines y revoluciones.

—«Es de todos los tiempos—nos decía—la inclinación á rebelarse: está en la naturaleza humana, viciada y corrompida por el pecado de nuestros primeros padres, que fueron los primeros rebeldes en la tierra, instigados por el demonio, el rebelde de las alturas; pero hay que convenir en que, por rara maravilla, producen una vez las rebeldías y conjuraciones resultado favorable á los conjurados.

Me acuerdo á este propósito de una sublevación en que yo tomé parte á los catorce años.

Fué una sublevacion terrible.

Era yo colegial en León, y todas las noches nos daban de cenar habichuelas, á las que los colegiales antiguos habían dado en llamar con el odioso mote de *judías*, que la Academia, en su perpetua falta de discreción, ha tomado por nombre propio.



Se habían cogido muchas aquel año y andaban muy baratas, circunstancia que pesaba demasiado en las resoluciones del mayordomo del colegio.

Las *judías* estaban buenas, es verdad, pero nos fastidiaban por varias razones; la primera y principal, porque los superiores querían que las comiéramos.

Nos quejábamos en particular al profesor que por turno presidía el refectorio, hoy un colegial, mañana tres, al otro día siete, todos sin resultado.

Después de diez y quince y veinte quejas particulares, á la noche siguiente, habichuelas sin falta.

Nos confabulamos, nos pusimos de acuerdo, y una noche hicimos el sacrificio... ¡que vaya si lo es entre los trece y los veinte años! hicimos el sacrificio de quedarnos todos sin cenar, dejando intactos los platos de *judías* sobre la mesa.

El resultado... no llegó á saberse á punto fijo; pero los mayores, como más capeados, aventuraron la idea de que el mayordomo había mandado al cocinero reservar aquellas *judías* para el día siguiente, y que al día siguiente habíamos cenado aquellas mismas *judías* trasnochadas.

Era preciso tomar una resolución más enérgica, y se tomó efectivamente. El fuego de la conjuración prendió en todos aquellos

inflamables corazones, y tres días después, al llegar la hora de la cena, no bien se nos había servido el manjar de costumbre, cuando al grito resuelto y poderoso de *¡Fuera judías!* ciento diez platos de alubias volaron por el aire y cayeron al suelo hechos pedazos, después de haberse estrellado contra el techo ó contra las paredes del refectorio.

Eramos ciento diez colegiales, y todos habíamos tirado los platos, formando un verdadero lodazal de judías sobre los ladrillos del pavimento.

¿Habíamos conseguido el triunfo?...

El catedrático presidente de la cena quedó escandalizado y dió parte al rector enseguida.

El rector, por de pronto, nos condenó á dormir, ó mejor dicho, á no dormir, con la incertidumbre de su resolución y de nuestra suerte.

Al siguiente día muy de mañana nos hizo reunir, y formados en fila, dispuso quintarnos.

Todos aquellos á quien tocó el número cinco, fuimos expulsados inmediatamente.

Digo que fuimos, porque yo fuí uno de los veintidós que recibimos la orden de marcharnos á nuestras casas.

Arreglé mi baúl con ese orgullo propio de los vencidos en defensa de una causa justa, encargué á un compañero que me le remitiera por el ordinario, y me puse en camino.

Mi pueblo dista cinco leguas de la capital y, unos ratos á pie y otros andando, llegué á casa después de oscurecido, cuando mis padres y mis hermanos iban á cenar y estaban sentándose á la mesa.

Mis padres eran unos labradores mucho más ricos en nobleza y en virtudes cristianas que en bienes de fortuna.

Lo digo para que comprendan ustedes que no vivirían con lujo.

Ni aun hubieran podido buenamente pagar mi pensión de colegial; y si yo seguía la carrera eclesiástica en el seminario, era porque había obtenido por oposición una beca.

—¿Qué es eso?—dijo mi padre alarmado viéndome entrar.—¿Cómo por aquí? ¿Qué pasa?

Yo no sabía qué decir y apenas acerté á murmurar cuatro palabras incoherentes, por las que el autor de mis días comprendió que había sido expulsado del colegio con algunos otros.

—¿Que os han expulsado?—dijo con acentuada severidad.—¿Por qué? ¿Qué habéis hecho?... En fin, siéntate y cena si tienes gana, que luego hablaremos.

Obedecí temblando y me senté á la mesa, dispuesto á cenar, á pesar del disgusto, porque como había hecho tanto ejercicio y no había comido en todo el día, tenía mucha hambre.

Dos minutos después, una de mis hermanas había puesto la cena sobre la mesa.

Y ¿saben ustedes lo que íbamos á cenar?

Judías.

Una gran fuente de judías, más pobrememente condimentadas que las que nos daban en el colegio, pero que, así y todo, aquella noche me supieron á gloria.

Es la historia de la pobre humanidad degradada: gritar *¡fuera judías!* y comer judías cada vez peores...

He visto después otros muchos motines contra las judías—continuaba el venerable anciano—les he visto triunfar, y siempre he visto las judías á la vuelta del triunfo.

He visto á los pueblos sublevarse contra los reyes, y al grito de *¡fuera judías!* arrojarlos á la emigración ó llevarlos al cadalso.

Pero donde quiera que he visto desaparecer un rey, verdadero padre del pueblo, he visto levantarse un déspota ó una pandilla de quinientos tiranuelos erigida en autoridad soberana.

He visto que un día se incomodó la gente contra las judías de los privilegios, y comenzó á gritar: *¡fuera privilegios!* ó *¡fuera judías!*.... es lo mismo.

Y en efecto, quedó anulada la aristocracia de la sangre, quedaron abolidos los privilegios de la nobleza, de la religión, de la ancianidad, del valor, de la virtud y del saber.

Pero al día siguiente reaparecieron las judías mucho peores que antes.

Es decir, que surgió la más insolente de las aristocracias, la de la riqueza, surgió el más repugnante de los privilegios, el del dinero, y otro peor todavía, si cabe, que el del dinero, el de la desvergüenza...

Los hijos de los nobles no estaban sujetos al servicio militar, ni los alumnos de los seminarios, ni los novicios de las órdenes monásticas.

*¡Fuera judías!* gritó la muchedumbre amotinada.

Y quedaron sujetos al servicio militar los hijos de los nobles, y los novicios y los seminaristas; pero quedaron exentos los hijos de los ricos. De modo que antes, en el antiguo régimen, pesaba el servicio militar obligatorio sobre los plebeyos, sobre aquellos cuyos ascendientes no constaba que hubieran prestado servicios á la patria, y ahora pesa exclusivamente sobre los que no tienen seis ú ocho mil reales de sobra, es decir, sobre los que no han esquilado á la patria...

Antes habia fueros especiales. La persona aforada que por casualidad ó por imprudencia cometía un acto penado por las leyes, no iba á confundirse con los criminales de profesión en inmundos calabozos.

*¡Fuera judías!*—exclamó el pobre pueblo entusiasmado.

Y á este mágico grito, que se tradujo por igualdad ante la ley, se consumó la más horrible de las desigualdades: los hombres honrados que tuvieron la desgracia de delinquir, fueron á mezclarse en la cárcel con los alumnos más sobresalientes de la escuela del crimen.

Pero las judías subsistieron con otra salsa: quedaron fuera de la cárcel los criminales ricos, los que pudieron dar como fianza diez ó veinte mil reales. ¿Y quién les quita luego de huir del castigo perdiéndolos?

Antes había inmunidades de que gozaban las personas que por los difíciles y trabajosos caminos antiguos habían llegado á cierta dignidad elevada.

*¡Fuera judías!* gritó el pueblo engañado por los sofistas.

Y aquellas inmunidades desaparecieron.

Pero en seguida volvieron las judías de la inmunidad á favor de los que tienen bastante dinero ó bastante influencia para hacerse senadores ó diputados, y se ven así los tribunales detenidos á cada paso en la persecución del delito.

Al mismo grito de *¡fuera judías!* repetido en innumerables motines, se suprimió la contribución de consumos.

Pero reaparecieron en seguida las judías en forma de capitación ó de cédulas personales; y á la vuelta de unos pocos años nos encontra-

mos con las primeras judías y con las otras, con los consumos y las cédulas.

¡Cuánto no se gritó también en otro tiempo contra las judías de las manos muertas!

*¡Fuera judías! ¡Fuera judías!*

Y en efecto, se *desamortizaron* los bienes eclesiásticos y los bienes de beneficencia y los bienes de los pueblos: dejaron todos de pertenecer á sus antiguos y legítimos dueños, en cuyas manos eran patrimonio y remedio de los pobres.

Pero pasaron á amortizarse en las manos de cuatro usureros sin conciencia y sin corazón, que enseguida cuadruplicaron el tipo de la renta y esquilmaron y dejaron por puertas á los colonos...

Al mismo grito de *¡fuera judías!* se han levantado contra la Religión turbas excitadas por la sofistería liberal, negando los dogmas, las profecías y los milagros.

Pero esas mismas turbas que, por no creer en dogmas, en profecías, ni en milagros, han sacudido el yugo suave de la fé católica, han creído toda clase de supersticiones, han ido á consultar el porvenir con una gitana y han caído de rodillas ante un magnetizador de plazuela.

Y sin embargo de todos estos ejemplos tan palpables—terminaba el venerable sacerdote,—es bien seguro que la pobre humanidad, apartada de los caminos de Dios, seguirá

amotinándose á cada tríquite y gritando entusiasmada *¡fuera judías!*»—

.....

Yo era el más joven de la partida: tenía dieciocho años, y confieso que me parecían un poco pesimistas las reflexiones del señor cura.

Pero andando el tiempo, que ciertamente ha andado mucho desde entonces, observando los sucesos y estudiando la vida de los pueblos, ¡cuántas veces me he acordado de las *judías* y he reconocido la razón que tenía aquel santo hombre que nos reparó las averías de la caza!



## EL BOBO DE LA FERIA.

### I.

—Anda, anda, deja ya la rueca por esta noche, y amáñame algo para la fiambarrera, que mañana muy temprano marchó para Mansilla.

—Pero, hombre, ¿á qué vas?

—Ya te lo he dicho, mujer, á la feria, á ver si vendo la burra ó la cambio.

—¿Quién te ha de dar nada por ella? ¿No ves que es más vieja que la sarna en Asturias?... Y luego con aquella oreja colgando, y tuerta de un ojo, y del otro tampoco ve apenas...

—Pues así y todo la he de vender, si Dios quiere, ó la he de cambiar por otra mejor. ¿No has oído decir que en cada feria hay un bobo? Pues malo será que yo no dé con él y le enjergue la burra nuestra y me traiga la suya ó su dinero.

—¡Sí! por fuerza vas á ir tú á dar con el

bobo, en caso de que le haya, que no siempre le habrá, por más que lo digan.

—No, de que le hay no te quede duda: los refranes no mienten. El caso es buscarle ó acertar á dar con él, pero para eso tengo todo el día por mío.

—Sí, todo el día... Todo el día podías estar sembrando, ahora que está buen tiempo... Sabes que marchándote tú, el criado tampoco hace labor de preste...

—Deja, mujer, que más días hay en el año.

—Y todos son necesarios para mantener á estos hijos queridos, sin guardar más fiestas que las que Dios y la Santa Madre Iglesia nos han puesto.

—Bueno, bueno: déjame de retóricas y prepara la fiambarrera, no seas boba: mira que, si no, me iré á comer un guisadillo picante á uno de aquellos tabernáculos que ponen en medio de la plaza, y te sale más cara la cuenta. No se puede menos de vender ó cambiar ese pobre animal que ya no sirve...

—Para nosotros sirve bastante... Para llevar el pan á la siembra y volver después á llevaros la comida...

—Tú misma acabas de decir que es vieja y que no ve. El mejor día tropieza y...

—Tú sí que vas á tropezar con otra peor; pero, en fin, qué te haremos... siempre te has de salir con la tuya.

—Siempre no; pero lo que es ahora, si he

de decirte la verdad, no estoy dispuesto á perder la feria por nada del mundo.

—Pues Dios quiera que bien te pinte.....

Así hablaban Angel y Vicenta, marido y mujer, en Javares, el 10 de Noviembre por la noche, víspera de San Martín, que es el primer día de los tres que dura la feria de Mansilla.

Vicenta, convencida de lo inútil de sus retóricas, como decía su marido, dejó la rueca, y se puso á hacer una tortilla con magras, mientras Angel, al agradable ruido de la sartén, se durmió en el escaño.

Cuando Vicenta concluyó con todo esmero la operación, despertó cariñosamente á su marido, diciéndole:

—Ya lo tienes aquí todo preparado: mira, en esta alforja va el pan y la fiambra con la tortilla, y en esta otra un poco de vino en la cestella. ¿Para qué has de dar cuartos á las figoneras teniéndolo en casa?

—Claro; si es lo que yo te decía, mujer.....

Y los dos se fueron á acostar muy unánimes y conformes.

Al día siguiente al rayar el sol iba Angel Pastrana meneando las piernas en la burra, camino de Mansilla.

Junto á la ermita que hay á la salida del lugar se encontró con un vecino del otro barrio, Melchor García, con quien había quedado apalabrado el día antes, y los dos siguieron en amor y compañía.

Pasaron por Riego del Monte, el pueblo de las dos mentiras, porque ni tiene monte ni riego, y allí se les unieron otros dos amigos que también iban á la feria. Todos se las prometían muy felices.

—¿Vas á vender la burra, ó á cambiarla?— le dijo uno de los de Riego á Angel.

—¿Yo? á lo que primero me salga: lo mismo me da á cuestras que al hombro.

—¿Sabéis lo que os digo?—añadió Melchor dirigiéndose á todos sus compañeros—que no os metáis á tratar con los gitanos.

—¿Por qué?—le replicó su convecino.

—Porque yo siempre he visto que todo el que se enreda con ellos sale maldiciendo su fortuna; ó le expulsan, ó le engañan, ó.....

—Porque todos los que se han enredado con ellos habrán sido unos simples; lo demás, los gitanos son hombres como nosotros, y en cuanto á eso de engañar en los cambios..... donde las dan las toman. Figúrate tú que no vean la nube que la está saliendo á la mi burra en el ojo izquierdo y la tomen por tuerta siendo casi ciega, verás si les engaño yo á ellos también.

—No te arrimes á ellos, Angel, que has de salir cardado.

—Eso, sí ó no, como Cristo nos enseña.

En estas y otras, se hallaban ya al pie de los cubos de la antigua muralla, y un momento después, dentro de la villa de Mansilla de

las Mulas, que este apellido lleva por las muchas y buenas que allí se ponen.

## II.

Lo primero que hicieron Angel y sus amigos fué almorzar, porque aunque habían echado la parva al salir de casa, en dos leguas de camino siempre se hacen ganas de tomar un bocado. A más de que, aun cuando no tuvieran muchas, en algo habían de emplear el tiempo.

Cuando concluyeron de almorzar, ya los gitanos habían puesto en correcta formación su mercancía, á una orilla de la carretera de Adanero á Gijón, que atraviesa la villa de Sur á Norte.

Es maravillosa la educación que los gitanos logran dar á los burros. Les ponen en apretada fila contra una pared, y allí se están sin moverse. Cuando quieren sacar uno para poder exhibirle mejor, le tiran de la cola, y el animal se deja arrastrar hacia fuera.

Le montan, le pasean y le alaban para embaucar al infeliz que va á tratar en él, y si al fin no se llega á hacer trato, le dan cuatro palos y se vuelve á la fila.

Muy entretenido es presenciar en una feria

los tratos de los gitanos, de esa familia rapaz de halcones, como los ha llamado Zorrilla; pero es al mismo tiempo desagradable y triste ver cómo engañan y despluman á los incautos labradores, á ciencia y paciencia de las autoridades.

Viven los gitanos del robo y del pillaje. Zorrilla lo ha dicho igualmente, en la preciosa descripción que hizo de ellos al comenzar sus *Cuentos de un loco*, de donde recuerdo entre otras, esta octavilla:

Por doquiera que el olvido  
Buena ocasión les ofrece,  
Lo olvidado desaparece,  
Lo perdido halla señor;  
Y al punto, tal metamórfosis  
Sufre el objeto adquirido,  
Que ya no es reconocido  
Por su antiguo poseedor.

Cuando el olvido no les ofrece buenas ocasiones, aparte de los hurtos y los robos, su ocupación favorita es hacer en las ferias, más que ventas, cambios, exigiendo siempre dinero encima.

«Más vale mal cambio que buena venta», dicen ellos; porque de este modo les queda el dinero que les dan encima, poco ó mucho, y les queda la res buena ó mala, que á ellos poco les importa que sea mala ó buena; el caso es que sirva para hacer otro cambio aunque sea por otra peor, sacando arriba otros cuantos duros.

—*Er año pazao*—decía una vez una gitana á otra, yendo precisamente para la feria de San Martín—*noz pintó á nuzotro ezta feria mu bien; zacamo serca de sien duroz y noz quearon laz mizmaz bestiaz.*

Este es el ideal del gitano, hacer dinero sin disminuir la piara.....

El pobre Angel que no había leído á Zorri-lla, ni había querido hacer caso de los sanos consejos que le daba Melchor por el camino, apenas acabó de almorzar se fué hacia los gitanos, como va el pajarillo hacia la culebra.

—*¿Quiuzté cambiá la bucha, amiguito?*—le dijo el primero que le vió.

—No hay inconveniente—contestó Angel, echándose las de hombre corrido:—si me da usted otra mejor y dinero encima...

—*Eza palabrita ez mía, compare.* ¿Qué dinero le van á *uzté á da*, ni *ensima*, ni *embajo*, por ese animalito *ansiano*, tuerto de un ojo y con una nube en el otro?... Lo de darle á *uzté* otra mejor, *ezo zí* corre de mi cuenta..... tengo yo aquí *pa uzte* una bucha de *estampa* y de *rezplandó* que va *uzté á vé*.—¡Gallarda! ¡fuera!—gritó el gitano, tirando del rabo á una burra enorme que obedeció y salió de la fila.

Un muchacho, como de doce años, montó enseguida en ella y salió por la carretera á trote largo, mientras el gitano grincipal decía á Angel, que ya no apartaba los ojos de la burra:

—¿Ve *uzté*, amiguito? *¡zi ezo ez groria!... jezo ez un animá*, y no *eza probesita mizeria* que trae *uzté* ahí!...

Veinte minutos después, iba ya Angel á reunirse con sus compañeros montado en la burra grande del gitano, por la que había dado la suya y tres duros.

Satisfecho en gran manera del cambio, y deseoso como iba de contar su triunfo, al llegar á los Caños de Gracia, le salió al encuentro un gitanín de cinco ó seis años, medio desnudo, sin más ropa que una camisa sucia y unos trapos negros de pana que habían tenido forma de pantalones: el chiquillo comenzó á decirle medio cantando:

—¡Ajá! *jezo quería yo! jeza bucha no vale ná! ¡eztá la probesita amuermá y ze va á morir!... tooz estoz díaz la daba mi pade* agua con harina, y *hasía azí, azí*, (el niño hacía aquí movimientos maxilares remedando una deglución dificultosa) porque no *pué pazá...*

—¿Oyes esto?—le dijo Angel á Melchor, que acababa de reunírsele.

—No hagas caso: lo dice para que vuelvas á cambiar otra vez.

—¡Quiá, hombre! ¿Este niño había de tener malicia? No; yo no llevo esta burra: vuelvo á ver si la cambio.

—Habrá que dejarte por imposible—le dijo Melchor con tristeza.

Volvió Angel á enredarse con los gitanos,



y tras de otro rato de charla, dejando la burra que le acababan de dar y otros dos duros, salió dueño de un borriquillo de menos talla, pero al parecer mucho más listo.

—¡Ajá! ¡ezo quería yo!—volvió á canturrearle el rapacín gitano en el mismo sitio—¡qué maja ez la bucha!.... ¡eze buche no vale ná!....

Pero esta vez ya Angel no escuchó la voz de aquella sirena andrajosa. Ató el burro con los de sus compañeros, comió con estos cuando fué hora, y con ellos á media tarde echó á andar para casa.

Al sentido de las otras caballerías, y por el antiguo *Camino Ancho* de Mansilla á Valencia, que era llano como la palma de la mano, el burro de Angel llegó á Javares á buen paso sin dar un tropezón siquiera.

Con lo cual excusado es decir que Angel llegó á casa más hueco que un azucarillo.

—¡Vicenta! ¡Vicenta!—gritaba apeándose á la puerta del corral—abre, y verás si he ganado con ir á la feria. ¡Mira—continuó cuando su mujer abrió la puerta—mira qué burro más hermoso traigo!

—No parece malo—dijo Vicenta;—pero también te habrá costado buen dinero.

—No tanto como vale, ni con mucho. Sólo por cien reales, porque la nuestra burra nada valía. Ya ves.....—Al decir esto, Angel, muy lleno de satisfacción, arreó al pollinejo, que

marchó de frente; y como no estaba en derecha á la puerta, llegó á dar con la cabeza en la tapia.

—¡Jesús! ¡Si estará ciego!—dijo toda alarmada Vicenta.

—Calla, mujer, no seas tonta—replicó su marido—¿qué ha de estar ciego, si ha venido como una exhalación todo el camino?

—¿Pues cómo no ha visto la puerta?

—Es que habrá querido ir á rascarse. Ya verás cómo ve de sobra.

Y diciendo esto, Angel, que había cogido el burro de cabestro hasta meterle dentro del corral, le soltó y le echó por delante, con tan mala fortuna, que el animal, en lugar de encaminarse á la cuadra, que estaba padiente, fué á dar contra uno de los postes que sostenían el corredor, un fuerte testarazo.

—¿Todavía dirás que no es ciego?—exclamó Vicenta—¡Dios mío! ¿Por qué habrás traído esto para casa?

—¡Es que se ha distraído!—decía Angel, mientras su mujer sacaba un puñado de cebada en un cribo, y con cuidado de no agitarlo para que no rugiera, se lo ponía al burro delante de los ojos.

El burro no hizo por comer.

—¿También ahora se distrae?—dijo Vicenta.

—Puede que no tenga hambre—replicó Angel tímidamente—como quien se va con-

venciendo del chasco, pero sin querer dar su brazo á torcer todavía.

Entonces Vicenta meneó el cribo, haciendo sonar la cebada, y el burro estiró el cuello instantáneamente, y se puso á comer con tal ansia, que parecía que iba á tragarse cribo y todo.

—¿Qué dices ahora?—exclamó la mujer de Angel, no con el aire de triunfo del que acierta, sino con el tono doliente de quien quisiera más haberse equivocado;—¿qué dices ahora?

—No sé, mujer, no sé que diga..... parece cosa del enemigo..... pero si efectivamente es ciego, no tengo más remedio que volver á la feria mañana.

### III.

Angel y Vicenta tuvieron aquella noche un poco de espellique.

Las últimas palabras de Angel habían causado en su amada consorte un efecto desastroso.

Eso de que al día siguiente hubiera de volver su marido á la feria á dejar por allá otros cuantos duros, la desazonaba todavía más que la ceguera absoluta del animalucho que Angel acababa de atar al pesebre.

La pobre Vicenta no había oído en su vida lo de que nunca fueron buenas las segundas partes; pero lo adivinaba.

Y lo que ella decía.....

—¡Tanto trabajo como cuesta ganarlo, y has de ir mañana á tirar otros cinco duros, como los tiraste hoy sin ningún lucimiento!

—La verdad es que hoy no me pintó muy bien—la contestaba su marido;—pero Dios mejora sus horas...

—El que ha de mejorar eres tú. ¿Ves cómo yo tenía razón? ¿No era mejor que te hubieras quedado en casa como yo te lo decía?

—Sí, sí, mejor era; pero ya... ¡qué le hemos de hacer!...

—No ir mañana; porque estoy segura de que vas á hacer algún otro cambalache que te cueste tanto como el de hoy, y vas á traer otra zarria peor que la que has traído.

—No, lo que es peor, no cabe.

—También decías anoche que no cabía peor que la nuestra burra, y mira si cupo.

—Verdad es; pero por lo mismo no puedo menos de volver mañana á la feria. Bien lo conoces. ¿Para qué queremos ese animal en casa, ciego del todo?

—Para lo que queríamos la burra, que su servicio hacía; y por último si no sirve ni aun para llevar la comida á la arada, le quitas el pellejo para cribos.

—¡Qué cosas tienes!...

—Así como así el cribo cerrado de la linaza está ya todo roto; y además nos hace falta una zaranda abierta para los garbanzos; que no me gusta á mí andar buscando las cosas por las eras de los otros...

—Mujer, no digas disparates. Porque te hagan falta cribos ó zarandas, ¿habíamos de matar un pollino tan listo y tan guapo? San Antonio le guarde...

—¿Pues no acabas de decir que para qué le queremos, y que no sirve?

—Bien, mujer: para nosotros no sirve, porque no ve; pero vuelvo á la feria y me le vuelven á cambiar los gitanos, porque á ellos les sirve lo mismo que si viera.

—Sí; para engañar á otro tonto como tú.

—Pues claro: lo mismo que me le dieron hoy á mí, se le darán mañana á otro que se descuide.

—Por eso no habías de ir, porque contribuyes al engaño.

—No, eso no; yo se le vuelvo á cambiar á ellos que me le han dado; después allá..... su alma en su palma, ó *sibi embuten*, como dice el señor cura.

—Lo que ellos se van á embutir es nuestro dinero, embutiéndote á tí en cambio alguna otra plepa.

—¡Cualquier día me vuelven á engañar á mí!... La verdad es que hoy ni siquiera se

me ocurrió mirarle los ojos al burro. ¿Ibas tú á sospechar que fuera ciego un animal que corre y no tropieza? De los escarmentados nacen los avisados.

—Pues el mejor aviso es que no vuelvas...

Y así por este estilo continuó la disputa gran parte de la noche, no llegando á pelotera grave y formal porque Angel y Vicenta eran ambos muy buenos cristianos y se querían mucho.

Por eso Vicenta, que aún era algún tanto mejor que su marido, acabó por ceder; y recordando aquello que la había dicho el señor cura cuando se casaron: «Vos, esposa, obedeced á vuestro marido», le preparó la alforja como el día anterior, para que al siguiente por la mañana volviera á Mansilla.

Angel madrugó mucho á buscar compañía por el lugar, y cuando la tuvo se volvió á su casa, aparejó el pollino, le sacó de cabestro fuera del corral, montó en él, y, despidiéndose de su mujer con un «hasta la tarde, si Dios quiere», partió detrás del tío Andrés Bermejo, caballero en una interminable burra garañona, al sentido de la cual iba el ciego tan listo.

—¡Dios te dé mejor suerte que ayer!—dijo Vicenta cuando Angel empezaba á alejarse á la calle arriba, y añadió dirigiéndose al compañero:—Tenga cuidado, tío Andrés, tenga cuidado con ese.—

Apenas salieron de poblado quiso el tío Andrés empezar á cumplir el encargo de Vicenta, y pareciéndole que la mejor manera de cumplirle era apartar á Angel de los gitanos, comenzó á persuadirle que no se volviera á acordar de ellos.

—Sesenta y tres años tengo—le decía procurando convencerle—más de cuarenta llevo viniendo á la feria casi seguidos, y todavía no he visto á uno que, en trato con los gitanos, haya salido ganancioso. No seas inocente, Angelín, no te arrimes á ellos ni en broma: mira que siempre se quedan con carne en las uñas.

—No descreo lo que usted me dice—le contestaba Angel—pero el caso es que por esta vez no tengo más remedio que volver allá.

—¿Por qué?

—Porque ¿á dónde voy, si no, con este animal? ¿Se le he de meter á alguno de la tierra? ¡Dios me libre! Aun cuando diera la casualidad de que no le vieran el defecto, se me haría cargo de conciencia. Yo se le volveré al que me le dió y...

—¿Crees que te le va á recibir?

—Me dará otro por él... dando algo encima...

—Pues con lo que has de dar encima compra otro si puedes, y si no, mira, te paseas todo el santo día, ves la feria á gusto, y á la

tarde te vuelves con el dinero y el pollino para casa. Apuradamente el pollino anda bien, y no sé qué mejor servicio te ha de hacer otro.

Aún no había acabado el tío Andrés de decir que andaba bien el burro, cuando éste, que iba pegado á su compañera, (la cual se orillaba del camino por huir de una laguna), tropezó en el mojón de una heredad y dió de hocicos, saliendo Angel por las orejas y yendo á parar al medio del charco.

—¿Qué le parece á usted el servicio que me hace el animalico?—dijo Angel al tío Andrés sacudiéndose el agua.

—En verdad que este no ha sido muy bueno, que digamos, pero ya te hará otros mejores, pues ni todos los días se ha de caer, ni hay caballería que tenga asegurado el no tropezar, por buena que sea.

—¡Qué poco ha tropezado la suya!

—También tropieza algunas veces... y, en fin, yo por tu bien te lo digo, Angel; si no me quieres hacer caso, callaré la boca.

Pero no calló el tío Andrés, aunque lo dijo. ¿Qué había de callar? Además de que le había hecho ese encargo Vicenta, era él de suyo un carrafuñas, muy amigo de sermonear á todos; así es que el sermón que iba echando á Angel no concluyó hasta que se apearon dentro de los muros de la villa.



## IV.

Y pocos sermones habría echado el tío Andrés más perdidos; porque el bueno de Angel Pastrana, en cuanto entró en la feria se fué hacia los gitanos derecho.

¿*Aónde va er paizanito con eze bicho siego?*—le dijo el gitano del día antes.

—Porque usted me le dió ayer así—le contestó Angel como enfadado.

—¡Ah! ¿yo ze le dí á *usté?*... Tanto *ez* verdá... pero no es *siego*, no crea *usté*; ve poco *ezo zí*, y á la tardesita ze le acorta la *vista* mucho, pero *siego* no é: ¿ve *usté* cómo ze *esfien-de* er animalito?

Y al decir esto le pasaba la mano por junto al ojo, haciéndosele cerrar, porque le tocaba en las pestañas.—De *toaz maneraz*—continuó el gitano muy amistoso—*zi usté está* apenao con *er* buche, yo me *queo* con él otra *ves*, y no hay *ná* *perdio*. *Nuzotroz zomoz azin; la honraé ez* lo primero... ¡*Pué* no faltaba *maz* amiguito, *zino* que ze fuera *usté* *dezcontento der* hijo de mi *mae* que esté en la *gorrial*... Ahí tiene *usté* *toaz* *miz* *beztiaz*; *ezcoja* *usté* la que *máz* le *guzte*, y *zi* *quié* *usté* *yevar-ze* *coza* buena é *verdá*, ya *zabe* *usté*, con un poquito é *prata* ze *igualá*... *Ezcoja* *usté* ahí:

no *premita* Dios que ni *uzté* ni *naide* diga en *jamá* de lo *jamaze* que le engañó ningún gitano... *unque* no *zea* *máz* que por el honor de la familia, que gana la vida *zirviendo* á *loz* *amigoz* como *uzté*...

Asombrado estaba Angel de aquella amabilidad y de aquellas protestas, y casi se creía en el deber de pedir perdón al gitano por los malos juicios que había hecho de él, y por no haber defendido á la clase contra las aseveraciones calumniosas de Vicenta y del tío Andrés Bermejo, que sin duda hablaban mal de los gitanos sin haber tratado con ellos nunca.

Bajo el chaparrón de finezas y excusas y gazmoñerías y alabanzas de aquel tunante, comenzó Angel muy tranquilo y muy satisfecho á examinar la gitanil hacienda, recorriendo varias veces la fila en ambas direcciones, deteniéndose á ratos, ora detrás de un burro mohino muy bien empelado, ora al par de una pollina rucia, alta y espabilada, no sin que se le fueran los ojos á cada instante tras de un macho burreño pequeñito pero muy redondo, que no estaba en la formación, sino que, con un gitanete sobre el lomo, trotaba sin cesar de un lado á otro por la carretera.

—*Tamién* *ez* mío, y de *uzté* *zi* le *gusta* á *uzté* *máz*—dijo el gitano á Angel, conociendo sus aficiones.

—¿Y cuánto vale?—preguntó el jabariego.

—*Er buche de uzté y una onsita de oro... Pero eso es tóo grasia... ¡Tiene una sabiduría pa andá er mulito!...*

A Angel no le parecía caro el macho en dieciséis duros; parecíanle éstos sin embargo demasiado dinero para lo que él podía gastar y no se atrevía á ofrecer, temiendo que se diera el gitano por ofendido, si le ofrecía una morondanga.

Pero el gitano le instaba y le apremiaba para que ofreciera, aunque no fuera más que un abrazo, con lo cual fué animando Angel poco á poco y llegó á ofrecer cuatro duros tímidamente, pidiendo al gitano mil perdones, diciéndole que bien conocía que el exceso del macho sobre el pollino era mayor, pero que él no podía dar más, y sólo ofrecía así por complacerle, ya que se había empeñado en que ofreciera.

A pesar de todas estas cortesías, la primera determinación del gitano fué escandalizarse y enfadarse mucho, maldiciendo el día en que había nacido, asegurando que se necesitaba la *pasiensia* de Jó pa tratar con lo labraore, que *dispresian* las criaturas que cria el Señor tan hermosas como *aquer* mulito, y preguntando á Angel con mucho énfasis si creía que le traía *robao*, pa dejarse *ofresé* aquella miseria, etc. etc.

Angel siguió dándole mil excusas y diciéndole que perdonara, sin alargarse más por

eso; y cuando el gitano se convenció de que no subía, con no escasas protestas de que la bestia valía mucho más y de que no la derrostaría así si no fuera por la *nesesiá* de *haser argún* cuarto *pa* dar pan á los *churumbelillos*, le echó el buen provecho.

## V.

Quedóse Angel Pastrana como quien ve visiones, al encontrarse dueño de tan excelente cabalgadura por tan poco dinero; pasó el aparejo del burro al macho, dióle al gitano su ochentina, y, después de recibir los parabienes de algunos feriantes que acudieron á ver el milagro, montó y salió al trote por la carretera dirigiéndose hacia donde tenía las alforjas, á reunirse allí con el tío Andrés Bermejo y otros convecinos.

—¡Hombre! ¿qué es eso, Angelin?—exclamaron dos ó tres á un tiempo, viéndole llegar tan bien montado.

—¿Qué ha de ser?—les contestó Angel muy sobre sí.—¡Pues... esto!

Y atando la nueva adquisición á la rueda de un carro, contó á los presentes toda su aventura, y repitió luego á cada uno de los demás amigos, según iban llegando para co-

mer, la relación minuciosa de lo sucedido, escuchando de todos alabanzas del macho y de su buena suerte.

—Pero, hombre—le decía el tío Andrés, al cual no le cabía del todo en la cabeza que el gitano se hubiera dejado engañar, ni menos que á sabiendas fuera tan generoso—¿no tendrá algún alifafe oculto?

—No, señor, no; ya le ha visto el albéitar de Cabreros, que no es rana, y el tío Pablo de Villavidel, que también entiende bastante, y no le han hallado ni tanto como esto (y señalaba lo negro de una uña); lo que sí me han dicho que es ya cerrado.....

—De mollera lo serás tú si crees que puede haber quien dé por ochenta reales y un burro ciego, un macho sano, y nuevo por añadidura...

—No, señor, nuevo no: está cerrado; dicen que tendrá catorce ó quince años, pero que puede servir otros tantos todavía.

—Yo lo creo. Si no tuviera otro defecto más que la edad, te podías dar con un canto en los dientes.

—Pues no parece que tenga otro.

Claro es que mientras estuvieron comiendo sus tortillas y estripando sus botos los de Javares, no hablaron de otra cosa que del cambio de Angel y de la fortuna loca que había tenido, siempre que el macho no resultara con alguna mácula.

Sobre este punto concreto unos se inclinaban á creer en la posibilidad de que el macho saliera útil, otros se inclinaban á dudarlo; mas el tío Andrés Bermejo siempre fué de opinión de que el burreño había de resultar al cabo una zarría inservible.

No podía menos siendo tan barato... y siendo un gitano el que le había vendido.

Pero Angel, que casi no comió de alegría, escuchaba las reflexiones pesimistas del tío Andrés con cierta compasión, pues para él era ya indiscutible que el macho era una alhaja.

—Vamos allá, que las tardes ahora duran poco—dijo levantándose el tío Andrés, á la hora y media de haberse sentado; y todos se pusieron en movimiento.

Angel, á quien el deseo de lucir el macho entrando en el lugar antes de oscurecer, prestaba desusada viveza, montó en seguida; pero, al echar á andar, se encontró con que el animal cojeaba de un pie hasta el extremo de no posarle.

—Se le habrá amortecido—dijo un vecino de los inclinados á pensar bien.

—O le habrá dado cambrio—añadió otro.

A Angel no se le cocían ya buenas berzas; pero el macho fué poco á poco posando la pata y cojeando cada vez menos, hasta que á medio camino le cesó la cojera del todo.

Con lo cual respiró su amo y se volvió á

quedar tan satisfecho, observando que el mulito andaba grandemente.

Llegados al pueblo los de la feria, cundió entre los vecinos la noticia del buen cambio de Angel Pastrana, y no pocos acudieron en persona á enterarse del caso.

El afortunado aprendiz de chalán les refería á todos, loco de contento, los lances de la jornada, sin omitir ni aun el detalle de la cojera que había experimentado el macho al salir de Mansilla.

—¿Conque al salir de allá cojeaba?—preguntóle el tío Blas Corbillos, como quien trata de aclarar una sospecha.

—Sí señor, mucho—contestó Angel;—pero en cuanto dió en andar se le fué quitando.

—Y cuando te le dieron ¿no cojeaba?

—No señor.

—¿Le tenían en la fila?

—No señor; le andaba corriendo un muchacho por la carretera.

—¿Y luego tú le tuviste parado?

—Sí señor, le até junto á las otras caballerías de acá.

—Y al salir cojeaba mucho... pues no me digas más. Lo que va á tener éste es una cojera en frío. A la mañana no se mueve.

No le hizo á Angel buen cuerpo la profecía del tío Blas; pero quiso disimularlo para no asustar más á su mujer, que harto lo estaba ella, y al otro día se levantó muy de mañana

á ver el mulo y á tratar de llevarle al agua.

Mas ¡ay! la profecía del tío Blas se había cumplido al pie de la letra: el animalejo efectivamente no se podía mover, no posaba el pie ni poco ni mucho.

El disgusto de Angel fué tremendo; ¿qué le diría su mujer cuando se enterara? Y lo malo era que tenía razón de sobra para reñirle. Había empezado por no hacer caso de sus consejos el primer día, y le había pintado muy mal; había seguido no haciéndola caso, é iba de mal en peor. ¿Quién había de escuchar á Vicenta?..... ¡Si haciéndole andar un ratillo dejara el macho de cojear como por la tarde!.... Quiso Angel poner por obra este pensamiento, pero en hacer salir al macho desde la cuadra hasta la puerta de la calle, atravesando el corral, tardó un cuarto de hora. Era un desconsuelo. Y luego, apenas apareció el macho cojeando en la calle, se extendió la mala noticia por el lugar con la velocidad... no del rayo, sino de cualquier otra mala noticia, y comenzó á reunirse gente.

—¿No te lo decía yo—argüía contra Angel el tío Andrés—que no te enredaras con los gitanos?

—¿Qué te dije ayer tarde?—le apostrofaba el tío Blas con aire de triunfo.....—Pues eso no se cura nunca..... De modo que no tienes más remedio que volver á marchar con él para la feria, hoy que es el último día, á ver



si en el baratillo le cambias. Te costará trabajo llevarle hasta allá, pero ten paciencia. Le arrimas buenos palos por el camino para hacerle trotar y entrar en calor, á ver si cuando llegues ya no cojea. Pero allá tampoco le dejes parar un momento, porque en cuanto se enfríe vuelve á las andadas.

Al ruido de los comentarios de la vecindad reunida junto á su casa, había salido ya Vicenta al postigo con un niño en el brazo á medio empañar y una niña desnuda, un poco mayor, agarrada á la saya.

Y era de ver la cara que puso la infeliz, no tanto por ver el macho descujaringado, como por ver á su marido resuelto á seguir el dictamen del tío Blas y marchar por tercera vez á la feria.

Pero Angel estaba resuelto de verdad, y cerrando los oídos á las reconvenciones de su mujer, antes de media hora echaba á andar con el macho en tres piés camino de Mansilla.

## VI.

La primera de las dos leguas le costó tres horas; pero la segunda la anduvo en hora y

media; y según le había predicho el tío Blas, al llegar al ferial ya el macho no cojeaba.

Llegó á eso de las doce, púsose de nuevo á tratar con los gitanos, que le fueron mostrando un centenar de borricos entre malos y peores, y, este quiero, este no quiero, eligió una burra de bastante buena presencia, por la que trocó el macho sin dar más que dos duros encima.

Fuése á juntar como otros días con los demás del pueblo que habían llegado á la feria más temprano, y con ellos, después de haber tomado un bocadillo, emprendió á media tarde la vuelta para casa, montado en su pollina, que iba siempre la delantera.

—¡Qué bien anda esa burra, Angelín!—decía una vecina.—¡Y va delante como si supiera el camino!

—¿Quién dice que no le sabrá?—añadía otro.—Acaso será de Valencia, ó de Fresno, ó de cualquiera de estos otros pueblos de abajo..... Como los gitanos lo corren todo.....

—Al fin y al cabo has tenido suerte—le decía otro de los compañeros de feria.—Ese me parece que ha sido el mejor trato de los tres días.

—Creo que sí—contestaba Angelín;—es una burra muy lista y muy maja, y anda que lo quema.

Antes de que se acabara de poner el sol llegaban al lugar, y se apeaba Angel á la

puerta de su casa muy ufano llamando á su mujer y diciéndola:

—¡Mira! ¡mira! Ya puedes dar por bien empleados los tres días de feria. No digas que hoy no traigo cosa de gusto..... Y no me ha costado más que el macho cojo y cuarenta reales.

—¡Jesús! ¡Esa es la nuestra burra!—exclamó Vicenta en cuanto se asomó á la puerta.

—¡Qué cosas tienes, mujer!—la dijo Angel echándola una mirada compasiva, como si hubiera dicho un gran disparate.

—La nuestra es—insistió Vicenta—la que llevaste el primer día.....

—¡No seas loca, mujer, no seas loca! La burra nuestra que no podía con las vedijas y era parda..... y ésta que es casi negra y tan fina de pelo.....

—Porque la habrán esquilado; pero de ser la nuestra no se escapa.

—¿Y la oreja rota?—replicaba Angelín con aire vencedor—¿y el ojo tuerto? ¿y la nube del otro?

—Mira—insistía Vicenta—á mí no me vengas con coplas, que esta burra es la nuestra todos los días. ¡Buchina! ¡buchina!—añadió enseñando á la burra un rebojo de pan, que el animal se acercó á comer confiadamente.

—¿Lo ves, hombre?

—¿Crees tú que no hay más burras que sepan comer pan que la tuya?

—Sí las habrá, pero ésta es la nuestra.... Ahí viene el tío Andrés. ¿Verdá usted, tío Andrés, que ésta es la nuestra burra?

—Parecer sí lo parece—dijo el recién llegado;—pero la vuestra tenía una oreja caída, y ésta las tiene tan listas las dos.....

—Eso digo yo—repuso Angel envalentado;—pero esta mujer es tan necia, que, como se la ponga una cosa en la cabeza, no se la apea nadie. ¡Pues no había de ser esta burra la nuestra!..... Vamos.....

—Y lo es. Déjala ir á la cuadra, ¿á que se va derecha á su pesebre?

Angel dejó la burra en libertad, no sin un poquito de miedo de que Vicenta tuviera razón; y, en efecto, la burra se fué sin vacilar derecha al pesebre que había dejado dos días antes.

Realmente era la misma que Angel llevó á la feria el primer día.

Los gitanos le habían vuelto á dar su misma burra sin que la conociera. La habían esquilado; en la oreja rota la habían puesto un alambre; en el ojo tuerto una lente de cristal oscuro, que la misma burra sujetaba apretando los párpados al sentir la molestia, y la nube del otro ojo se la habían teñido con humo de aceite de linaza.

—¡Ay, Angel—decía Vicenta á su ma-

rido, al ver que, después de tres días de ir y venir á la feria y de hacer y deshacer cambios, había dejado por allá once duros para venir á quedarse con su misma burra.—¡Ay, Angel! tú decías que siempre hay un bobo en cada feria; pero tú has sido el de ésta.



## LA MADRE Y LA HIJA.

---

Había caído una helada muy grande, como las que suelen caer en aquella tierra.

Aquella tierra es la Sobarriba, comarca estéril y miserable, próxima á León, hacia el Nordeste.

Saliendo de la antigua ciudad por Puerta-Obispo y por el barrio de la Serna, en pasando el Torio y subiendo al alto del portillo, está uno ya en la Sobarriba, y alcanza á ver una docena de lugares de poco pelo, entre montecillos de roble carbajizo y tierras labrantías que dan centeno á duras penas.

A uno de aquellos lugarejos le llaman Villafeliz, presumo yo que por ironía, pues de otro modo no se comprende que lleve tal nombre uno de los pueblos menos felices de la tierra. Y aún podría citar, en confirmación de mi sospecha de que haya presidido la ironía en el bautizo de aquel pueblo, el hecho de que hay otro muy cerca que se llama Vi-

llamayor, siendo un pueblecín de veinte casas.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que había helado mucho la noche anterior; tanto, que á pesar de ser ya las nueve de la mañana, blanqueaban todavía los tejados y las eras de Villafeliz lo mismo que si hubiera nevado.

Y eso que era el día de San Blas, es decir, que había empezado ya dos días antes el último mes de la invernía, como conocerá quien recuerde aquello de

San Blas caballero,  
á tres de Febrero;

y hasta debía de andar ya la cigüeña por los alrededores, según aquello otro de

Por San Blas  
la cigüeña verás.

Verdad es que el refrán añade también, por si acaso:

Y si no la vieres,  
año de nieves;

y de esto precisamente se temía el tío Manuel, el tabernero, que, asomándose á la ventana de la cocina, decía con tristeza á su mujer, que en aquel momento soplabá para que ardieran unas ramascas que acababa de echar en la lumbre:



—Yo no sé lo que va á durar el invierno, ni cuándo va á dejar de nevar este año: milagro será que el día menos pensado no nos vuelva á caer otra nevada; porque el refrán lo dice:

Si la Candelaria llora  
 Cátate el invierno fora;  
 Pero si no llora  
 Ni quiere llorar,  
 Cátate el invierno por pasar.



Ya ves, ayer fueron las Candelas, y de todo hay traza menos de que llueva en dos meses.

—Pues ¡qué le haremos, hombre!—le dijo ella con resignación.—¡Sea lo que Dios quiera! Pero mira, quítate de la ventana y vuelve á poner el encerado, que entra mucho frío.

—Voy, voy ahora; y no te quejes de frío tú aquí en el hogar, que más frío tendrán aquellos que van por las eras arriba dejando unos rastros en la escarcha... ¡Calla! ¿y quieres apostar á que son Benito y Manuela nuestros dos criados?... Sí, sí, ellos son: irán á leña, bien seguro... No tendrán que comer los pobres... Y esta noche vendrán á pedirnos el carro para llevar mañana la leña á León, á ver si con lo que les valga pueden traer una henima de pan y un celemín de habas para la semana que viene...

—Y tienes que dársele... ¿Qué has de hacer?

—Ya lo veo... Y eso que no están los bueyes para muchas valentías; pero ya que no podamos hacer otras limosnas...

—Así es; limosna por limosna, buena es esa, y la necesidad tampoco puede ser mayor ni más patente.

—Tienes razón... Pero, ¿para qué se habrán casado esos infelices?

—Mira, Manuel, como sirvan á Dios, no habrán hecho mal en casarse.

—¡Toma! Pues ahí está el *quid*. ¿Crees tú que será tan fácil servir á Dios cuando no hay que comer? ¿No ves que, como dijo el otro, donde no hay harina todo es mohina?...

Y con esto se quitó el tabernero de la ventana y volvió á colocar en ella el encerado, que era un marco de chopo, al cual estaba pegado con hurmiente y cubriendo el vano á modo de cristal, un número del boletín de la provincia untado con aceite, procedimiento por el cual adquiere el papel ordinario mayor transparencia.

En tanto Manuela y Benito, pues no eran otros los que había visto el tabernero subir por las eras en dirección al monte, habían llegado al primer matorral y comenzaban á atropar leña con poca codicia y mal árgado, porque como había helado tanto, no podían echar la mano á una rama sin tener en seguida quesoplarse las uñas.

Benito y Manuela se habían casado hacía

año y medio, sin tener más que el día y la noche.

Manuela era de Isoba, allá junto á la raya de Asturias, y como no se la perdía nada en su pueblo, determinó bajar á servir á León. Pero dió la casualidad de que al pasar por Villafeliz, donde la cogió la noche, pidió posada en la taberna, y la tabernera, que á la sazón estaba sin criada, en cuanto se enteró del objeto con que iba la muchacha para la ciudad, la propuso que no fuera más adelante. Aceptó la chica, se ajustó aquella misma noche, y allí sirvió cuatro años muy á gusto y con no poca satisfacción de los amos.

Pero de los cuatro años para los cinco entró de veranero en la misma casa un mozo del lugar, por hallarse el tío Manuel algo achacososo; y es claro, los dos muchachos, todo el verano segando juntos, y acarreando, y trillando, y limpiando, y midiendo el pan, y debagando el lino, broma va y broma viene, se enamoriscaron poco á poco y concluyeron por casarse como Dios manda. Y por aquello de que el casado casa quiere, dejaron de servir y se pusieron á vivir solos en una casucha que Benito, pues tal era el nombre del mozo, había heredado de sus padres.

Mas como Manuela no llevó al matrimonio sino muy cortos ahorros de sus soldadas, y toda la hacienda de Benito, fuera de la casucha, era un huerto no muy grande, tenían

los pobres que trabajar mucho para mantenerse, y aun siendo, como los dos eran, dispuestos y trabajadores, siempre andaban á la cuarta pregunta.

El año 1830, que es el de esta historia, cuentan que hubo un invierno sumamente riguroso y largo: los nacidos no habían conocido otro, como decíamos después el año 57, los que no habíamos conocido el 30, y como han dicho también este año los que no conocieron ninguno de los dos anteriores. Y como quiera que en un invierno largo y crudo las provisiones se acaban y no hay jornales, porque nadie quiere pagarlos cuando no está el tiempo para trabajar, Benito y Manuela no sabían ya por dónde buscarse el condumio, y habían discurrido ir á la leña, con todo lo demás que se había figurado el tabernero sin que se lo contara nadie.

—La verdad es—decía Benito á su consorte, sacudiendo con enojo las manos mojadas por la escarcha—la verdad es que nos han enseñado á creer que Dios es un Señor infinitamente bueno y justo, y yo así lo creo; pero no comprendo cómo puede ser justicia el que, siendo todos hijos de un mismo padre, unos tengamos que trabajar tanto para mal comer, y otros pasen la vida mano sobre mano y estén cebados á qué quieres pico.

—¡Jesús! Hombre, por Dios, no digas blas-

femias—le contestaba su mujer asustada.— En Dios no puede haber injusticia porque es infinitamente perfecto: bien claro nos lo explicaba allá en Isoba el señor cura. Y eso de que los señores se lleven tan buena vida como á tí se te figura, no sé yo que sea verdad, porque siempre he oído decir que á nadie le falta un rato de mal camino.....

—Sí, pero una cosa es pasar un rato malo, y otra cosa es pasarlo mal siempre. Además que, lo que es algunos, bien pocos ratos malos me parece á mí que se llevarán: empiezan robando de gordo, si es que otros no robaron ya para ellos, y con eso..... á vivir.

—Pues mira, de todas maneras, yo no quiero semejante felicidad; porque no es Dios viejo para no poder cobrárselo en el otro mundo..... Y en éste y todo, que muchos de esos acaban mal..... Y has de saber que del trabajo nadie está libre, porque es un castigo que nos impuso Dios á todos por la culpa de nuestros primeros padres.....

—Por cierto que fué un castigo bien grande para una culpa tan pequeña. Por sólo morder una manzana, como decía aquel pellejero en la taberna el verano antepasado...

—¡Esos textos sacarás tú! Las picardías de los pellejeros y de otros vagabundos, que no piensan en cosa buena. No te acordarás tanto de lo que te enseñaba tu madre cuando eras chico.

—También me acuerdo, pero todo lo oye uno y.....

—Pues de lo malo que se oye no se hace caso. Y para tu inteligencia, la culpa de nuestros primeros padres no fué pequeña, que fué muy grande, porque fué contra la infinita bondad de Dios, y por eso fué en cierto modo infinita.

—Bien; pero, por grande que fuera, lo justo sería que el castigo le hubieran sufrido nuestros primeros padres que la cometieron, y no nosotros, que no tuvimos en ella arte ni parte; que es lo que decía también aquel villalón en aquel cantar que empezaba:

«Mi abuela comió la fruta,  
y yo tengo la dentera.....»

¿Te acuerdas cómo decía aquel cantar?.....

—No me acuerdo, ni falta que me hace, porque todas esas son *licantinas* que saben los malos; y para que comprendas que no es injusto el castigo que sufrimos por el pecado de nuestros primeros padres, has de saber que á nosotros, por nuestra naturaleza, no nos debe Dios más que lo que ahora tenemos. La gracia y los dones sobrenaturales, ello mismo lo está diciendo, eran de gracia, y de pura gracia se los había dado Dios á nuestros primeros padres, para ellos y para sus descendientes, á condición de que le obedecieran; pero como le desobedecieron, lo per-

dieron todo, y no teniéndolo ya ellos, tampoco lo podíamos heredar los hijos. Es lo mismo que si á nosotros, es un suponer, nos diera un señor este monte ú otro mejor para siempre y para dejársele á nuestros hijos, si los llegamos á tener, con la condición de que fuéramos á misa todos los días: si cumplíamos la condición, nuestros hijos heredarían el monte, pero si no la cumplíamos y le perdíamos, no heredarían nada más que la pobreza que tenemos ahora.

—¿Sabes que ya casi puedes *pedricar* en la iglesia?

—En la iglesia no, pero te predico á tí, porque tengo obligación de hacerlo, para que no te dejes embabucar por cualquier pelagato de esos ambulantes.

—Bueno; y ¿por qué lo has de saber tú mejor, ya que te pones, por qué lo has de saber tú mejor que aquel pellejero?... ¡Pues al cabo que era tonto el hombre!... ¡sentía crecer la hierba!

—Sería todo lo listo que tú quieras, pero allí no dijo otra cosa más que mentiras y maldades; y en cambio lo que yo te digo es la verdad pura.

—¡Porque tú lo digas!

—Porque yo lo diga, no; pero porque lo es..... Y si nó, mira, allí por el camino viene un fraile: vamos á llamarle; verás cómo dice que tengo razón.

—¡No tendrá más á qué atender que á lo que tú le mandes!... Déjale que siga su camino, mientras nosotros seguimos atropando leña.

—En eso poco se tarda... ¡Padre nuestro!—continuó Manuela levantando la voz y dirigiéndose al que ella llamaba fraile;—tenemos aquí una disputa mi marido y yo, y quisiéramos que vuestra paternidad nos dijera quién de los dos está en lo cierto, para ver si éste se convence.

—¿Sobre qué es la disputa?—preguntó el monje, pues era un monje bernardo que venía de León, donde había ido á predicar el día de las Candelas, y se tornaba á la casería de Valsemana, hijuela del monasterio de Sandoval, situada en un valle cerca de Fresnedo.—¿Sobre qué es la disputa?

—Sobre el pecado de nuestros primeros padres...

El monje hizo salir á su mula del camino, y se dirigió sobre ella hacia donde los leñadores estaban, los cuales le dieron los buenos días y le besaron humildemente la mano y el hábito.

Manuela comenzó enseguida á repetirle todo lo que su marido había dicho y lo que en contra decía ella, formulando á menudo esta interrogación:

—¿Verdad, padre, que es como yo digo?

—Sí, hija, sí—contestaba el monje, admi-



rado de la instrucción y del buen sentido de Manuela.

Y decía el pobre Benito, muy satisfecho de su derrota.

—No crea V., que lo que es ésta sabe mucha *doctrina*. Es montañesa, y en la montaña es la gente mucho más lista que por *acá abajo*. Yo soy de aquí, pero ¿por qué lo ha de negar uno?

Después Manuela enteró al monje de la triste situación en que ella y su marido se hallaban, y de lo mucho que tenían que trabajar para ganarse el preciso sustento; y como habían estado hablando del pecado original, se lamentó de la ligereza y facilidad con que la primera mujer había quebrantado el precepto divino.

—Eva, Eva—decía—es la que nos tiene la culpa de todo esto. Eva fué la que nos perdió. ¡Qué mujer aquella tan tonta, Dios mio! Teniendo á su disposición toda la fruta del Paraíso menos un árbol... ¡Mire V. si podía haber pasado sin él!... ¡A mí me habían de haber puesto allí, que bien libre estaba de haber perdido bienes tan grandes por un gusto tan sin sustancia!...

—¿Estás segura de que tú no hubieras desobedecido?—la dijo el reverendo.

—¿Segura? Sí, padre, sí. ¡Vaya si lo estoy! ¿Qué trabajo cuesta el obedecer en cosas tan fáciles?

El monje, que se compadecía mucho de la suerte de aquellos dos pobres, se sonrió bondadosamente de la presunción de Manuela, y preguntó á su marido:

—¿Sabes algo de hortelano?

—Sí, señor, como saber, algo sé; porque estuve de muchacho sirviendo con el señor cura de Vegas difunto, que tenía una gran huerta, y allí aprendí á componerla, y á poner y á cuidar las hortalizas, y algo también á trasplantar y á ingertar los árboles... Lo que tiene que ya apenas me acuerdo...

—Pues nosotros necesitamos en Valsemana quien nos cuide la huerta, y si queréis iros allí, no estaréis mal: tendréis buena casa, buena mesa, mucha tranquilidad, y además se os pagará regular soldada, á fin de que hagáis algún ahorriillo para cuando seáis viejos, ó por si tenéis hijos todavía...

—Lo pensaremos, padre—dijo Manuela.

—¿Qué lo hemos de pensar—la replicó Benito—ni qué necesidad hay de pensarlo? Diga Vd. padre, que nos vamos con Vd., aunque sea ahora mismo.

—No corre tanta prisa—les dijo el monje; —si os resolvéis á ello, que yo creo que sí os debéis resolver, ya que por aquí parece que no os va bien del todo, podéis ir mañana ó pasado mañana. Ya os digo que estaréis bien; el trabajo no será mucho, y si os portáis, tenéis ya para toda la vida; lo único en

que habéis de poner cuidado, es en ser dóciles y obedientes y hacer con agrado cuanto se os mande.

—Descuide, padre, descuide—dijo Manuela—que tanto mi marido como yo estamos enseñados á servir, y...

—Y mañana á buena hora nos tiene allí vuestra reverencia—dijo Benito cerrando el trato.

—Despidióse el buen padre de los leñadores y éstos se volvieron al lugar, dirigiéndose á casa de sus antiguos amos, no á pedirles el carro y la pareja para llevar la leña á León al otro día, sino á regalarles la leña, puesto que á ellos ya no les hacía falta.

Contaron todo lo ocurrido, y no sólo en casa del tío Manuel, sino en todo el pueblo, fué celebrada, sin perjuicio de ser también por algunos envidiada, su buena fortuna.

A la mañana siguiente se pusieron Benito y Manuela en camino para Valsemana, á donde llegaron á eso de las dos de la tarde.

El abad, que los vió llegar desde su celda, salió á esperarlos á la puerta de la granja, y los recibió cariñosamente. Les enseñó la huerta y la hermosa casita en que habían de vivir, que estaba en un ángulo; les enteró de sus obligaciones, que no eran grandes, y conduciéndolos luego al comedor de la hospedería, les dijo, mostrándoles la mesa que estaba llena de fiambres y de frutas:

—¿Tendréis ganillas, eh?

—Así, así, padre; no faltan.

—Pues aquí os servirán ahora, en cuanto suene esta campanilla—dijo tirando de un cordón—sopa y un buen puchero, y después podéis tomar de todo eso que se ve por ahí lo que más os guste. Ahí tenéis jamón, pollo asado, chorizos, queso, uvas, lo que queráis; y ahí tenéis vino también. Aquí está siempre puesta la mesa para los viajeros pobres que llegan con necesidad de tomar algo, y para los criados de la casa. Cuando estéis trabajando en la huerta y queráis tomar un bocado, porque sintáis debilidad, no tenéis más que venir y tomarlo, y si queréis algo caliente, en tirando de este cordón os lo traerán enseguida.

Benito y Manuela estaban tan absortos y maravillados de su dicha, que aquel día apenas comieron. Pero al siguiente ya lo hicieron bien, y al otro mejor, y así pasaron hasta una semana como en bodas.

Pero un día, al ir á comer, se encontraron con el abad que salía del comedor y les dijo:

—¡Hola, hola! ¿Cómo os va? ¿Estáis á gusto?

—Sí, padre, muchísimo—contestó Manuela.

—¡No que no!—añadió Benito rascándose el alto de la cabeza y sonriéndose de satisfacción.—¡Pues casi podíamos estar disgustados!...

—Bueno; yo también estoy contento con

vosotros; seguid, seguid lo mismo... ¿Vais á comer, eh?

—Sí, padre; vamos á hacer un poco por la vida.

—Bien, bien; pues ahí lo tenéis todo como siempre á vuestra disposición—dijo el abad marchándose.

—¡Ah! cuidado no toquéis aquel plato que está en medio de la mesa tapado con otro—volvió á decirles desde la puerta, y desapareció al momento.

Los dos consortes se pusieron á comer como otros días, pero á la mitad de la comida dijo Manuela á su marido:

—¿Qué tendrá aquel plato?

—¿Qué te importa?—la contestó él sonriéndose.

—Importarme..... no me importa nada; pero..... ¿qué tendrá?

—Déjale que tenga lo que quiera, mujer; ¿no tenemos bastante con todos estos otros?

—Sí, sí, bastante sí, y de sobra, gracias á Dios.

Continuaron comiendo. Manuela estuvo otro rato callada, pero sin dejar de pensar en el plato tapado y en lo que tendría.

Al concluir de comer, dijo resueltamente á su marido, levantándose del asiento:

—Mira, yo voy á ver lo que tiene aquel plato.

—No seas loca, Manuela; cuando el padre abad nos mandó que no le tocáramos.... ¿Me-

rece que le desobedezcas un señor que nos ha hecho tanto bien?

—Hombre, si le desobedeciera en una cosa de importancia, no dices mal; pero en una cosa así que nada importa.....

—Pues por lo mismo que nada importa, déjalo.

—¿Qué daño le hago yo al padre con ver lo que tiene el plato? A más de que ni siquiera puede llegar á saber nunca que lo vi..... volviéndole á tapar como estaba.....

Y diciendo y haciendo, Manuela se puso á levantar con todo cuidado el plato de encima; pero antes que pudiera mirar lo que había debajo, salió un ratón dando brincos por la mesa.

—¡Jesús!....—dijo maravillada. Y comprendiendo un momento después el peligro de que el abad conociera su desobediencia por la falta del ratón, trató de volver á cogerle, pero fué en vano, porque enseguida se escondió por un agujerillo imperceptible.

—¿Ves lo que has hecho?—la dijo Benito un poco triste, aunque sin comprender toda la gravedad ni presumir las consecuencias del acto.

—¡Ya, ya! ¡Jesús María! ¡Qué tonta fuí!...—decía ella.—¿Qué nos dirá el padre?.... Cuánto daría yo por otro ratón para ponerle aquí de modo que no lo conociera.....

Apenas salieron del comedor Manuela y

Benito, volvió á entrar el abad, y cerciorado de la desobediencia, los llamó y les dijo:

—¿Cuál fué la condición principal, ó más bien la única, que os puse para que pudierais estar en esta casa?

—La obediencia, señor—respondió Benito humildemente.

—¡Padre, tuve una mala tentación de curiosidad!—añadió Manuela medio llorando.

—¿No acriminabas tanto á nuestra madre Eva, y no decías que tú nunca hubieras hecho lo que ella hizo, y que para ti el obedecer era la cosa más fácil del mundo?

—Es verdad, padre; pero ni entonces sabía lo que decía, ni hoy supe lo que hice.

—Bien, bien—dijo el abad;—pues para que aprendas á obedecer, y principalmente á no presumir, mañana te volverás á Villafeliz con tu marido, y seguiréis atropando leña como antes.

Y en efecto, al día siguiente, al rayar el sol en Valsemana, fueron despedidos Benito y Manuela de aquel que para ellos era un verdadero paraíso.





## A TODO HAY QUIEN GANE.

---

### I.

Nos encontramos en la calle del Clavel, cerca de la puerta de mi casa, que era el número 8, y me dijo Luis, dándome un abrazo:

—¡Chico, cuánto me alegro de encontrarte!

—Yo también me alegro, como siempre.

—¡Ah! pero yo muchísimo más: no puedes figurártelo. ¿Sabes?... soy el hombre más desgraciado del mundo.

—¿Estás seguro de ello?

—Segurísimo; no puede haber nadie tan desgraciado como yo en toda la redondez de la tierra... tienes que venir á almorzar conmigo...

—No veo la relación entre el almuerzo y la desgracia, pero almorzaremos juntos si quieres. Dime dónde me esperas para cuando vuelva de hacer la visita á los pobres de la Conferencia de San Vicente... ó ven conmigo. Tengo enfermo á mi compañero de visita y

voy solo. ¿Por qué no habías tú de acompañarme?

—Bueno, pero ¿no sería lo mismo almorzar primero?... Después te acompaño á donde quieras: no tengo nada que hacer, y aunque lo tuviera, no estoy para hacer nada. ¡Qué desgraciado soy!

—Pero hombre, ¿por qué?

—¡Ay, querido Antonio! te tengo que contar muchísimas cosas. Necesito contárselas á alguno, y á nadie mejor que á tí que sé que me quieres y harás por consolarme. Me has venido hoy como llovido del cielo.

—Pues no tenías necesidad de haber esperado la lluvia. ¿Por qué no venías á buscarme á casa?

—¿Crees que me acuerdo dónde vives? Si no me acuerdo de nada, hombre, de nada absolutamente..... ¿No sabes lo que me ha hecho Cecilia?

—No; pero se me figura que sé lo que no te ha hecho... No te ha hecho caso.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie me lo había dicho hasta ahora; lo suponía.

—Pero hombre, ¿y por qué has de suponer tú esas cosas? Lo raro es que aciertas.....

—No es lo raro, es lo natural.

—¿Lo natural? ¿Te parece á tí natural que una mujer tan buena como Cecilia..... porque es muy buena, ya sabes que es muy buena, y

además es preciosa, eso sí, preciosísima: alta, esbelta, rubia, sonrosada, con unos ojos tan azules y tan hermosos, y una sonrisa tan encantadora, y una voz tan dulce, y un andar tan majestuoso y tan elegante, y un aire y un todo tan aristocrático y tan distinguido, y unos ojos.....

—Sí, muy hermosos y muy azules; creo que ya lo has dicho.

—Es verdad, pero ya no me acuerdo de lo que iba á decir.

—Me ponderabas la bondad y la belleza de Cecilia, en balde por cierto, pues la conozco y sé que es verdaderamente un encanto; pero me preguntabas si me parecía natural.....

—Eso es. ¿Te parece á tí natural....

—¿Que te haya dado calabazas? Me parece la cosa más natural del mundo.

—¡Muchas gracias! ¿pero qué idea tienes de mí?

—Muy buena: ya ves si tendré buena idea de tí cuando soy tu amigo. Pero eso no obsta para que crea que en ese asunto te has equivocado, que no has sabido lo que has hecho, y que tenía que sucederte lo que te ha sucedido.

—No sé por qué.

—Pues ven acá, bájate de los vericuetos del romanticismo, ponte en lo llano, discurre seriamente y díme: ¿creerías tú con facili-

dad en el amor de una mujer á quien el día antes ó la semana antes hubieras visto enamorada del vecino?

—¡Ah! Tú crees.....

—Que por lo mismo que Cecilia es formal y es buena, ha debido desconfiar de tí. ¿Qué quieres? Yo sé que tú también eres formal en ese terreno, incapaz de mentir ni engañar á nadie, que de veras la amas; pero las apariencias te condenan. ¿Qué pruebas has dado, qué motivo tiene ella para creer que tu amor sea tan leal y tan firme como dices? ¡Si era ayer todavía cuando....

—¿Y tú crees que si hubiera yo tenido paciencia y constancia y hubiera sabido esperar á que Cecilia se convenciera de la sinceridad de mi amor.....

En esto, subiendo por la calle del Caballero de Gracia, llegamos á la Pastelería Suiza y entramos.

Un camarero muy fino, que nos conocía de habernos servido muchas veces en el Congreso, donde tenía una sucursal la casa de Spescha, nos presentó la lista; mas como ni uno ni otro hicimos caso de leerla, se adelantó á decir:

—¿Quieren ustedes para empezar?...

—Cecilia...—dijo Luis, tratando de reanudar la conversación de antes...

Y efectivamente, puede decirse que almorzamos Cecilia para empezar, para continuar

y para concluir, porque mi amigo no acertaba á hablar de otra cosa, y ni comió apenas, ni me dejaba comer á mí, obligándome á escuchar sus interminables lamentaciones.

## II.



Cuando salimos de la repostería eran más de las cuatro de la tarde. ¡Si me habría Luis contado cosas!...

Media hora después llegábamos los dos al final de la calle de Embajadores y entrábamos en una casa que tenía un patio con un corredor por todo el cuadro, ó mejor dicho, con cinco corredores, pues cada uno de los cinco pisos tenía el suyo, al cual daban las puertas numeradas de las *habitaciones*, que así llaman los caseros y sus apoderados á aquellos cuchitriles.

Subimos los cien escalones que había hasta el corredor del piso quinto, y tirando de una cadenilla de hierro muy oxidada que colgaba junto á una de las puertas, junto á la señalada con el número nueve, se abrió ésta y entramos en un cuartucho donde había dos mujeres, un gato, un sofá viejo, tres sillas,

dos con el asiento roto y una sin asiento, una mesa pequeña de chopo con dos libros desencuadernados y un altarcito de cartón encima, una máquina de coser y unas tiras de lienzo crudo.

La más joven de aquellas dos mujeres representaba como unos cuarenta años (tenía veintinueve) y conservaba en su rostro el sello de la hermosura, aunque un poco borrado por haberle puesto ya encima otros dos sellos, el de la enfermedad y el de la miseria.

Pepita, que así la llamaba su madre, se había casado á los dieciocho años con un curial, no sé si escribano ó procurador, había vivido en una casa de nueve mil reales, y había tenido un niño y una niña, ambos muy hermosos.

Cuando se creía muy feliz, y lo era en realidad, su marido hizo una trastada, y queriendo enmendarla con otra mayor, se marchó á América. El primer año la escribió veinte veces, el segundo año dos, el tercero ninguna, y así sucesivamente.

La pobre Pepita llegó á saber que se había hecho un perdido, que no se acordaba de su mujer ni de sus hijos para nada, y comprendiendo la necesidad de procurarse el sustento, no sólo para sí, sino para sus hijos y para su anciana madre tullida, que era la otra mujer que vimos en el cuarto, adquirió con sus últimos ahorros una máquina Singer, donde

hacía para una tienda de la calle de Atocha calzoncillos de á dos pesetas.

Por cada pieza la pagaban en la tienda tres perros chicos, con lo cual dicho se está que, aun trabajando todo el día en la máquina, ganaba poquísimos dinero.

Pero en cambio había ido ganando una enfermedad incurable. Cuando empezó á sentirse mal, la Conferencia la envió un médico, y por consejo de éste, además del ordinario socorro, se la daban unos bonos para tomar leche todos los días. Todo iba á ser en vano: la debilidad era cada vez mayor: los vómitos de sangre se repetían cada vez con más frecuencia; estaba tísica de remate.

—Ya ve usted—me decía su madre, arrasados en lágrimas los ojos;—lo primero que la ha dicho el médico es que deje de coser en la máquina que la hace muchísimo daño; y no lo quiere dejar porque dice que si no cose no comemos.

—Es claro—dijo Pepita con tono apacible. —¿Qué les voy á dar si no, á mi pobre madre y á esos ángeles de mi alma?... ¡Si viera usted qué hermosos están! ¡Ay, Dios! pero ¿qué será de ellos si yo me muero pronto? Crean ustedes que cuando pienso en esto.....

Y también se la saltaron las lágrimas.

En esto sonó la campanilla.

—¡Ay! —dijo Pepita dirigiéndose á la puerta, limpiándose los ojos y tratando de

sonreirse—ellos son: vienen de la escuela.

Se abrió la puerta y entraron en efecto los dos niños, que, como á mí me conocían ya de otras veces, vinieron á saludarme y á darme un beso. Rafael tenía diez años y María siete. Su madre y su abuela se deshacían con ellos en caricias.

Poco después nos despedimos y al bajar la escalera me decía Luis:—¿Qué será de estos niños? ¡Pobre madre!

—¿No te parece—le dije—que es casi tan desgraciada como tú?

—Ya sé que me quieres decir que es algo más, y tienes razón; pero eso no quita de que yo lo sea mucho..... Y por supuesto, que este es un caso completamente raro: no me presentarás otro parecido.

—Puede ser que otro no se parezca del todo á éste, pero en fin, tú me lo dirás luego.

### III.

Diez minutos más tarde estábamos en las Peñuelas en una buhardilla, donde no se podía uno poner derecho, alumbrada, hasta cierto punto, por una tronera del tejado, y habitada



por un matrimonio joven que tenía dos niñas, una de ellas muda, y un niño de pecho que se estaba ahogando de la tos ferina. El marido era peón de albañil y hacía dos meses que no tenía trabajo: todos los días recorría todas las obras de Madrid, y volvía á su casa con mucho cansancio, muchas ganas de comer y muchísimas malas contestaciones. La mujer vendía por las calles medias y calcetines que la fiaban en un comercio, pero hacía cuatro días que no podía salir por la enfermedad del niño. La niña mayor lloraba y la segunda aullaba de hambre.

—Dios les bendiga á ustedes—nos dijo la pobre mujer:—hoy no nos hemos desayunado.

—Tampoco cenamos anoche—añadió la niña que hablaba.

—¿Qué te parece de estos?—le dije á Luis en cuanto se cerró detrás de nosotros la puerta del cuartucho.

Pero Luis, en vez de contestar, se volvió hacia mí diciéndome:

—¿Qué quiere aquella niña que nos hace señas con la mano?

Miré hacia donde Luis apuntaba, y vi, á la parte de adentro de la puerta medio entornada de la buhardilla de enfrente, una niña como de seis años, que no me era desconocida, pues varias veces, al subir ó al bajar, la había encontrado en la escalera.

—¿Qué quieres, chiquita?—la pregunté.

—Que hagan ustedes el favor de pasar.

Luis se detuvo y me dejó paso. Después siguió detrás de mí, agachado, como yo seguía detrás de la niña, por un pasillo estrecho, abuhardillado, largo y oscuro, que desembocaba en una pieza bastante anchurosa, pero á teja vana y destartaladísima. En el ángulo de la izquierda, según se entraba, había un jergón en donde estaba acostada sin cabecera y tapada con unos andrajos una mujer que, levantando un poco la cabeza, nos dijo:

—Perdonen ustedes; pero he mandado á la niña que, si les veía á ustedes, les llamara, para ver si me pueden socorrer con algo... He dado á luz esta mañana dos criaturas (al decir esto levantaba un poco los fragmentos de manta para que las viéramos) y no tengo más amparo que el de Dios y el de las almas buenas...

—¿Vive usted aquí sola?

—Con mi marido, que no parece venir... marchó al ser de día y... no habrá concluído...

—¿Está trabajando?

—No, señor; vendiendo periódicos... Antes era empedrador; pero se destrozó una mano, y ahora se dedica á vender papeles...

—Poco ganará...

—Si acaba los dos paquetes, una peseta...

La niña que nos había introducido se había puesto á hacer fiestas á otro niño como de tres años, que se revolcaba desnudo sobre

los ladrillos y trataba de subirse al jergón de su madre.

Aquella infeliz no era visitada de la Conferencia, pero viendo lo grave de la necesidad, y á reserva de ponerlo en conocimiento del presidente, la di dos duros y la ofrecí que avisaría en la Casa de Socorro.

—¿Y estos?—le repetí á Luis bajando la escalera—¿qué te parece de todos estos? ¿serán más desgraciados que tú?

—Déjame, por Dios—me contestó—que voy muy preocupado. Es imposible un desamparo mayor que este.

#### IV.

Subimos de las Peñuelas por el Arroyo de Embajadores, que es un arroyo sin agua, pero muy sucio. Entramos en una casucha vieja y ennegrecida donde había un olor insostenible. Después de recorrer un pasillo estrecho y oscuro como el de antes, llegamos á un cuarto más oscuro todavía, tras de ser pequeño hasta lo increíble. En una de las esquinas se acurrucaba un hombre medio desnudo arrebujaado en una manta vieja: en

otra había algo así como un jergón muy disimulado, encima del cual se percibían dos bultos que podían ser dos niños, y en otra, resguardado por una especie de paredoncillo de media docena de cantos, había un poco de lumbre.

Después que se fué acomodando la pupila á aquella oscuridad, vimos que en efecto los bultos del jergón eran dos niños. Tenían viruelas. El uno como de cinco años se acababa de morir, y el otro estaba agonizando. El padre, atacado probablemente de la misma enfermedad, pues tenía una calentura muy fuerte, después de enterarse de que íbamos á verle en nombre de la Conferencia, nos decía, tratando de explicarnos su situación, con voz fatigosa:

—Yo era mozo de cordel en Albacete y me vine á Madrid creyendo que en la corte se ataban los perros con longaniza. Me recogí aquí provisionalmente..... No encontraba trabajo ni ocupación..... A los pocos días cayó mi mujer enferma de viruelas..... Vino por aquí el señor cura de la parroquia, y viendo la pobreza en que estábamos, nos dió una limosna y dijo que nos recomendaría á la Conferencia. Murió mi mujer hace ocho días..... Después cayeron con viruelas los dos niños, el mayorcito se ha muerto esta mañana, y la niña, que es un poco mayor que él, ha ido á avisar á la parroquia para ente-

rrarle..... Y lo peor es que yo también estoy mal, y no sé qué va á ser de esas criaturas.....

—Tenga usted confianza en Dios, amigo—le dijo Luis—y pídale consuelo y paciencia, que bien lo necesita.

—Sí, señor, sí—contestó el pobre.—¡Estoy pasando una temporada!.. Vale Dios que me acuerdo de que todavía están peor otros infelices que no tienen ni siquiera un cuarto como éste y tienen que pasar la noche en la calle...

Luis se llevó el pañuelo á los ojos.

—Tenemos que ir á ver al ecónomo de la parroquia—me dijo cuando salíamos de la casa—porque la limosna que dais de la Conferencia es muy buena y muy santa, pero es insuficiente para estos casos extraordinarios. Le voy á dar al señor cura lo que me había de costar el teatro en todo este mes, para que provea de sustento y abrigo á esta pobre familia. ¡Qué desolación tan grande!

## V.

Quando volvíamos hacia el centro de Madrid, después de haber visitado al señor cura

de las Peñuelas y haberle dado un billete de veinte duros para atender á aquellos desgraciados, Luis no hablaba.

—¿En qué piensas?—le dije para sacarle de su silencio.

—En que D. Pedro Calderón, además de ser un gran poeta, era un gran filósofo.

—¡Ah! ¿lo dices por aquello de los dos sabios de *La vida es sueño*?

—Sí, porque debía de tener un gran conocimiento del corazón humano; porque parece que estaba viendo el mío; parece que por mí escribió aquello de

« . . . . . á esta parte  
Hoy el cielo me ha guiado  
Para haberme consolado,  
Si consuelo puede ser  
Del que es desgraciado, ver  
Otro que es más desgraciado.»

—¿Es decir, que ya no tienes seguridad de ser el hombre más desgraciado de la tierra?

—No, ni con mucho. No sabe uno lo que dice las más de las veces.

—¡Hombre, hombre! ¿es posible que ya no pienses en Cecilia, ni te parezca tan hermosa?...

—No exageres: me parece lo mismo que antes, y no puedo olvidarla. Lo que hay es que, estableciendo comparaciones, con toda mi desgracia soy felicísimo.

—Sí, porque has visto que hay otros que cogen las hojas...

—Es verdad; porque

«Hallo que las penas mías,  
Para hacerlas alegrías,  
Las hubieran recogido»

todos estos que hemos visto esta tarde.

—¡Y tantos otros, Luis, y tantos otros!





## EL MOLÍN DE XUAN FORCADA.

---

Tengo que comenzar advirtiendo á ustedes que Pendones es un lugarín que, aunque no suele hallarse en ningún mapa ni en ningún Nomenclátor oficial (¡paguen ustedes Institutos Geográficos para esto!), se halla en Asturias, en el partido judicial de la Pola de Laviana, en el Ayuntamiento de Caso (1), confinante con los pueblos de León que forman el ayuntamiento de Lillo, como Isoba. Cofiñal, etc.

De este último pueblo, no de etc., sino de Cofiñal, era nativo Pedro Rascón, avecindado en Pendones por haberse casado con una mayorazga de allí que se enamoró de su buena figura y natural despejo con ocasión de hallarse Pedro de maestro de escuela en Tarna.

---

(1) Ni en el Diccionario de Madoz, hecho sin esmero ni conciencia y sólo por especulación, ni el *Nuevo Nomenclátor de las ciudades, villas, lugares y aldeas de las cuarenta y nueve provincias de España*, publicado á costo y costa por el Instituto Geográfico y Estadístico, se encuentra Pendones; y en cambio se encuentra en el *Anuario del Comercio* que publica la casa de Bailly-Bailliere, sin subvención alguna del Estado.

Era este Pedro un hombre muy listo, como lo suelen ser casi todos los de aquel valle, que los de Valdeburón llaman Trascollada; pero siendo realmente muy listo, pasaba todavía por mucho más entre aquellos asturianos de los cabeceros, que suelen ser todo lo contrario.

No sé si será por su continuo trato con los rocines, pues se dedican ordinariamente á la arriería, lo cierto es que no suele marcarse demasiado la diferencia entre los rocines y los dueños.

Conocíanle á Pedro Rascón sus convecinos con el sobrenombre de el *Castellanu*, y aunque le consultaban á cada tríquite y seguían su opinión en los casos de apuro, no dejaban por eso de tenerle envidia, y hasta un poco de mala voluntad, porque era muy amigo de poner tachas á todas las cosas.

No se concluía obra en el pueblo ni chica ni grande, sin que se buscara enseguida con avidez, y al mismo tiempo con temor, la aprobación del *Castellanu*. Desde un par de madreñas hasta un par de ruedas, todo habían de someterlo á la censura de Pedro Rascón, la cual, en honor de la verdad, nunca solía ser favorable del todo.

Esto les desesperaba á los asturianos casi tanto como las bromas y los chistes que el antiguo maestro de Tarna decía contra ellos á cada paso; unas veces en latín, repitiendo-

les y, por supuesto, traduciéndoles en seguida, aquel aforismo que dice: *Astures, fures, loquaces et mendaces*; otras veces en su lengua propia con aquello otro de: «Asturiano, loco, vano, poco fiel y mal cristiano,» y otras veces con otras mil cosas que se le ocurrían, á cual más dura y mortificante.

Por todo lo cual tenían muchas ganas de cogerle en una; es decir, de que llegara una ocasión en que el *Castellanu*, llamado á emitir su opinión sobre una obra de cualquier vecino, no encontrara pero ni tacha que ponerla, ni tuviera más remedio que confesar que era perfecta y excelente.

En cuanto alguno hacía una cosa muy bien *iguada*, como ellos dicen, por contracción de *igualada*, pero con la significación de bien aliñada, bien pulimentada, bien compuesta, ya estaban los más entusiastas admiradores de la obra disponiéndose á llamar al *Castellanu* para que fuera á reconocerla, seguros de que allí no había de poder encontrar ninguna falta.

Pero el *Castellanu* seguía en encontrándolas en todo, porque todo solía tenerlas, y bien grandes por cierto.

Y además seguía mortificándoles, contando, verbigracia, que una vez al mayorazgo de Sobrescobio le había dicho uno de sus hijos, al echar por la mañana las ovejas:

—¡Ah, padre! La *obeya* rucia está *morta* en

la corte: *¿échala* á la vecera ó *déxiula* en casa?—

A lo que había contestado el padre haciendo aspavientos sobre la necedad de la propuesta:

—*¡Xesús, Xesús!* Pero ¡qué *fiyus* más *borricus* *tengu!* *¿Cómo* vas á *echála* á la vecera, rocín? *Échala* un *coloñu* de *fueya* (1) y *déxiala* en casa.—

De donde se deducía que el padre era tan burro como el hijo.

También contaba que habiendo ido una vez un mozo de Felechosa á misa á Caliao, le había dicho un conocido suyo á la puerta de la iglesia:

—*¡Ah, hom!* (2) *¿Morriste* tú ó *morrió* el *to hermanu?*—

A lo que había contestado inmediatamente el de Felechosa:

—*Non; morir* *morrió* el *mío hermanu*, pero *estebi* yo *más malu* que *elli* (3).—

Contaba asimismo que una vez estando Pepon el de Casielles sentado junto á la lumbrera con una gran mortera de barro llena de leche entre las rodillas y un zoquete de borona en la mano, dijo á la mujer.

—*¡Ah, Marica!* *¡Pes* (4) *cuantu* sentiría yo

(1) Hoja.

(2) Hombre.

(3) El ó ella.

(4) Contracción de pues.

que se me cayera y se me *arramara* esta mortera de *lleche!*...—

—*Entos* (1) *ten cuidiau* de que *non se ti caya*—le dijo ella.

—¡Quiá, *mayer!*—repuso Pepon: ¿cómo había de *caéseme*, á *non ser* que *ficiera asina?* (2)

Y diciendo esto abrió las piernas para hacer la demostración, con lo cual se quedó sin la leche y sin la cazuela, que se hizo cascós.

Igualmente contaba que otra vez iban para la siega seis asturianos del concejo de Ponga, y habiendo salido del mesón de Escaro tres horas antes de amanecer, al pasar, de noche todavía, el puente de Pedrosa, vió uno de ellos la luna reflejada en el río, y dijo al compañero que iba delante.

—¡Ah, *Xuacu* (3)! mira *onde* hay un *quesu*.

—¡*Ye verdá, hom*, y está al *pelu* del agua...  
¿*Vamos cogelu?*

—No nos vendría mal *pa* engañar la borona, que así sola *paez* que no entra bien; pero cómo lu *cueyes?* (4).

—Esperar á los *otrus, hom*.

Y cuando todos estaban juntos discurrendo la manera de coger el queso, propuso el que se tenía por más listo lo siguiente:

(1) Entonces.

(2) Así.

(3) Joaquín.

(4) Coges.

—Veréis, *hom*, veréis; ponémonos *un rescogau* del *antepechu* del *puenti*; *otru baxia per elli* y se rescuelga de los *sos* pies; *luegu baxia otru per* los dos y se rescuelga de los pies del *otru*, y de este *modu*, el *postreru* que *baxia*, agarra el *quesu* y lo *subi pa* arriba.—

Y entusiasmados con la proposición pusieron manos á la obra.

Pero cuando el último de los seis bajaba por la cadena que formaban ya los otros cinco, el que estaba agarrado al antepecho del puente, que era Vicentón el de la ferre-  
ría, les dijo:

—*Andai á prisa, chachus, que non puedu resistir más, porque se me resbullen las manus.*

—¡Ah, *burru!*—voceó el autor de la proposición, que estaba el penúltimo—¿*non* sabes más?... *Escúpilas, hom, escúpilas.*

Con lo cual Vicentón soltó las dos manos á un tiempo para escupirlas, y todos seis cayeron al río, y todos se ahogaron, menos Pericón el de Aviegos, que quedó para contarle, porque sabía nadar un poco.

Con estas cosas se proponía Rascón demostrar á los asturianos que eran muy tontos; pero tampoco dejaba libres de sus burlas á las asturianas.

Pues decía que una vez, en Cabañaquinta, se habían reunido casi todas las del pueblo á asistir á la mujer del herrero, que estaba de parto, y habiendo ido una de ellas al hórreo

por un poco de manteca para hacer á la enferma un caldo, se quedó mirando un hacha nueva que había allá colgada de un clavo, y no volvía. Fué otra á buscarla viendo que tardaba y la dijo:

—¿Qué *faces* ahí, Petra?

—Estaba *mirandu* que hay aquí una *cisoria* (1) colgada, y si mañana ú otro día *vien per* aquí Mariquina con lo que paría, puede caer y *facerla* mal. ¿Verdad que *ye* (2) de pensar?

—Sí, de pensar *ye*.

—Llamar á Xuanina, la de Farrucu, á ver qué *diz*.

Y después de llamar á Xuanina y de hacerla la misma relación y decirle que era de pensar, contestó lo mismo:

—Sí, sí; de pensar *ye*.

Y aconsejó que llamaran á Pepa, la cual tampoco dió más luz ni resolvió el caso; y así fueron llamándose unas á otras y se fué llenando el hórreo de mujeres, todas pensando en la cisoria y sin dar el caldo á la mujer del herrero; hasta que acertó á pasar por allí el tío Santos, de Isoba, quien, enterado de lo que ocurría, subió al hórreo, descolgó la cisoria del clavo y la puso en el suelo.....

Así las cosas, un vecino de Pendones, llamado Juan Forcada, no mal cantero, gran

(1) Hacha: viene del *cadere* latino, cortar.

(2) Es.

madreñero, buen maderista en todas la variedades del ramo, y tan artimañero y curioso que, según él mismo decía, lo *iguaba* todo y entendía de todo menos de *ferrar mosques* (1), tuvo la ocurrencia de ponerse á hacer un molino.

Había estado un año sirviendo, cuando era mozo, en casa del alcalde de Lillo, y como el dicho alcalde tenía un molino harinero muy pequeño, y era Juan el encargado de asistirle, conservaba perfectamente en la memoria el número de piezas, el nombre y la forma de cada una de ellas, con todos los demás detalles necesarios; de modo, que teniendo la habilidad que él tenía para reproducir en madera ó en piedra todo cuanto viera hecho por otro, la empresa había de ser para él lo más fácil del mundo.

En un teso, hacia la parte más alta y más seca del lugar, cerca del hórreo suyo, hizo dos paredes paralelas de braza y media de longitud, otro tanto de distancia entre las dos y una braza de altura, todo conforme estaba en Lillo y con las mismas dimensiones que en el molino del alcalde. Sobre estas dos paredes puso unas vigas y asentó un piso, y sobre este piso construyó un cuadrado de pared, de poco más de otra braza de alto, con su puerta lateral y su ventana. Colocó

---

(1) Herrar moscas.



sobre este cuadrado un tejadillo armado á pendolón, hizo varios tajos en un madero, en forma de peldaños, le puso arrimado á la pared, junto á la puerta, con una inclinación de cuarenta y cinco grados, para que sirviese de escalera, y tuvo el armazón del molino completo.

En cuanto á la parte interior, no perdonó detalle para que el molino fuera lo más acabado en su género. Tendió en el suelo una vigueta, presa por una punta y libre por la otra, la hizo en medio el quicio para el rodezno y la enlazó por el extremo libre con la aliviadera, que es otra vigueta vertical cuyo extremo superior va á parar al lado de las muelas y termina en una zapata, bajo la cual se mete una cuña que, según se aprieta ó se afloja, hace subir ó bajar el rodezno y con él la piedra cimera para que el molino ande más ó menos suelto y deje el grano más ó menos molido; arrancó las piedras de una cantera y las labró con mucho trabajo, porque eran muy duras, hasta dejarlas en la forma cilíndrica que tienen las muelas de molino; las horadó por el centro, abriendo en la de arriba la caja para la nadeja, puso en el agujero de la inferior la boja, hizo el rodezno, labrando y ajustando con esmero las abéndulas, le puso los hierros, hizo la tramoya y el grandial; en una palabra, concluyó perfectamente el molino, sin omitir ni siquiera la taravilla.

—*¡Pes qué idea de hombril!*—decía uno de sus convecinos, admirado de tanta habilidad.

—Así es—añadía otro.—*¡Paez mentira que un hombril solu haiga podiu facer tantes coses!*

—*¡Bendito sea Dios!*—añadía un tercero.—*¡Lo que puedi el talentu y la desposición de les criatures!*

—Llamar al *Castellanu*—dijo por fin el más entusiasmado de todos—á ver si *alcuentra daque* (1) falta ó *daque defentu* que poner á esta obra.

—Sí, sí, *llamálu*—dijeron tres ó cuatro á un tiempo.

—*Non lu llaméis*—dijo Juan Forcada, que estaba muy alegre y muy esponjado con las felicitaciones de sus convecinos;—*non lu llaméis*; que también será capaz de *ponei tachas perque esi* se las pon á *todu*.

—*Non seyas* (2) *bobu, Xuan*. ¿Qué tacha va á *poneli* á *estu*, si *non* las *tien*? *Llamálu, llamálu*.

Y opinando todos los demás de la misma manera, esto es, que por aquella vez no había peligro ninguno en llamar al *Castellanu*, porque no era posible que hallara defectos en el molino, salió comisionado al auto Manolín el

(1) alguna, alguno.

(2) Seas.

de Natalia, el cual, llegado que fué á casa de Pedro Rascón, le dijo con sorna.

—¡Ah, hom! ¿Quiés venir á ver el molín de Xuan Forcada, que ya está *fechu*?

—¿Y dónde le ha hecho?—preguntó Rascón.

—Allí en el *tesu*, por cima de *so casa*—le contestó Manolín, añadiendo:—*Daquien* quería que te *avisáramus*, *daquien non* por miedo de que *fallaras* algún *defeutu*; pero *paezme* que de esta vez *non fallas nengún*, *perque ye* una obra guapa del *todu*.

—Vamos allá, vamos allá—dijo Pedro; y cinco minutos después llegaban ambos al molino.

Bajo la mirada escrutadora y un tanto burlona de los pobres astures, que querían leer á cada paso en el semblante de Rascón la vergüenza y el bochorno que le iba á costar reconocer la perfección del artefacto sin poder ponerle ninguna tacha, comenzó el de Cofiñal á examinar el molino, haciendo esfuerzos por contener la risa que le retozaba en el cuerpo.

—Mira esto, mira aquello, mira lo de más allá—le decían los circunstantes, todos á un tiempo, señalándole los perfiles que á ellos les parecían mejor, y pretendiendo abrumarle á fuerza de contar primores.

Cuando concluyó el reconocimiento, llovió sobre él una nube de preguntas.

—¿Qué *ti paez, hom?* ¿Qué tal? ¿Gústate? ¿*Faríaslo tú ansina?* ¿Qué dices?.....—Y todos esperaban con aire de triunfo la respuesta, que necesariamente había de ser una confesión franca de que el molino era una maravilla, ó, por lo menos, una obra perfecta en su clase.

—No está mal del todo, no está mal—dijo Pedro Rascón, después de escuchar todas las preguntas;—pero.....

Y aquí los asturianos, ya extrañados de que el molino no le mereciera más alabanza que la de no estar del todo mal, se quedaron con la boca abierta. ¿Era posible que á un molino tan bien *iguado* se atreviera el *Castellanu* á ponerle tachas? Y sin embargo, aquel *pero* no indicaba otra cosa.

—¿*Peru* qué?—le interpeló al cabo el asturiano más atrevido.—¿*Peru* qué?

—Que un pequeño defecto sí tiene—repuso Pedro.

—*Entos, ¿cuál ye, hom?*

—Que no puede moler, porque no tiene agua, ni por donde le venga.

—¡Calla! ¡*ye verdá*....!—dijeron los dos ó tres vecinos más sinceros, mientras los otros bajaban la cabeza, corridos y á la vez enfadados de que un castellano solo hubiera conocido tan pronto un defecto que ellos, entre todos, no habían visto.

Desde entonces no volvieron á convidar al castellano á admirar sus obras.

Y desde entonces quedó en proverbio, para ridiculizar las cosas que, teniendo buena apariencia, carecen de lo principal, «el molín de Xuan Forcada, que no le faltaba más que el agua.»





## LA BODA DE ISIDORO.

### I

¡Qué guapa estaba Catalina!

Me parece que la estoy viendo, con una basquiña de cúbica que la llegaba hasta cerca de los tobillos, un jubón de alepín de mangas anchas, muy ajustadas á la muñeca, medias azules acuchilladas de encarnado vivo, zapatos atacados con galón de seda, pañuelo de *Barés* (Bareges), de fondo blanco con listas azules, al cuello, coronando todas estas galas una mantilla de franela negra con forro de vitán amarillo y con un terciopelo labrado todo alrededor lo menos de dos dedos de ancho...

¡Ah! y se la veían por entre la mantilla unos magníficos zarcillos de oro francés que casi la posaban en los hombros: como que le habían costado al novio diecisiete reales en la feria de Ramos...

En cuanto al físico, Catalina era una more-

na... Pero no anticipemos los sucesos... ni los novios.

Catalina está en Los Espejos, pueblecillo risueño y alegre, situado á la derecha del Esla, por más que el Diccionario de Madoz nos diga que está á la izquierda, y nosotros estamos todavía en Salio, que está realmente á la orilla izquierda del río, pero más abajo, á legua y media de distancia.

De modo que todavía tardaremos en llegar un rato bueno.

Un rato que se la va á hacer un siglo á Catalina que nos está esperando desde el amanecer para casarse. Se ha levantado al ser de día, porque no pudo dormir en toda la noche, y espera que te espera, y el novio y el acompañamiento sin llegar... ¡Es claro! como que todavía no nos hemos puesto en camino. Ahora vamos á montar á caballo... Pero ante todo, verán ustedes por qué fui yo de boda.

Comienzo por decirles que Pedrosa del Rey es una villa muy pequeña pero muy hermosa, la más hermosa de la tierra.

Está situada á la respetable altura de 1060 metros sobre el nivel del mar, en una vega deliciosa, llana como la palma de la mano, á la orilla derecha del Esla, sobre el cual tiene un puente de tres ojos y de más de seis siglos.

A la parte del Norte, como resguardo contra el cierzo, tiene una cuesta llena de plantas aromáticas y de árboles frutales, que es



un verdadero paraíso. Por el Mediodía... Pero la pobre Catalina nos está esperando y no hay que entretenerse en perfiles.

Baste saber que Isidoro, y aprovecho la ocasión para presentar á ustedes el novio, era un excelente muchacho que había sido criado de casa de mis padres muchos años, cuando yo era niño.

Era de Salio, lugarcillo situado á un cuarto de legua de Pedrosa, al otro lado del río, hacia el Poniente, y todos los domingos me solía llevar con él á su pueblo cuando iba á mudarse.

Por eso era yo popular en Salio: todos me conocían y yo conocía á todos.

Los niños me miraban con cieata admiración porque iba bien vestido, pues ya cuidaba Isidoro al marcharse de que me pusieran de punta en blanco. Las personas mayores, ya fuera por agradecimiento á los favores recibidos de mi familia, ya por naturales hábitos de amabilidad y de complacencia, todas eran á hacerme caricias y mimos. ¡Ah! y me llamaban siempre con un diminutivo que aún me está sonando en los oídos y ¡qué bien me suena!

La madre de Isidoro, que era una pobre mujer, me solía obsequiar con nueces, avellanas ú otra fruta según la estación; pero en todo tiempo, indefectiblemente, me daba una torreja de pan cubierta con una espesa capa

de manteca recién maceada, y sobre la manteca una cucharada de miel, que... me río yo de la miel sobre hojuelas. No creo haber probado jamás en mi vida otro manjar que me gustara tanto.

Unos años después se había muerto el padre de Isidoro, y éste había dejado de servir para irse á vivir con su madre, la cual, como iba teniendo ya mucha edad y estaba para poco, aconsejó á su hijo que fuera tratando de acomodarse.

Isidoro había conocido á Catalina en Pedrosa, donde ella solía venir á espadar lino todos los inviernos, y le gustaba porque era hacendosa y dispuesta, y además muy bien parecida. ¡Yo lo creo! Y aunque se diga que era guapa, no se dice nada de sobra.

¡Vaya si lo era! ¡Habían de haberla visto ustedes en la última romería de San Tirso, que fué donde le acabó de gustar á Isidoro!

El cual, decidido á complacer á su madre en lo de acomodarse pronto, dijo para sí: Esta muchacha creo que me conviene, y como me quiera no he de buscar otra. Así es que, en cuanto ella salió á bailar con otra amiga suya, Isidoro cogió á uno de sus compañeros y se fueron á separar la pareja; y, es claro, á Isidoro le tocó bailar con Catalina, y bailó muy á gusto, y hasta gritó una vez: *¡Viva la mía!* al dar la vuelta.

Después Catalina tocó la pandereta, é Isi-

doro, en lugar de bailar aquel baile, se puso á su lado, y entre cantar y cantar, la dijo cuatro cosas ya un poco alusivas al asunto.

Ella no se presentó mal aquella tarde, y con eso, ya por el invierno adelante, se animó Isidoro á ir á Los Espejos dos ó tres domingos á prima noche, y habló con ella en la hila del tío Marcelino; y aun parece que alguna vez, al salir de la hila, no se marchó inmediatamente para Salio, sino que se quedó por allí hasta después de la media noche para echar con Catalina un párrafo por la ventana.

Por cierto que en una de éstas le cogieron los mozos del pueblo y le hicieron pagar los derechos de costumbre. Le llevaron á la taberna del Pisonero que estaba al otro lado del río, sobre el cabecero del puente, y tuvo que pagarles media cántara de vino y además la sosiega, ó sea media azumbre de aguardiente. Pero, eso sí, le llenaron de brindis mientras bebían, deseándole término favorable en su pretensión y augurándole para después todo género de felicidades.

Desde aquella noche Isidoro siguió visitando á Catalina con más frecuencia y con más tranquilidad, y, que torna, que vuelve, que sí, que no, por fin una noche le autorizó para pedirla.

Y efectivamente á los pocos días volvió Isidoro á Los Espejos una tarde al oscurecer,

acompañado de su tío Juan, hermano de su madre, y de su primo Francisco, y se dirigieron los tres á casa de los padres de Catalina, donde ya les esperaban con cena puesta; y después de los saludos de ley y de sentarse todos al amor de la lumbre, el tío Juan, con una emoción parecida á la del confitero retirado de los *Pavos reales*, tomó la palabra y dijo:

—Con que..... yo supongo que ya saben ustedes á lo que venimos. Aquí el mi sobrino Isidoro está prendado de Catalina, la hija de ustedes, y quiere hacerla su mujer, como Dios manda. Ella, según parece, no le ha dicho que no, y yo vengo..... como el muchacho es huérfano de padre, vengo yo en representación de mi cuñado Manuel que esté en la gloria, y en nombre de mi hermana, á pedir á ustedes la mano de su hija Catalina para.....

—Tío, ¿la mano nada más?—le interrumpió Francisco, queriendo quitar á la escena el carácter demasiado diplomático que iba tomando.—A mí me parece—añadió—que Isidoro querrá á Catalina entera y verdadera y que no se contentará con una mano sola.

—Bien, hombre, pero así se dice—repuso el tío Juan, sonriéndose un poco, pero sin perder la gravedad con que había empezado.

—No señor—replicó Francisco, que tenía sus puntas de persona instruída porque había sido algunos años maestro de escuela de in-

vierno en un pueblo de la Valdavia.—Eso lo habrá usted leído alguna vez en los papeles del secretario; pero lo natural es que usted pida á estos señores á su hija Catalina para mujer de Isidoro.....

—Pues nosotros—comenzó á decir el padre de la novia—nosotros somos..... tenemos.... nosotros estamos.....—y como no acertaba á seguir adelante acudió en su auxilio su mujer y dijo con discreción sencilla:

—Puesto que los muchachos parece que se tienen inclinación, nosotros no queremos quitársela. Que se casen, y Dios quiera que sea para su santo servicio.

—Amén, tía Josefa—dijo á media voz, pero con mucha expresión de sinceridad, Isidoro.

—¿Y tú qué dices?—dijo el padre de Catalina dirigiendo la vista al sitio donde ella estaba poco antes.

Pero Catalina ya no estaba allí: se había retirado ruborizada en cuanto habían comenzado á hablar de ella.

—¡Ah! se marchó la pobre hija mía—dijo su madre sonriéndose;—pero cuando ella ha consentido á los señores que dieran este paso, ya no es necesario volver á preguntarla su opinión.

—Isidoro ya la sabrá—dijo Francisco, siempre tratando de quitar gravedad á la escena.

—Creo que sí—le contestó Isidoro modestamente.

—Pues no hay más que hablar—dijo el padre de la novia.

La madre salió entonces á buscar á Catalina á la habitación inmediata, y la dijo:

—Ven, hija mía, que ya se ha concluído.

Catalina volvió á entrar detrás de su madre y cruzó con Isidoro una mirada tímida y cariñosa.

En seguida comenzó la cena, amenizada con algunos chistes del primo del novio, reinando en ella la franqueza y la cordialidad más agradables.

De sobremesa se hicieron los tratos, reducidos á que la novia manifestara su gusto y su deseo respecto de las vistas, á que los padres dijieran los enseres, el ganado y las tierras y prados que pensaban darla para comenzar á vivir, y, por último, á que se escribieran por duplicado las amonestaciones para entregarlas á la mañana siguiente á los señores curas de ambos pueblos, y se acordara el día de la boda, quedando señalado el 9 de julio, sábado por más señas.

## II.

Dos semanas antes, Isidoro había ido á casa de mis padres y había solicitado de ellos la

gracia de que el *señorito* le acompañara en *ese día*, en el día de su boda, en lo cual tendría él y tendrían todos los suyos mucha satisfacción, añadiendo que ya procurarían obsequiarle con la pobreza de que podían disponer, y, sobre todo, con una buena voluntad, que no se sabe lo que vale.

Era yo entonces un mozalbetillo imberbe que acababa de salir del colegio á vacaciones; tenía quince años para diez y seis, esa edad en que á uno se le figura que todo el monte es orégano, y excuso decir cuánto me alegré de que mis padres no supieran resistir á la petición del pobre Isidoro. ¡Como que así tenía ocasión de hacer de persona y de que me hablaran de *usted*, cosas que en esa edad gustan tanto!..... ¡Ah! y además tenía que ir á caballo, y llevar un caballo para mí solo..... hasta cierto punto; porque difícilmente me escaparía de llevar ancas. Lo cual por otro lado también era agradable, porque era considerarle á uno como persona formal y.....

Efectivamente, al tiempo de montar á caballo, cuando ya casi todos los jinetes llevaban atrás su pareja, resultó que la hermana del novio, Balbina, una muchacha muy repolisca y no desgraciada, no tenía buenamente con quién ir, y... si el *señorito* fuera tan amable... y, es claro, el *señorito* fué tan amable que la mandó ponerse á las ancas de su caballo, donde iba ella más hueca que perro con pulgas.

Echamos al trote. Rayaba el sol por las cimas de los montes y la mañana estaba hermosísima. En diez minutos llegamos á Pedrosa, pasamos el puente, y, á la orilla del río arriba, sin entrar por las calles de la villa, nos encontramos por cima de la iglesia.

A la vuelta, cuando traigamos con nosotros á la novia, es de rigor que pasemos por todos los pueblos intermedios, para que salga la gente á recibirnos y á dar la enhorabuena á los recién casados; mas ahora, á la ida, la gala está en que no nos vean, ni en ninguna parte den cuenta de nosotros.

Por eso no entramos tampoco en Boca de Huérgano: ¿qué habíamos de entrar? pasamos por las eras, dejando á la derecha las casas. A la misma mano dejamos luego á Villafrea, y por la vega de San Roque, tapa, tapa, tapa, llegamos en un periquete á Los Espejos, donde se nos recibió á tiros..... No hay que asustarse; quiero decir que se nos recibió con una docena de salvas disparadas con escopetas del antiguo sistema.

No podíamos ir á apearnos á casa de la novia: no estaba bien: la etiqueta lo prohibía. Nos apeamos al extremo opuesto del lugar en la portalada de la casa de un pariente lejano del primo de Isidoro, y desde allí, después que el novio y todos los demás hombres formales se pusieron la capa, prenda de rigor en todas las bodas, aunque sean en Julio, fui-



mos en procesión á buscar á la novia á su casa.

Entramos por ancha puerta de arco en el portal que era muy espacioso, y vimos tendido en el medio un cobertor azul de tinte fino y encima dos almohadas guarnecidas de encaje casero.

El novio y el padrino, que era el mismo tío Juan que fué á hacer los tratos, entraron los primeros y llamaron:

—*¡Deo gratias!*

—*¡A Dios sean dadas!*—contestaron de adentro, lo cual era como decir: ¿quién es?

—*Gente de paz*—replicó el tío Juan con voz un tanto conmovida.

Un minuto después aparecía por la puerta de la derecha el padre de la novia, y sin saludar en la forma ordinaria, por no ser de ritual el saludo en semejantes casos, preguntaba de la manera más diplomática posible:

—¿Qué se les ofrece á ustedes?

—Aquí venimos—le contestó el padrino en el mismo tono—en busca de una prenda que usted nos ha prometido.....

—¿Es esta?—preguntó el padre de la novia, después de haber entrado en una habitación de donde sacaba en la mano una escopeta de Eibar.

—No, señor; no es arma de muerte—le contestó el padrino.

—¿Será esta?—volvió á preguntar el dueño de la casa, sacando en la mano una jarra de cristal.

—No, señor—contestó el padrino impasible;—no es esa; es otra que tiene usted y tenemos nosotros en mucho más aprecio; es su hija Catalina á quien hace dos meses, por mediación mía, pidió á usted mi sobrino por esposa.

—¡Catalina!—dijo entonces el padre en voz alta—ven, que á tí te buscan estos señores.

Y salió Catalina muy hermosa, con aire de encantadora y sencilla modestia, y ataviada como la hemos descrito al principio, diciendo:

—Buenos días tengan ustedes.

Tras de la contestación afectuosa de los que acompañábamos al novio, dijo á Catalina su madre que salía con ella:

—Mira, hija mía, estos señores quieren que le cumplas á Isidoro la palabra que le has dado.....

—Eso es—dijo el padrino con su acostumbrada gravedad;—si estás á cumplir la palabra que has dado, vente con nosotros á la iglesia.

—Iré, con la bendición de mi padre—dijo Catalina con voz apenas perceptible. Y dicho esto se arrodilló sobre las almohadas que estaban encima del cobertor azul, inclinando profundamente la cabeza.

Entonces su padre, tomando el aire de los antiguos patriarcas, levantó la mano derecha muy extendida, y dijo, haciendo al mismo tiempo sobre su hija la señal de la cruz:

—Yo te bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.—Y añadió besándola en la frente al tiempo que ella se levantaba:—Dios te dé, hija mía, toda la felicidad posible en esta vida y después la felicidad eterna.

—Así sea—contestamos todos.

Catalina besó respetuosamente la mano á su padre y á su madre, y poniéndose al lado de la madrina y de las otras mujeres que iban á acompañarla, dijo con voz medio apagada:

—Vamos.

Y echamos á andar.

Al salir á la calle se repitieron las salvas, sonando una especie de descarga cerrada que se fué convirtiendo en fuego graneado, pero sin cesar, hasta que llegamos á las puertas del templo.

A más de los tiros, y como si su estruendo no fuera bastante para aturdir á la novia y al novio y aun á los convidados, tocaban los mozos un tambor que producía un ruido desagradable, si se quiere, y aun sin quererlo, pero muy alegre, con esa alegría que se desborda.

Y como si todo esto fuera poco, las mozas, divididas en dos coros, en el tono especial de cantar á bodas, algo monótono, pero alegre también, nos atronaban los oídos á cantares.

Estos cantares de bodas tienen, además del tono, estructura especial, combinación métrica distinta de todos los otros. Comienzan siempre por un pareado: después se repite el primer verso, y se canta como segundo otro que suele ser un ripio: se repite luego como tercer verso el que fué segundo del pareado, y se canta el cuarto concertado con el segundo.

Véanse para muestra un par de cantares, de esos que invariablemente se cantan al llegar á la puerta de la iglesia:

Ya que diste la palabra,  
Ahora vienes á afirmarla.

Ya que diste la palabra,  
*La del escogido velo,*  
Ahora vienes á afirmarla  
Delante del Rey del cielo.

Si el párroco ó el sacerdote que haga sus veces tarda un poco en salir al pórtico, que es donde se celebra el matrimonio, es de rigor que se cante este cantar que sigue:

Salga, señor cura, salga,  
Que está la niña en aguarda.  
Salga, señor cura, salga,  
*El del vestido de negro,*  
Que está la niña en aguarda  
Y también el caballero.

Algunas veces el segundo verso, ó dígase el cuarto contando las repeticiones, no es un ripio como en los dos anteriores ejemplos, sino parte integrante del pensamiento desenvuelto en la copla. Verbigracia:

Como el agua cristalina  
Tiene la cara la niña.  
Como el agua cristalina,  
Que corre de losa en losa,  
Tiene la cara la niña,  
Y un poquito más hermosa.

A la conclusión de cada cantar suenan escalonados tres ó cuatro tiros.

### III.

Precedido del sacristán, que enarbolaba la cruz parroquial, y acompañado de dos acólitos, portadores uno del ritual y otro del caldero del agua bendita, salió el señor cura, y reinó el silencio. Callaron las mozas y las escopetas y el tambor, y nos quedamos como en la gloria.

El sacerdote comenzó á leer á los novios lo que los revisteros de salones y los novelistas suelen llamar la epístola de San Pablo, porque no suelen saber lo que dicen, pues no

es tal epístola, sino una exhortación compuesta *ad hoc* y adoptada por la Iglesia como preparatoria del sacramento. Cuando llegó á lo esencial de éste, á pedir el consentimiento á los novios, después de haber preguntado á éstos y á los circunstantes, hasta por segunda y tercera vez, si tenían noticia de que existiera algún impedimento, cuando preguntó á Catalina si quería á Isidoro por su legítimo esposo y marido, Catalina contestó con un *sí quiero* casi imperceptible.

—Más alto, un poco más alto—dijo el sacerdote: y la muchacha repitió las dos palabras esforzando un poco la voz y dejando correr al mismo tiempo por sus mejillas dos cristalinas lágrimas. Estaba asustada de veras.

Siguió la bendición de los anillos y de las arras, que eran trece coronillas, y á pesar de lo grave del caso se sonrió un poco la gente al ver que Isidoro, emocionado y tembloroso también, no acertaba á poner el anillo en el dedo de la novia.

La última palabra del sacerdote al concluir el desposorio fué ahogada por una descarga de las escopetas, que querían, al parecer, desquitarse del tiempo que habían estado calladas.

Entramos todos en la iglesia y comenzó la misa de velación en la que habían de comulgar los novios, piadosa y buena costumbre

que en aquella montaña se observa con tanto rigor como si fuera de necesidad para la validez del sacramento.

Cerca de las gradas había un felpo para que se arrodillaran sobre él los novios: el padrino y la madrina se quedaron un poco más atrás, en segundo término. El coro empezó á officiar la misa.

El mayordomo, que en los pueblos pequeños hace las veces de sacristán, cuidó de entregar la banda blanca al padrino para que éste se la pusiera á los novios, como lo hizo en efecto, extendiéndola sobre los hombros del novio y llevándola después por encima de la cabeza de la novia.

Por cierto que posteriormente he visto que en algunas parroquias se había suprimido esta ceremonia de la banda ó del *velo*, de donde vinieron las palabras *velaciones*, *velar* y *velados*, que tanta importancia tienen en nuestra legislación, donde para que el marido tenga la plenitud de sus derechos es menester que sea *casado é velado*; y tratando de inquirir la causa de semejante supresión, me enteré de que hacia el año de 1880 se había publicado en los boletines eclesiásticos de algunas diócesis una instrucción, ó cosa así, obra de algún secretario de cámara de esos que tienen mucha más presunción que ciencia, en donde se reprobaba y prohibía el uso de la banda, citando al efecto confundidos, mal entendi-

dos y truncados algunos decretos de la Sagrada Congregación de Ritos.

Desde luego me pareció tan injustificada la supresión de la banda, como sabía y prudente la conducta de los párrocos que no hacían ni estaban dispuestos á hacer caso del Boletín, mientras en el Ritual español ó toledano permanezca como permanece la prescripción para que se ponga la banda á los novios. Pero á mayor abundamiento he visto después un decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, dado en 5 de Setiembre de 1881 para la Guayana, que manda conservar la costumbre de poner á los novios la banda, sin que deje lugar á duda. (1)

Y esto es lo sabio y lo prudente: no suprimir ninguna ceremonia de las que contribuyen á dar solemnidad al matrimonio canónico, y menos en estos desgraciados tiempos en que tantos enemigos tiene, en que por tantos caminos se trata de disolver la familia cristiana, y en que leyes impías equiparan ó sobreponen al santo sacramento del matrimonio una farsa celebrada ante un funcionario civil.

---

(1) La consulta dice: *¿Num consuetudo sponsi scapulas, sponseque caput velandi in benedictione nuptiarum retinenda sit?* Y la contestación dice: *Nihil innovetur.*



## IV.

Era la primera vez que yo había entrado en la iglesia de Los Espejos, y no reparé sino en que, comparada con la de Pedrosa, era muy pequeña. Después la he vuelto á ver muchas veces, y he visto que es bellísima. Tiene un retablo gótico con hermosas pinturas en tabla, encerradas entre repisas y doseletes primorosamente afilegranados.

La lástima es que las tablas andan cada una por su lado, y las repisas y los doseletes se están cayendo á pedazos, comidos del coronjo; pero no conozco nada en su género de mérito igual á dicho retablo, pues ni aun puede comparársele el tan celebrado de la Catedral de Oviedo.

¿Cómo está aquella joya escondida en una iglesia microscópica de un pueblo microscópico también y olvidado en lo más escabroso de la montaña?

Es tradición antigua, confirmada por no despreciables documentos, que aquella iglesia la edificó la reina doña Constanza, viuda de Fernando IV el Emplazado, la cual pasó los últimos días de su vida en aquel valle (que por eso aún hoy se llama *Tierra de la Rei-*

na) (1) y está enterrada en la misma iglesia al lado de la epístola, donde en efecto hay un sepulcro gótico en el muro. Los historiadores suelen decir que esta reina murió y fué enterrada en Sahagún, distante de allí trece leguas; mas no tiene nada de particular que confundan el pueblo de Sahagún con la comarca, de la cual era Sahagún en la Edad Media, por su célebre monasterio, la población más importante.....

Pero lo más importante de este relato son los novios, y los tenemos olvidados.

En este momento salen de la iglesia y son recibidos con nuevas salvas y nuevos cantares.

Los dos coros de mozas se han convertido en cuatro, y entre todos comienzan una lluvia de flores de que no se libra ni el señor cura.

Del cual la dicen á la novia:

El cura que te ha casado  
Merecía un obispado.

El cura que te ha casado,  
*El de la ropa de seda,*  
Merecía un obispado  
Por su virtud y su ciencia.

Las de Salio, convidadas por parte del novio, formaban coro aparte; y un tanto atufa-

---

(1) En Pedrosa del Rey, que está lindando con tierra de la Reina, llaman comunmente á esta tierra *Portugal* y á sus habitantes *portugueses*, denominaciones que parecen confirmar el hecho de haber residido efectivamente la mencionada reina en aquel valle, pues sabido es que era portuguesa doña Constanza.

das de que las de Los Espejos cantaran tantas divinidades de la novia, comenzaron á alabar al novio como en competencia. A un cantar de las de Los Espejos, que comenzaba con estos versos:

Bien educada la llevas,  
Da de agradecido pruebas.....

Contestaron las de Salio con otro que empezaba así:

Si la novia está educada,  
Al novio no le ganaba.....

Insistían las de Los Espejos cantando:

Estímala, caballero,  
Que otro la pidió primero.  
Estímala, caballero,  
Bien la puedes estimar,  
Que otro la pidió primero  
Y no se la *quison* (1) dar.

Y contestaban las de Salio:

Si otro la pidió primero,  
Quieta se estuvo en el priego... etc.

Y así, de una en otra, sin las amonestaciones pacíficas de personas formales, seguramente hubieran concluído por irse al pelo.

Llegada la comitiva á casa de la novia, ésta se quitó la mantilla, se puso á la cabeza un pañuelo blanco de media seda atado aba-

---

(1) Contracción de *quisieron*, muy usada.

jo, y salió con la madrina á *dar el bollo*.

Esta ceremonia, que en ninguna boda puede faltar, es un obsequio á las mozas que cantan y á los mozos que tiran tiros, sin estar brindados á la boda, y á los rapaces y á todo el que se acerca; es un convite público.

La novia, acompañada de la madrina, sale al antojano de su casa con una azafate de blancas mimbres llena de zoquetes de torta amasada con leche y manteca y rociada por arriba con azúcar; el público se forma en corro en la antepuerta, y la novia va pasando y presentando la azafate, de donde cada cual va cogiendo un trozo de torta diciendo al mismo tiempo á la donante: *¡que sea en hora buena! ¡que sea para servir á Dios! ¡que sea por muchos años!....* Detrás de la azafate va un muchacho escanciando vino, con una jarra blanca y azul en una mano, y en la otra dos cortadillos de cristal en una bandeja de hojalata con ondas (como puso Abascal el estanque del Retiro) pintada de rosa y verde. El primero que bebe dice: *¡Jesús! Porque Dios les haga muy felices en esta vida y en la otra!* Y los demás van diciendo cuando les llega el turno: *¡Jesús! ¡Por lo dicho!*

Mientras á la puerta se daba este convite al público, los que éramos de boda tomábamos dentro de casa un tente en pié, y luego los hombres nos íbamos á jugar á los bolos, diversión favorita del país en la que, al paso

que se luce la habilidad, se hace moderado ejercicio.

Dos horas después nos hallábamos sentados á la mesa formando á cabecera el señor cura, á su derecha la novia y el novio, á su izquierda la madrina y el padrino y luego los demás convidados. La comida comenzó por el mismo plato que en todas las bodas, por *mantequilla batida*, que es lo que en Madrid se conoce con el nombre de *mantequilla de Soria*, sólo que allí no se servía en cajas de madera, sino en platos de loza, más ó menos fina.

Después nos sirvieron la sopa y succulentos cocidos de garbanzos y fréjoles en tabla; después, aparte, la clásica morcilla; luego estofado, luego truchas, fritas y cocidas, para todos los gustos, luego asados de carnero y de ave, sin que faltaran á los postres el arroz con leche, las natillas y las mantecadas, especialidad del país.

Así se come en las bodas de los pobres.

Lo malo del caso era que los coros de canto no quisieron dejarnos en paz ni aun en la comida, y á lo mejor salían cantando en alabanza de este plato ó del otro. Al servir la sopa, que tenía ramitos de perejil por encima, cantaban:

Aunque ya ha pasado Abril,  
No se secó el perejil; etc.

Al estofado decían:

Qué bueno está este carnero...  
Mejor aquí que paciendo, etc.

Toda la comida fué cantada.

El señor cura, que al empezar había bendecido la mesa, dió gracias á Dios al concluir, rezando luego á coro con los convidados varios Padrenuestros por las obligaciones difuntas y por la felicidad de los novios, concluyendo la oración con el consabido: ¡Dios le pague la buena obra! y las exclamaciones de: ¡Dios les haga buenos casados! ¡Muchos años vivan! etcétera, etc.

Mientras las personas mayores se acostaron á dormir la siesta, los jóvenes nos volvimos á la bolera, los novios se fueron á visitar á una tía de Catalina que estaba enferma y no había podido asistir, y á despedirse de ella, porque aquella misma tarde había que emprender la marcha para Salio, donde se había de celebrar á otro día la tornaboda.

Por eso los hermanos de Catalina, bajo la dirección de su madre, comenzaron á cargarla el carro.

## V.

*El carro de la novia*, cosa muy principal en estas bodas, le constituyen los enseres apun-

tados en la carta dotal, los que á la novia la dan sus padres para empezar á poner casa. Y realmente estos enseres se cargan en un carro para trasladarlos aquel mismo día á la nueva vivienda, ya esté en el mismo pueblo, ya en otro cercano.

Y ponen gran esmero los parientes de la novia, no solamente en que los enseres sean buenos y, por supuesto, nuevos, flamantes, sino en colocarlos de la manera que más luzcan y parezcan mejor, pues también aquí entra la estética. Todo esto, amén de engalanar el carro con cintas y poner á los bueyes que han de llevarle esquilonos con collares de piel de tejón, que es el mayor lujo en la materia.

Lo primero que se coloca en el cuerpo del carro es el arca, una arca terciada, es decir, ni muy grande ni muy chica, hecha *ad hoc*, dentro de la cual va la ropa de vestir de la novia. Sobre el arca va un jergón nuevo sin llenar, unas almohadas, una manta casera y una colcha valenciana ó un cobertor teñido, y encima un rastrillo, una zaranda, un cedazo y otros varios títeres.

Delante del arca, en la delantera del carro, va un escreño nuevo, boca abajo, y encima, espetada en el centro del hondón, la rueca con su cerro recién enrocado y empezado á hilar y el huso colgando, y sobre el cerro el roquero nuevo de hule pintado, todo en señal de que

la muchacha es hacendosa, y en reverencia de lo que dice la Sagrada Escritura de la mujer fuerte, *quæsiuit linum et lanam...* etc.

A la trasera del carro va una caldera mediana nuevecita, de uno de los estadonjos cuelgan unas trébedes, á los lados del arca van dos morillos, y por debajo de la caldera asoman sus mangos el cazo y la sartén, que no riñen, ni ésta le dice á aquél: «¡quítate allá, que me tiznas!» porque ni uno ni otra están ahumados. De los otros estadonjos penden una alforja blanca y dos cestos pequeños.

En tanto se había armado baile, en el que á menudo se oía el grito de ¡vivan los novios!

Catalina se había quitado para bailar la basquiña de cúbica y el jubón de alepín, luciendo en lugar de éste último una chambrá de percal blanco con flores encarnadas, y en vez de la basquiña, un manteo de sempiterna verde con dos terciopelos estrechos y una tirana de percal francés ancha y vistosa.

## VI.

Suspendióse el baile á las cinco y se volvió la novia á vestir de gala. Estaba ya cargado el carro y uncidos los bueyes y á caballo casi toda la comitiva. Ya no faltaba más que



Catalina, que se estaba despidiendo de su madre entre lágrimas y suspiros y abrazos y besos.

Para no quebrantar la costumbre de las bodas modestas, la novia debía ir á las ancas con el novio; pero resultó que Isidoro había ido montado en una yegua de pastores, medio cerril, que no sufría ancas, y la pobre Catalina se tuvo que bajar más que aprisa, apenas la habían puesto sobre la almohada guarnecida de encaje, que era la misma en que se había arrodillado por la mañana para que su padre la bendijera.

En semejante conflicto de última hora, visto estaba lo que había de suceder: el buen Isidoro pedía humilde pero confiadamente al señorito que le dejara su caballo, y..... ¿cómo me había yo de negar, consintiendo en que se deshiciera la fiesta? En el acto se cambiaron las monturas, yo monté en la yegua medio cerril, muy contento por la doble ocasión de hacer un favor á Isidoro y de hacer de jinete, y los novios se instalaron cómodamente sobre mi caballo, al cual no le debió hacer mucha gracia el cambio de las cuatro arrobas y media que yo pesaba entonces por las diez bien cumplidas que pesaría la feliz pareja. Quizá reflexionara el pobre animal allá para sí sobre lo bueno que es no sufrir ancas.

Inmediatamente nos pusimos en marcha; pero bien pronto hubimos de suspenderla,

porque á la salida misma de Los Espejos nos esperaba la justicia del pueblo, no para meternos presos ni para causarnos ninguna molestia, sino para lo que se llama *despedir las bodas*, para dar á la novia y darnos á todos los acompañantes el convite oficial de despedida.

La justicia se componía del alcalde pedáneo, el procurador, dos mesegueros y dos vedores, armados éstos de una bota de vino que nos habían de hacer beber por los vasos de concejo.

Los vasos de concejo, que se guardan en el archivo concejil, para los convites oficiales, son necesariamente dos y necesariamente de plata. El peso y el tamaño pueden variar, pero no el número ni la materia.

Ni aun la forma, que suele ser siempre la de una taza con dos asas. Así me acuerdo que eran y serán todavía los de Pedrosa, dos tazas enormes de plata de cabida de cerca un cuartillo, con una inscripción grabada alrededor que decía: *Del concejo de la villa de Pedrosa del Rey.*

Antiguamente, en los pueblos donde había nobles y plebeyos, además de los dos vasos de plata, por donde bebían los nobles, había otros dos de cuerno, y por estos bebían los plebeyos, aun en un mismo convite. Por eso á los plebeyos se les llamaba también *los de la cuerna prieta.*

En Pedrosa nunca hubo vasos de cuerno, porque no podía nadie ser allí vecino sin ser noble y probarlo.

El convite se repitió en Villafrea, Boca de Huérgano y Pedrosa, que eran los pueblos del tránsito, y todo el mundo, comenzando por la novia, tenía que probar el vino: no había remedio. Y además había que brindar, aunque no fuera más que *por la buena vista ó por lo dicho*.

Por cierto que la pobre Catalina, como estaba realmente cortada, dijo en una de aquellas ocasiones al coger el vaso en la mano:—¡Jesús! á que Dios les dé salú pa..... —y en esto llegó con el vaso á los labios y no concluyó el brindis.

Con todas estas cosas, cuando llegamos á Salio estaba el sol poniéndose.

La justicia nos esperaba también en las eras y hubo otro convite, y otro chaparrón de parabienes.

En cuanto nos apeamos á la puerta del novio comenzó el baile, que se suspendió luego para cenar y se reanudó después durando hasta cerca de la media noche.

Sin perjuicio de lo que habría que bailar á otro día en la tornaboda.



## EL CABALLO DEL DIABLO.

---

Sucedió aquel día lo que sucede todos los domingos en el otoño: que se quedó el pueblo sin gente.

Apenas salieron de misa mayor comenzó á despajarrar todo el mundo. La gente moza salía á bandadas por la *Carrera* hablando mucho, riendo y retozando, y se dirigía hacia el valle de *Ormas* á coger manzanas y á ver si empezaban á caer ya los hayucos para volver á ellos al día siguiente. Los rapaces pasaban el puente de *Lacorban* y marchaban también en bandadas al soto abajo: iban á avellanas á la *Pabiella*. Hasta las mujeres de alguna edad iban á moras á las *Sobargas*, ó porque habían estado allá otras veces, ó porque habían leído ú oído lo que decía un romance casero, que venía á ser así como inventario de las riquezas y comodidades del lugar:

*Tendeña* para las ruedas,  
*Bachende* para las cambas,

• • • • •  
*Las Sobargas* para moras,  
Que tienen muy buenas zarzas.

Todas estas frutas, las moras, los hayucos, las manzanas, las avellanas, y otras muchas más, como las sangüesas, las fresas, las grosellas, las majuelas, las mostajas y los arándanos, se crían por allí en los montes, en los brezales y en los sotos de las orillas del Esla, sin más cultivo que la bendición del Criador de todas las cosas.

El hecho es que Riángulo parecía aquel domingo un cementerio, pues ni aun había bolera en la plaza de la villa, y eso que estaba un día de sol muy hermoso.

Las mujeres que habían ido á moras procurarían volver para el rosario, que solía ser á media tarde: también volverían la mayor parte de los rapaces de las avellanas; pero los que habían ido á manzanas á *Ormas* no volverían hasta por la noche.

Y tenían que volver dando tropezones, porque no había luna.

Me acuerdo bien; como que me encontré yo después de oscurecido, á boca del valle de San Pedro, con una cuadrilla de moscancias y de mozalbetes, capitaneados por Mónica y Agustín que se habían casado hacía muy poco y venían ya ejerciendo de personas formales.

Era yo estudiante, y había salido después del rosario á tirar cuatro tiros á las perdices en las bajeras de *Sarrelengua*. Dí con un bando, que al primer tiro se me pasó al otro

valle, donde le tiré tres ó cuatro más, hasta que se oscureció del todo.

Cuando me conocieron los de las manzanas me saludaron muy afables. Preguntéles si habían cogido muchas, y ellos á mí cuántas perdices traía, continuando así en amistosa conversación al camino abajo.

Unos minutos después decía Agustín celebrando el encuentro:

—¡Vaya, vaya!... Yo que sentí ruido en ese escobal y les dije á estos: ¿qué diablo será eso que se siente ahí arriba?... ¡Cuando era nuestro don Juanito!...

—Sí—repuso Mónica—y por cierto que no me gustó que mentaras al diablo: ya te he dicho más veces que nunca se debe mentar al diablo en la conversación, y de noche menos; porque han sucedido cosas que... Una vez...

—Ya nos va ésta á contar un cuento—dijo Agustín.

—Hace bien—dije yo;—así se nos hará más corto el camino.

—No es cuento—replicó Mónica—no señor, no es cuento: es una cosa que ha pasado, y aquí en este mismo valle y hacia este mismo sitio por donde vamos nosotros ahora. No crean ustedes que es mentira. Se lo oí yo contar muchas veces á mi tía Valentina, Dios la tenga en la gloria, y era una mujer que, tanta verdad podrá decir alguno, pero más,

no. Pues mire usted, señorito, una vez vinieron también á manzanas, como nosotros hoy, la tía Pepa y el tío Andrés de la Redonda, que no sé si usted habrá oído hablar de ellos, pero eran los padres del tío Félix López, que todavía vive, y estaban, como éste y yo ahora, recién casados; y venían con ellos una moza que se llamaba Eusebia y otra que no me acuerdo ahora del nombre.

Anduvieron todo el día por el monte sin encontrar manzanas apenas, hasta que á la puesta del sol, en la *Ruada* cerca de la majada de la *Salsa*, dieron con un manzanalón que tenía muchísimas, más de las que ellos podían traer, aunque fuera en dos veces.

Llevaban unas alforjas blancas de las que se usan para echar la merienda á los segadores y para llevar la fiambra á las ferias, pero las llenaron en seguida, y haciéndoseles muy cuesta arriba dejar las manzanas allí, llenaron también las mangas de la chaqueta del tío Andrés después de atarlas por la boca; se quitó después una de las mozas la saya bajera y la hicieron servir de costal, atándola por el cuello con una liga y con otra por el ruedo, y por último, hasta el mandil nuevo de la tía Pepa, atándole las cuatro puntas, sirvió de mochila.

Cargaron como pudieron con las manzanas entre los cuatro, y bajaban arrañados con ellas por lo más espeso del monte, cuando dijo



el tío Andrés sintiendo ya el hombro molido:

—¡No nos deparara por aquí el diablo algún caballo, donde poder llevar estas manzanas que pesan como hierro!...

Y apenas lo había acabado de decir, cuando sintieron como el estornudo de una caballería entre unas escobas.

—¡Calla!—dijo el tío Andrés—pues aquí parece que se siente ruido como si fuera...

—Sí señor, ahí hay una yegua—dijo una de las mozas.

—¿Cómo andará por aquí á estas horas?—dijo el tío Andrés acercándose al bulto, y añadió:—es un caballo; y parece muy leal porque se deja coger.

Era efectivamente un caballo negro mohino, al cual el tío Andrés, cuando acabó de hablar, tenía agarrado ya por las crines.

Alegráronse mucho del hallazgo y comenzaron á poner en el caballo la carga que tan afligidos les traía, sin que el animal se moviera.

Pusiéronle sobre el lomo las alforjillas blancas, y terciada como otras alforjas la chaqueta del tío Andrés, y terciado igualmente, como un costal á medio llenar, el manteo de Eusebia; y hasta el mandil de la tía Pepa que también, como digo, iba lleno de manzanas, se le colgaron del pescuezo.

Como el caballo daba muestras de extraordinaria mansedumbre, no se les ocurrió

siquiera que se podía escapar, y le echaron por delante, comenzando á bajar muy contentos por un *trechero* abajo.

Media hora ó poco menos llevarían andando sin novedad, cuando la tía Pepa comenzó á amalearse por haber perdido el rosario y á decir que no hubiera faltado ella al rosario por todas las manzanas del mundo, sino por el antojo y el capricho que se le había metido en la cabeza á Andrés, pero que no lo volvería á hacer, y que era una mala costumbre la de irse los domingos á manzanas ó avellanas; porque los domingos no eran para eso, sino para santificarlos con oraciones y buenas obras, como la había dicho á ella muchas veces doña Rosalía, la señora escribana vieja, con quien había estado sirviendo, la cual siempre decía que el rosario era una oración muy acepta á Dios, porque era toda ella en alabanza de la Santísima Virgen...

En cuanto empezó la tía Pepa á ponderar las excelencias del rosario, notaron que el caballo no andaba ya tan bien como antes; pero el tío Andrés le dió un palo en las ancas diciendo: ¡jarre, demonio! y quedándose callada la tía Pepa, el animal siguió su camino.

Mas tornó la tía Pepa á hablar del rosario y á ponderar lo buena que era esta devoción, y tornó el animal á hacer estorvezas, á levantarse de ancas y á morderse, hasta que tales

y tan raros movimientos hizo que la tía Pepa exclamó asustada:

—¡Jesús-María! Pero ¿qué tiene este caballo?...

Y apenas había concluído la exclamación sintieron un estampido terrible acompañado de un fogonazo, y el caballo desapareció instantáneamente dejando mucho olor á azufre.

—¿Y las manzanas?—preguntó uno de los mozuelos.

—Las manzanas—contestó Mónica—por allí creo que quedaron esparcidas, pero no se pudieron aprovechar porque también diz que olían á azufre que apestaban. Lo que no volvió á parecer fué la ropa.

—Se quemaría, si es que se vió como un fogonazo—dijo otro mozalbete.

—O la llevaría el diablo—dijo Mónica;—lo cierto es que ni el mandil, ni las alforjas, ni la saya, nada encontraron, aunque lo anduvieron buscando por allí después que se les fué pasando el susto, que era muy grande.

—¿Y no volvieron á ver el caballo?—preguntó una rapazona, disimulando el miedo.

—No, hija, no—repuso Mónica;—¿qué le habían de volver á ver, si no había tal caballo....?

—¿Pues qué era?

—El diablo, hija, el diablo—continuaba Mónica con tono de sincera convicción;—el diablo mismo en persona, que, como está siem-

pre bien demás, discurrendo cómo perder á las almas, en cuanto oyó al tío Andrés afligirse por el peso de las manzanas y desear que el diablo le deparara un caballo, tomó forma de caballo y se presentó á servirle, á ver si así podía enredar al tío Andrés á que le sirviera á él. Pero luego no pudo resistir que se hablara bien del rosario y empezó á cocear y retorcerse, y por último, cuando oyó los nombres de Jesús y de María, ya no pudo menos de marcharse dando un estallido. Por eso es muy malo mentar al diablo en las conversaciones.

—Pero ¿se te figura que te vamos á creer todo eso?—dijo Agustín á su mujer cuando acabó aquella relación maravillosa.

—Pues mira—le contestó Mónica—si no lo quieres creer, lo dejas; que porque tú no lo creas no ha de dejar de ser verdad. Como que yo misma se lo oí contar á mi tía Valentina, la cual...—me acuerdo como si fuera ahora—decía que la tía Pepa la del tío Andrés la había dicho á ella muchas veces: «El primer mandil que tuve me le llevó el diablo.»

Y decía que era el primer mandil que había tenido, porque entonces, que era allá antes de la francesada, las mujeres no gastaban mandil hasta que no se casaban: el primero era el de las vistas.

Agustín siguió contradiciendo á su mujer

sobre la verdad y autenticidad del suceso; pero Mónica siguió también afirmando que el suceso era cierto, indudable, y sacando de él la consecuencia de que es muy malo mentar al diablo en las conversaciones.



## EL ALMUERZO DEL SASTRE.

---

—Anda, Quico, cuéntalas un cuento á estas rapazas, que después de tanto como han trasgueado, se están durmiendo: entreténlas hasta que toquen á Misa de Gallo.

—¡Ay! sí, sí—dijeron á coro Isabel, Antonia, Paula, María, Catalina, Jesusa y Juana, las siete primas, cuya edad variaba desde nueve á quince años, reunidas á tomar colación en casa de su abuela.

Y en un momento, Quico, que era el diablo, según solía decir la dueña de la casa, ó por lo menos, de la piel del diablo, se halló rodeado de ángeles; de aquellos siete ángeles que, clavando en él siete pares de hermosos ojos negros, le repetían:—Sí, sí, anda; cuéntanos un cuento, Quico.

—¡Si ya no sé ninguno, hijas mías; si todos los que sabía os los conté ya la otra noche!..

—Alguno te habrá quedado...

—Rebusca á ver...

—No seas remolón.

—No nos hagas rabiarse...

—Sí, sí, anda, anda.

—Vamos, principia, hombre...

—¡Silencio, chicas! que va á comenzar.

Y no pudiendo resistir á tan vivas instancias, dijo Quico:

—Bueno: voy á ver si me acuerdo de uno...

—Sí, sí.

—No *heis* de decir, *sí, sí*.

—Pues no diremos nada.

—Tampoco *heis* de decir, *pues no diremos nada*.

—¡Ah! no. Quico, no; ese es el cuento de las medias azules.

—Ese le sabemos todas...

—Todas.

—Ese no queremos...

—Cuéntanos otro.

—Sí, otro, otro.

—Bueno; pues otro—dijo Quico;—y habiéndose quedado las niñas como en misa, añadió, después de toser sin gana:

—Amigas, una vez... era un sastre, que estaba casado con su mujer...

—¡No, que estaría casado con su tío!

—Calla tú, grandullona; si me interrumpes no le cuento.

—Sí, sí, cuéntale, Quico; no hagas caso.

—Pues, como digo, una vezera un sastre que estaba casado con su mujer... y era sastre...

—La Misa del Gallo no se dice más que una vez al año.



—¡Mira el arvejo! ¿También tú?

—Calla, Susa; pero, niña, ¿no puedes callar?

—Pues que no diga las cosas dos veces.

—Que las diga todas las veces que quiera, con tal que cuente el cuento. ¿Qué más da?.. Vuelve á principiár, Quico, y no las hagas caso á estas zurruteras.

—Una vez era un sastre, que estaba casado, y que, sin ser tan feo ni tan soso como Jacinto, á quien conocéis todas vosotras, andaba como Jacinto cosiendo á jornal por las casas. ¿Y sabéis lo que le solían dar de almorzar en las casas donde cosía?....

—Un par de huevos.

—Eso, dos huevos fritos.....

—Pues claro, eso almuerza Jacinto también.

—Ese es el almuerzo del sastre.

—¡Como que al dos de oros, porque se parece á dos huevos fritos, le llamamos nosotras, cuando jugamos á la mata, el almuerzo del sastre!....

—Bueno; pues eso, un par de huevos fritos le daban de almorzar al sastre de mi cuento donde iba á coser.

Pero algunos días no iba á parte ninguna porque nadie le había llamado, y se quedaba en su casa cosiendo para él una chaqueta ó unos pantalones, de la tela que había sisado á unos y otros.

Y el maldito del sastre se empeñaba en que, los días que estaba en casa, también había de almorzar dos huevos, contra la voluntad de su mujer, que no quería darle más que uno, porque ponían poco las gallinas; sobre lo cual armaban entre los dos cada pelotera que temblaba el misterio.

—Y eso es pecado. ¿Verdad, Quico, que es pecado reñir entre marido y mujer?

—Sí, hija, sí; pero no era el pecado mayor del sastre el de reñir con su mujer, porque también la solía abanicar de vez en cuando.

—¡Valiente tuno!

—¡Con que la pegaba el bribón á la pobre mujer!

—Algunas veces. Y es de creer que la hubiera pegado muchas más, si no fuera que ella tenía un hermano que había sido sargento de coraceros y vivía allí cerca de su casa, el cual le había dicho al sastre que el primer día que volviera á poner las manos á su hermana era el último de su vida.

Con esto, el sastre no se atrevía á llevar ya las cosas por la tremenda; pero no queriendo resignarse tampoco á dejar de almorzar dos huevos, discurrió, para ver si curaba las roñoserías de su mujer, darla un susto muy grande.

Un día dijo que estaba malo.—¿Qué tienes?—le preguntaba su mujer.—No lo sé—respondía—pero me siento mal..... Como to-

dos los días me estás pudriendo la sangre á disgustos, la tendré ya corrompida toda y..... me parece que me muero.—¡Jesús! hombre, qué cosas tienes—le dijo ella alarmada; y llamó al cirujano.

Fué el cirujano, y enterado de la sospecha del sastre sobre la corrupción de la sangre, le dió una sangría como á un toro.

—Con esto descansará y se mejorará—decía el matasanos aquél; pero el sastre, como estaba decidido á morirse, no mejoraba. ¿Qué había de mejorar? Por el contrario, en cuanto el cirujano volvió la espalda, comenzó á decir:—Que me pongo peor, que me pongo peor;—y, entre el aturdimiento y los gritos de la consorte, cerró los ojos y dió las bocadas en toda regla.

Volvió el cirujano, avisado de nuevo por mandado de la pobre mujer que todavía tenía alguna esperanza de que aquello no fuera más que un desmayo; pero después del reconocimiento, reducido á media docena de pellizcos que el sastre resistió heroicamente, el *físico* declaró que aquel hombre estaba tan muerto como su abuela. Con lo cual comenzaron los preparativos del entierro para la mañana siguiente.

Y en efecto, á otro día temprano, cantáronle en la iglesia el oficio de difuntos y la misa de *Requiem*, y cuando le llevaban hacia el malvar.....

—¡Chachas! mirad cómo está Juanina con la boca abierta.....

—¡Sí, pues tú, hija, puedes decir!

—A ver si calláis, criaturas; si no, se acabó el cuento.

—No, no; sigue.

—Ahora que íbamos á lo mejor.....

—¡Como quien bien lo entiende, cusculita!

—Tan bien como tú, presumidona.

—Callad, fastidiosas, que le vais á hacer enfadarse de veras. Sigue, Quico, sigue: «Y cuando le llevaban hacia el malvar.....» Aquí ibas.

—Pues sí, cuando le llevaban hacia el cementerio en las andas de la parroquia, iba su mujer detrás del entierro dando gritos y diciendo simplezas, ó á lo menos, diciendo todas esas cosas que suelen parecer simplezas á los que no tienen pena por el difunto.

—«¡Adiós, adiós, marido de mi alma!»—decía entre otras cosas, sin que nadie la hiciera caso.—«¡Cuánto pesar tengo por lo mal que me portaba contigo!.... Si vivieras ahora, todos los días te había de dar dos (aludía á los huevos fritos del almuerzo, causa y origen de todas sus disputas); ¡ay! ¡con cuánto gusto te había de dar dos!»—

Oir estas palabras el sastre, y decidirse á resucitar, todo fué uno.

Acertaba á pasar entonces el entierro por

debajo de un añoso y copudo castaño que daba sombra á la bolera del lugar, y aprovechando la buena coyuntura, en menos tiempo del que se gasta en decirlo, desenredó el muerto las manos del rosario con que las llevaba sujetas, é incorporándose en las andas, que no tenía más que una rejilla de madera por los lados sin arcos por encima, se agarró á una rama.

Los que llevaban las andas las dejaron caer asustados al sentir el movimiento del que creían difunto, y éste quedó colgado de la rama, de donde se descolgó fácilmente al suelo, y en cuanto se desató los pies, echó á correr, así amortajado en paños menores como estaba, y gritando como un loco—«¡que voy á comer dos! ¡que voy á comer dos!...»—

Excuso decirnos que, al primer movimiento del muerto, se había desbandado la procesión fúnebre, y todos los que formaban parte de ella iban corriendo á ruin el postre delante del resucitado, bien convencidos de que los gritos de éste: *¡que voy á comer dos! ¡que voy á comer dos!* no significaban sino que allí mismo y de primera intención se iba á comer un par de personas.

Y sucedió que entre los del entierro iba un cojo, el cual, como fuera naturalmente quedándose atrás desde los primeros pasos, al sentirse ya casi alcanzado por el sastre, decía, resignándose con su suerte:

—«Que se quede otro conmigo,  
Que yo me doy por comido.»—

—¡Ay! ¡el pobre!—dijo Jesusina, mientras las mayores se echaron á reir á carcajadas.

—¿Y ahí se acabó el cuento, Quico?—preguntó María, que fué la que primero acabó de reir el lance del cojo.

—No; ahora falta la segunda parte, que ya habréis oído que suele ser siempre la más lastimosa.

—¡A ver, á ver!....

—Allá va ahora mismo.

Ya supondréis que el sastre no comió al cojo ni á ninguno de los demás.....

—Respira, Susa.

—No interrumpas, sosa.

—Lo que comió fué su par de huevos fritos aquel día y todos los demás de aquella semana y de la siguiente. Pero pasó el tiempo, y á la mujer del sastre se la pasó el susto, y volvió á las andadas..... Vamos, que volvió á no querer dar á su marido más que un huevo solo, encestándose en esta ruindad sin hacer caso de reconvenciones. Y habiéndose muerto por entonces su hermano el sargento, viendo el sastre que ya por aquel lado no tenía nada que temer, comenzó de nuevo á darla cada tollina que la doblaba.

La cosa se fué poniendo tan seria y las palizas del sastre menudeaban tanto y eran

tan fuertes, que la pobre mujer ¡Dios se lo perdone! no deseaba ya otra cosa sino que se volviera á morir su marido, pero de veras, y no para resucitar como antes.

Y es claro, como á todos, más tarde ó más temprano, nos ha de llegar esa hora, le llegó al sastre la de morirse, y se murió como otro cualquiera.

El precedente de la broma anterior hizo que el señor cura tomara mayores precauciones para no exponerse á otra igual; mas como resultara indudable que la muerte era real y verdadera, se dispuso á enterrar al sastre con la solemnidad ordinaria.

—¿Y le enterraron?

—Sí, hija, como á todos los que se mueren. Por cierto que la viuda, cuya alegría no encontraba otro borde más que el temorcillo de que su marido volviera por arte de birli-birloque á darla alguna tunda más, cuando salió el entierro de la iglesia con dirección al Campo Santo, no teniéndolas aún todas consigo, decía á los que llevaban las andas:

—«Desviadle del castaño,  
No suceda lo de antaño.»—

Y ahora sí que se acabó el cuento..... y están tocando á misa.





## LA SOGA ARRASTRANDO.

---

### I.

Unos le querían bien y otros le querían mal; pero todos convenían en que era buen mozo.

Alto y derecho como un pino, blanco y colorado de la cara, apuntándole apenas el bozo, porque todavía no había entrado en quinta, pero ya desarrollado y fuerte, era Marcelo el muchacho más guapo del lugar, sin disputa ninguna.

Así es que, en cuanto se presentaba los domingos por la tarde en el baile con un pañuelo francés en cada bolso de la chaqueta, asomando las puntas, un ceñidor de estambre azul y verde sosteniendo el pantalón de corte y un sombrero calañés con vueltas de terciopelo y dos motas de seda monumentales, una en el ala y otra en la copa, ya nadie miraba más que á él, y si acaso, á la afortu-

nada muchacha con quien le tocaba bailar, que *casualmente* solía ser Juliana, la hija del tío Juan de Asturias.

La repetición de esta casualidad iba haciendo pensar á la gente que Marcelo debía de tener una miaja de afición á Juliana, á la cual por esta causa tenían ya las otras mozas una envidia muy grande, mientras que las personas formales y sesudas no andaban lejos de compadecerla.

Porque es de advertir que Marcelo no tenía del todo buena fama. Era hijo de viuda, y estaba por consiguiente muy mal educado; pues ya se sabe que donde no hay barbas no hay vergüenza, y que cuando no huele la casa á hombre, los mozalbetes se van haciendo desde luego libertados y cholondrines, para llegar á desenfrenados y disolutos.

La pobre tía Roja, que así llamaban en Fontanal á la madre de Marcelo, débil como mujer y como madre, y especialmente como madre que, por haber perdido al padre de sus hijos, concentra en éstos su cariño con más intensidad; en vez de mandar y hacerse obedecer, solía disputar con su hijo mayor, cuando era todavía un renacuajo, sobre si se había de hacer esto ó lo otro; y, es claro, sacadas las cosas del terreno de la autoridad y llevadas al de la discusión, Marcelo se salía siempre con la suya.

Y como la suya no solía ser buena, fué el

rapaz progresando en la malicia, de modo que á los dieciocho años salía ya todas las noches de ronda, y andaba como un loco de ventana en ventana, llenando á las pobres mozas la cabeza de viento.

Además un invierno, en el tiempo muerto para la labranza y para el monte, se empeñó en irse á trabajar á las minas de Berosa, donde había ingleses protestantes, y trajo de allá buenos cuartos, pero traje también malas ideas; tanto que una noche, en una francachela, se le escapó decir á otros dos mozos que no era necesario confesarse.

Los dos mozos quedaron escandalizados al oírle aquella barbaridad, y con tal vehemencia le afearon el dicho, que, viendo él lo mal que les habia sentado, trató de remendar, asegurándoles que lo decía en chanzas.

Pero uno de los mozos se lo contó luego á su madre, la cual, después de prohibirle terminantemente volver á juntarse con Marcelo en todos los días de su vida, se lo contó en reserva á alguna otra mujer, y así poco á poco se fué ruyendo hasta llegar á oídos del señor cura y á los de todo el vecindario.

Así le empezó á Marcelo la mala fama, que él por su parte no trató nunca de destruir, sino que se obstinó en confirmar lastimosamente.

Por eso cuando se vió ya con claridad que Marcelo se inclinaba á Juliana y que á ella



no la enojaba esta inclinación, había quien se lastimaba de ella sin reparo.

—Milagro será que bien la pinte—decía la tía Francisca la Redondina;—porque ese muchacho anda por ahí todas las noches como gallo sin cabeza, y los que principian muy temprano á ventanear (1) suelen ser los que se casan más tarde ó no se casan nunca.

No faltó gente maliciosa que supusiera que en los tristes augurios de la tía Francisca había tanto de envidia como de caridad, cuando menos; porque la tía Francisca tenía dos hijas, y la malicia se daba á sospechar que si Marcelo se dirigiera á alguna de ellas, no había de escupirle.

Ya se verá más adelante que esta suposición era injusta.

La tía Francisca se compadecía sinceramente de Juliana, igual que otras buenas mujeres del lugar, y tenían razón para ello.

Juliana era guapa, pero era muy pobre.

Su padre, á quien llamaban Juan de Asturias, no porque se apellidara así, sino porque era asturiano, había venido de Villaviciosa con el oficio no muy socorrido de tacholero, que está un grado por bajo del de zapatero remendón, se había enamorado de una sajambriega tan pobre como él, que estaba de criada en la taberna, y se habían casado sin

---

(1) Hablar con las mozas por las ventanas.

tener más que el día y la noche. De modo que Juliana tenía el dote en la cara, como solía decir su madre, pero no tenía otro.

Y como el hijo de la tía Roja era uno de los mozos más ricos del lugar, pues tenía muy buenos cachicos de prado y de tierra, no parecía natural que se fuera á casar con la más pobre, y era, en cambio, muy racional el temor de que la pobre Juliana iba á perder el tiempo.

¡Ay! ¡Pluguiera á Dios que no hubiera perdido nada más!

## II.

La infeliz muchacha se llegó á enamorar ciegamente de su galanteador. La buena figura de Marcelo y su gran disposición, así para trabajar como para jugar á los bolos, luchar y tirar la barra, pues lo mismo en sus labores que en las diversiones era el primero siempre, la tenían del todo sorbido el seso.

Más de un año anduvo dándose pisto de novia formal, presentándose en todas partes muy hueca y muy ufana de pensar que la tenían envidia las otras.

Pero después dió en no salir de casa, ni á

misa. Se dijo al principio que estaba enferma, luego se habló de ella al escucho y con misterio una temporada, hasta que por fin ya se dijo raso por corriente que Juliana se había desgraciado.

Entonces lloró mucho, no tanto quizá por haber faltado á sus deberes y haber perdido la gracia de Dios y la estimación del mundo, como porque Marcelo comenzó á escasearla las visitas y acabó por retirarse completamente de su casa.

Tuvo un niño que Marcelo no quiso reconocer, lo cual fue ya para ella el colmo de la amargura.

Algunos parientes de Marcelo, movidos á compasión de la muchacha y aun de él mismo, pues temían que empezando tan mal no podía acabar bien, le predicaron mucho para que pagara su pecado y reparara el daño, en lo posible, casándose con Juliana y legitimando de este modo á su hijo; pero todo fué en vano.

Marcelo no podía oír hablar de Juliana, que le parecía ya la mujer más mala, la más tonta y hasta la más fea del mundo.

Sabía el refrán que dice que para ante el enemigo, más vale la neguilla que el trigo, y tomando por enemigos á los que bien le aconsejaban, se agarró á la neguilla con gran obstinación, jurando y perjurando que él no había tenido nada que ver con Juliana, aña-

diendo que ésta era una bribona que andaba con unos y con otros, que á saber de quién sería el niño, y otras cosas tan injustas como estas, que nadie le creía, pero con las que él pretendía disculparse, aunque en realidad no hacía más que echarse tierra á los ojos, y añadir al pecado de la deshonestidad el de la calumnia.

Llegó la quinta, de la que no estaba libre Marcelo por su calidad de hijo de viuda, pues tenía otro hermano de diecisiete años. La mayor parte de la gente no deseaba otra cosa sino que á Marcelo le tocara ir por soldado, para que no siguiera dando escándalo en el pueblo. Su misma madre, la pobre tía Roja, á quien la desgracia de Juliana había afligido más que á nadie, tenía momentos de desesperación en que decía que ojalá le tocara el número primero, para no volver á verle delante de sus ojos. Sólo Juliana, que conservaba todavía la esperancilla de que Dios le tocara en el corazón y de que al fin se casara con ella, deseaba para él un número de los más altos.

Y en esto se cumplió el deseo de Juliana, pero no en lo otro. Porque á Marcelo le tocó efectivamente el número penúltimo; pero lejos de pensar en casarse con Juliana, comenzó con inaudito descaro á pretender á otras.

La primera á quien se dirigió fué Josefa,

la mayor de las hijas de la tía Francisca, la que se compadecía de Juliana.

Y el caso es que á Josefa la gustaba mucho Marcelo, porque era tan buen mozo y de carácter tan alegre, y luego también era rico, y todo lo había que mirar; en fin, que por ella no hubiera quedado; pero en cuanto su madre advirtió aquella naciente afición, se la quitó, diciéndola: «No, hija mía, no; de ese no te acuerdes, que no te ha de faltar con quien casarte: ese mozo lleva la soga arrastrando, y el día menos pensado la pisa.»

Con lo cual Josefa, que era una muchacha buena y obediente, siguió el consejo de su madre, sacrificando su gusto y cerrando su corazón á piedra y lodo contra las ulteriores galanterías de Marcelo.

Otras calabazas le dió Petra, la del cabeznero del puente, también por consejo de su madre, la tía Felipa, para la cual, lo mismo que para su convecina, era indudable que á Marcelo le tenía que suceder alguna desgracia.

### III.

Marcelo, sin embargo, por lo mismo que la conciencia le acusaba de su mal proceder, se



empeñaba en quitar hasta la posibilidad de la reparación, casándose cuanto antes, y después de otras varias tentativas comenzó á pretender á Clara, la hija del tío Manuel de Solacueva.

La pobre Clara ya no tenía madre, y como el mozo la gustaba, y como ella iba siendo ya entrada en años y tenía miedo á quedarse para vestir vírgenes, pues ni su presencia ni su caudal eran para enamorar mucho, y como por otra parte su padre, lejos de detenerla, la animaba, porque le parecían muy bien los prados y las tierras de Marcelo, fué haciéndole caso poco á poco.

No la gustaban las historias de Juliana; pero como Marcelo lo negaba todo con tanta formalidad, y como somos tan fáciles en creer aquello que nos agrada, Clara llegó á creer, ó por lo menos á creer que creía que Marcelo no había tenido arte ni parte en aquel desgraciado suceso, sino que había sido víctima de un mal querer, y cuando alguno la hablaba mal de Marcelo fundándose en aquella historia, decía la pobre muchacha con aire de convencida: «¡Dichoso el que paga sin culpa!»

Una tarde, al volver de la fuente, la salió al encuentro Juliana con el niño en los brazos, y la dijo:

—¿Con que te vas á casar con Marcelo?

—No lo sé—contestó Clara tímidamente.

—¿Que no lo sabes?... Lo que tú no sabes es ladrar, porque no se estila..... Pero te advierto que si te casas, tan buena serás tú como él..... Mira, aquí tienes á su hijo, que es su retrato: mírate en este espejo..... ¡Ya se vé! como nunca nadie te ha dicho qué haces ahí, ni nunca te volverías á ver en otra...

Ello fué, que aun cuando Clara trató de evitar el escándalo y no quiso entrar en contestaciones, Juliana se fué tras de ella á la calle abajo dando gritos y poniéndola de la ley cansada.

No se desanimó Clara por esta ni por otras escenas desagradables de la misma índole.

Sus relaciones con Marcelo fueron tan bien, que en una de las primeras noches del mes de Junio se hicieron los tratos, quedando convenido que se casarían un mes más tarde, cuando volvieran los carros de la carretería de San Juan, de la que había de traer Marcelo el pan y el vino para la boda.

Al día siguiente se fué Marcelo al monte, cortó un roble, comenzó á cercenar y descortezar maderos, y un día labrando, otro serrando, otro deshilando, otro azoleando, al fin de la semana tenía preparada una cuba de dieciséis palmos que llevaba la vista.

El 14 de Junio por la tarde se despedía Marcelo de Clara, y salía con otros ocho ó diez compañeros para la feria de Valladolid, cada uno con su carro cargado de madera,

pensando volver á los veinte días con cargamento de trigo y de vino.

Es esta una expedición anual obligada de los pobres montañeses que no pueden vivir con los productos solos de la agricultura y de la ganadería, expedición penosa por tener que caminar á la intemperie y al tardo paso del carro, pero de la que sacan alguna utilidad, y en la que también se divierten cuando venden bien y les hace buen tiempo.

En la que voy contando se divertían mucho embromando á Marcelo con la novia.

Al doblar la última esquina para salir del lugar, Marcelo había echado una mirada muy expresiva á Clara, que estaba todavía á la puerta, mirada que, según la interpretación del compañero que la sorprendió, quería decir: «¡Ya verás qué felices vamos á ser!»

Aquella mirada fué la comidilla de todo el camino.

#### IV.

A los cuatro días después de San Juan, volvían ya los carreteros de Fontanal muy contentos, cara á la montaña.

La feria había andado buena: se habían

vendido las cubas de á dieciséis á cuarenta y cinco duros, las de á catorce á cuarenta y así sucesivamente bajando cien reales en cada tajo. Marcelo y sus compañeros habían vendido en la feria, pero habían tenido que ir á entregar la madera á Villabañez, y allí mismo habían envasado: traían buen vino y dinero sobrante, de modo que volvían satisfechos y alegres.

Soltaron para la siesta en una alameda á la orilla del Pisuega, cerca del puente de Cabezón, y, cuál antes, cuál después, todos se fueron echando á dormir, menos Marcelo, que dijo que tenía mucho calor y que iba á bañarse.

Los otros durmieron á la sombra largo y tendido.

Cuando comenzó á caer el sol, el tío Froilán, que era el más viejo y el que hacía de mandón, comenzó á despertar á los que todavía dormían dándoles prisa para uncir.

—Pero ¿dónde está Marcelo?—preguntó al ver que no estaba unciendo sus bueyes.

—Dijo que se iba á bañar y no ha vuelto—le contestó otro;—á lo menos yo no le he visto.

—Id á llamarle—replicó el tío Froilán;—se echaría á dormir al salir del baño.

Fueron dos hacia la orilla del río y no parecían volver. Llegaron también los demás, y todos contemplaron llenos de terror el des-

nudo cuerpo de Marcelo que flotaba ya rígido al pelo del agua.

. . . . .  
 Pocos días después se contaba la desgracia en Fontanal y en los demás pueblos del contorno, con espanto de los que la oían y no sin temor de los que la contaban.

Bien me acuerdo yo de oirla referir en Villanoble con estas mismas palabras que creo que no se me olvidarán nunca:

—¿No sabe usted la noticia triste que tenemos allá?

—No, no sé nada. ¿Qué es?

—Que Marcelo, el de la tía Roja, se ahogó en Campos..... Se fué á bañar á un río, y cuando le fueron á buscar los compañeros le encontraron ahogado.

—¡Jesús! ¡Qué desgracia!.... Morir así..... ¡Dios mío!.... Pero ¿cómo fué? ¿No sabía nadar?

—Sí señor... ¿Nadar?.... Los peces le tenían á él envidia. Nadaba grandemente. Pero... ¡Qué quiere usted! Llevaba la soga arrastrando, y la pisó el pobre.



## CASTILLO DE NAIPES.

---

Pues, señor, bien..... ¡Gracias á Dios que veo la luz de este día tan deseado!.. Ya estamos á 19 de Abril..... Santa Inés..... Y debe estar un día muy hermoso..... como casi todos los años..... Basta que sean los días de ella... que estará mucho más hermosa que el día, de seguro.....

Ya cantan los canarios en el comedor; debe de ser muy tarde..... ¡Huy! más de las nueve y media..... Voy á llamar al criado para que la lleve las flores..... ¡Cómo la voy á sorprender! No sabe que estoy en Madrid, seguramente no lo sabe..... Como hace año y medio que falto de la corte.....

Tiraré del cordón de la campanilla... Bueno: ya ha sonado. Ahora vendrá Alejo, y... ¡Adelante!.....

—¿Ha llamado el señorito?

—Sí; yo he llamado.

—¿Quiere el señorito chocolate?

—No, hombre, no quiero chocolate (¡cualquiera toma chocolate en una fonda!); quiero

té con leche. Pero encárgaselo á la cocinera, que tú tienes que ir á un recado.

—Adonde el señorito mande.

—Bueno, mira, Alejo, vas á ir al puesto de flores de Ramona la Valenciana, ¿sabes?... En los derribos de la calle de Sevilla..... Una de aquellas casetas de madera..... Fíjate bien..... tiene un rótulo que dice: *Ramona la Valenciana*.

Allí tendrán ya hecho un ramillete de flores muy hermoso y muy grande..... tú vas allí con una tarjeta mía..... ¡Ah! coge la tarjeta; mira, en el bolsillo interior de la levita estará el tarjetero..... No, en el del frac, que anoche me puse el frac..... ¿Está ahí?..... Sí.....

Coges una tarjeta y un billete de cinco duros, te vas al puesto de flores de Ramona la Valenciana, preguntas por el ramillete que yo encargué ayer tarde, que será el mejor que haya allí, te le dan, le pagas, y le llevas con la tarjeta, á la calle del Oso, número.....

—¿A casa de la señora condesa?

—¡Justo! A casa de la señora condesa: á donde llevabas los dulces hace dos años.

—Está bien, señorito.

—Adiós, Alejo.... Que está bien, dice: pues claro que está bien... Como que casi no puede estar mejor. Dentro de un cuarto de hora poco más, llegará Alejo con el ramo de flores, llamará, saldrá María, la doncella, cogerá el ramo y se le irá á enseñar corriendo á la se-



ñorita... que dirá toda sorprendida y poniéndose colorada: «¡Calla! ¡Ha venido Gonzalo!... ¡Y le ha faltado tiempo para felicitarme los días con este precioso ramillete!... ¡Qué bueno es Gonzalo, y qué fino, y qué amable... y qué talento tiene! ¡Cómo ha cuidado que la primera felicitación que yo recibiese hoy fuera la suya!...»

Todo esto lo dirá dando vueltas al ramo y acariciándole y pasándole la mano con mucha monería. Después cogerá una gardenia y la pondrá en el pecho, para no separarse por entero del recuerdo mío, y seguirá peinándose... y pensando en mí, naturalmente... ¡Estará más hermosa!...

La verdad es, que me había de levantar, pero tengo pereza... Es tan dulce estarse así, sin hacer nada, cuando es uno feliz... como lo soy yo ahora. Porque ¡cuidado que soy feliz de veras!... Y lo seré mucho más todavía... Sí, Gonzalito, sí... Te digo que vas á ser el hombre más feliz del mundo... Esa mujer vale un Potosí... Esa mujer es un ángel... Esa mujer no tiene precio...

Cuando concluya de peinarse, más primorosamente que otros días, como que hoy se peina para mí, irá á misa con su madre á San Cayetano... si es que no ha ido ya á comulgar por la mañana... que sí habrá ido, porque ¡es más buena!... Pero aunque así sea, volverá seguramente á misa de doce... y creará que

me va á ver allí... No, no me verás, alma mía... Está muy lejos.

A media tarde, viendo que no he ido por allá todavía, dirá Inés á su madre: «Mamá, podías mandar una tarjeta á Gonzalo convidándole á comer, porque si no, es posible que no venga á darme los días hasta la noche, y francamente...» Este francamente y estos puntos suspensivos quieren decir: yo no quiero tardar tanto en ver á Gonzalo, yo deseo verle cuanto antes... ¡Bendita seas, Inés, bendita seas!...

No, y como la condesa me convide á comer, acepto el convite y voy volando. ¡Vaya si voy! Lo contrario fuera una grosería. A más de que no he de desperdiciar una ocasión así de comer con Inés... y sentarme á su lado... Y como esté muy amable conmigo, que sí lo estará, hoy mismo me declaro formalmente.

Ella no me dirá hoy que sí, de plano; pero me lo dejará entender con algún rodeo, yo insistiré dentro de unos días, y al cabo me dirá que sí... de seguro... Es una muchacha muy formal, y si no me quisiera no me lo hubiera dado á entender tantas veces con los ojos, este verano hará dos años.

Después concertaremos la manera de vernos á menudo... Me dirá que va por las mañanas con su madre al Retiro, porque se lo ha recomendado el médico... Yo iré también y las encontraré de *casualidad* por allí hacia

la Casa del Pobre y las acompañaré y tomaremos en el *Lactante-Club* leche con bollos, y cuando su madre se entretenga en mirar la cría de los cisnes, hablaremos largo y tendido de nuestros proyectos de felicidad futura, que será completísima.

También la veré en el Circo de Price los martes por la noche, y entraré un rato á sentarme junto á ella en el palco, y se me quejará con encantadora sencillez de que la quiero poco, porque voy pocas veces á su casa, cuando su mamá no desea otra cosa, y además porque me ha visto mirar á Luisa y saludar con demasiado cariño á Teresa... Pero yo la tranquilizaré, y quedaremos tan enamorados y tan conformes.

Al verano me iré detrás de ellas á San Juan de Luz, y la veré todos los días en la playa, y haremos una expedición á Lourdes y muchas á Bayona, y así intimando cada vez más, en el viaje de vuelta me autorizará para pedirla. La pediré... y como estaremos ya entrando en el invierno, se concertará la boda para la primavera... de suerte que á otro año por ahora, si no estamos casados ya, estaremos para casarnos...

¡Qué día aquel... el día de la boda!... Y después ¡qué dicha la mía y qué felicidad tan grande!... Casado con Inés... el sueño hermoso de toda mi vida... ¡Me querrá tanto!... Pasaremos la primavera en Italia, el verano en

Alemania, el otoño en Francia, y volveremos á Madrid poco después de la apertura del teatro Real, donde tendremos abono... como en el Español y en la Comedia... Todo esto contando con que á Inés la gusten estas cosas, que lo que es por mí... á mí me basta con estar cerca de ella: yo no quiero ni querré nada más que á ella.

Viviremos en la Ronda de Recoletos, que es un sitio muy elegante... digo, si quiere Inés, que sí querrá, porque no querrá más que lo que yo quiera... Mi amigo Pepe Centeno, que tiene desocupados los dos principales de su casa de la calle del Arenal, me ofrecerá uno; pero no me pesca. La calle del Arenal es insufrible... con tanto barullo de coches y carros... Hoy lo céntrico es de mal gusto.

Al verano siguiente ya tendremos un niño... ¡más mono! Se llamará Gonzalo, como yo: eso sí; lo que es como sea niño, el primero se ha de llamar como su padre.

Le llevaremos á paseo con nosotros: iremos Inés y yo y llevaremos á la niñera con el niño: nos bajaremos del coche á la entrada del Retiro, junto á la puerta de Alcalá, y subiremos á pie por la fuente de Galápagos, llevando también el niño delante en brazos de la rolla, y todos los que le vean dirán por lo bajo: «¡Qué niño más hermoso!» ¡y nos mirarán con una envidia!...

Le iremos á retratar en casa de Napoleón, el gran fotógrafo, la especialidad en retratar niños, y, es claro, saldrá admirablemente, y Napoleón pondrá un ejemplar abajo en el muestrario de la puerta, donde estará tan mono sonriéndose ¡hijo de mi alma! y haciendo que se paren á mirarle todos los que pasen por la calle del Príncipe.—«¿De quién será este niño tan guapo?»—preguntará Isabel á su marido, muerta de pesadumbre.—«No sé,»—la contestará él aparentando indiferencia; y seguirán mirándole. Pero en esto llegará Paco que ya conocerá al niño y les dirá:

—¿Estáis mirando á Gonzalito?

—¡Ah! ¿tú conoces este niño? ¿De quién es?

—¡Toma! Pues de Gonzalo Quintana, del conde de Rueda.

—¡Qué hermoso! Claro, como la condesa es tan hermosa... (porque Inés hay que reconocer que es muy hermosa) y el conde... (la verdad es que yo tampoco soy feo). ¡Dios se le conserve!—dirá por fin Isabel ahogando un suspiro, porque como ella no tiene hijos, la pobre...

Dos años después tendremos otro que se llamará Luis, como su abuelo, y no será rubio como Inés, sino moreno como yo, pero también será muy guapo. Después tendremos una niña que regularmente se llamará Dolores. Yo más quisiera ponerla Inés con su madre, á la que se parecerá, es claro; pero su

abuela se empeñará en que se ha de llamar como ella, y dirá que no la quitemos ese gusto, y que ya Dios nos dará más y las podremos poner como nos dé la gana... y no habrá más remedio que transigir con mi suegra,... que casi no se la puede llamar suegra, porque es tan amable... También en esto voy á tener mucha suegra... digo, mucha suerte... ¡Qué loco estoy de alegría!... Ya casi no sé lo que digo... Y la cosa no es para menos.

Tras de esta niña, que será enteramente un encanto, con los ojos azules como el cielo de Aranjuez, y el pelito rubio como las palmas de Orihuela ó las espigas de Paredes de Nava, tendremos alternativamente un niño y una niña y otro niño... todos tan hermosos...

¡Ah! pero sobre todo la niña primera... Será una criatura preciosa. Cuando llegue á los dos reales, es decir á los diez y siete años, se la podrá ver... Por supuesto que tendrá los novios así, como los dedos de la mano; pero yo me decidiré.. es decir, ella se decidirá, con la aprobación de sus padres, porque será una niña muy obediente... se decidirá por el primogénito de mi amigo el marqués de Siete-Cruces, el niño que bautizamos el otro día, que tendrá unos seis años más que ella... edad proporcionada... Y serán muy felices... Pero me parece que esto es adelantar demasiado el discurso...

Todavía los niños no van al colegio, aunque irán pronto, eso sí, muy pronto;... lo que es los dos mayores, Gonzalo y Luis... Pero en fin, ni á ellos ni á Lolina, todavía no es hora de pensar en casarlos...

Por de pronto se van desarrollando muy bien, y nunca están enfermos... Especialmente el segundo, Luis, es tan robusto... Verdad es que para eso tenemos cuidado de llevarlos por las mañanas al Retiro en cuanto entra el buen tiempo: allí corren ellos y enredan á sus anchuras.

Vamos con ellos Inés y yo, porque no se les puede dejar solos, y nosotros somos unos padres modelo... Llevamos dos criadas para tener en brazos los dos más pequeños, y otra para ir al cuidado de los tres mayores.

Y á veces no basta, porque se van cada uno por su lado y... Ahora, por ejemplo, si atiende á la niña que quiere echar pan á los patos, para lo cual se pone medio á caballo sobre el antepecho de hierro del estanque grande y es posible que dé la vuelta, no puede atender á los otros, que ¡son más traviesos!... principalmente el segundo...

Pero ¿qué diablos está haciendo aquel chico?... ¡Pues no se está subiendo á un árbol!... Y se va á caer, y se va á romper algún brazo... ¡Luis!... ¡Luis!... ¡No te subas!... Se cae de seguro... voy corriendo...

—Señorito...

—Déjame, Alejo, déjame por Dios... Se va á caer...

—Aquí traigo las flores, porque en casa de la señora condesa no había nadie más que dos criados. Ella creo que se ha ido hace quince días á vivir á un convento. La señorita se casó hace dos meses, y está, con su marido, viajando por Italia.

—¡Ay! (*prolongado*)... Pues entonces no me importa que se caiga el niño...



## LA CAZUELA DE MADERA.

---

Hijo eres,  
Padre serás;  
Lo que hicieres  
Eso tendrás.  
*(Popular.)*

### I.

El tío Juan Cardaño vivía en Retuerto, y era toda una buena persona.

Cuando yo le conocí era ya viejo y estaba retirado del servicio.....

No crean ustedes que hablo del servicio militar, porque el tío Juan Cardaño jamás se había puesto el uniforme. Hablo del pastoreo trashumante, que había ejercido el tío Juan desde muchacho, sirviendo en la cabaña del conde de Bornos.

A los diez años entró de motril en el puerto de Parme; á los doce fué ya de zagal en el mismo rebaño á Extremadura, y siguiendo la carrera con aplicación y aprovechamiento,

ascendió á los tres años á sobrado, después á persona, más tarde á ayudador, y por uno de esos golpes de suerte, que no suelen darse muy á menudo, llegó á compañero á los veinticuatro años.

Ser mozo todavía y estar ya á dos dedos de ser rabadán, era estar en las mejores condiciones del mundo para casarse pronto y bien; así es que Juan podía hacerlo el día que quisiera y con quien quisiera, porque todas las mozas de Retuerto se le disputaban los domingos cuando bajaba al baile.

Juan eligió á una y se casó con ella como Dios manda; pero no por eso dejó el pastorío. ¿Qué había de dejar, si era el niño mimado de la cabaña y fué rabadán al año siguiente?

Los pastores de ganado trashumante tienen poco salario en metálico, pero tienen sus gajes; pueden mantener, mezclado con lo del dueño, algún ganado, sin que les cuesten nada los pastos; pueden tener hasta un determinado número de merinas, cabras y yeguas, y criando, y vendiendo en tiempo oportuno, obtienen ganancias no despreciables.

Juan tuvo mucha suerte con el ganado: todas las primaveras vendía dos ó tres potrancas en la feria de Almodóvar, antes de emprender el viaje de regreso á la montaña; de modo que nunca entraba en su casa en los primeros días de Junio sin llevar dos mil reales en el bolsillo. Esto, sin contar con que en el

otoño solía vender también media docena de machos cabríos y otra media docena de merinas gordas, después de matar en casa, como cecina, las que calculaba necesarias para el consumo de su mujer y de sus hijos durante el invierno.

Como siempre tenía dinero de reserva, iba comprando, hoy un huerto, mañana una cuadra, al otro día un prado; todas las fincas que otros vecinos menos desahogados tenían que vender para comprar pan ó para pagar los pedidos.

En fin, que todavía no tenía Juan cuarenta años, y era ya en su pueblo un potentado, como quien dice.

## II.

Hay que advertir que para ser un potentado en Retuerto no se necesitaba mucho, porque Retuerto era, y es todavía, un pueblo muy pobre. Situado cerca de lo alto de la cordillera Cantabro-Astúrica, no lejos del puerto de Pontón, casi no se hace allí sementera. Así es que, al refrán que se dice contra los aficionados á cambiar á menudo de destino, por creer que en otro han de trabajar menos;

«¿Dónde irá el buey que no are?», suelen contestar en aquella montaña: «A Retuerto»; porque, efectivamente, en Retuerto apenas se ara.

El elemento principal de vida era allí antiguamente el pastorío; y hoy, que esto ha dado muy en baja, porque casi todas las cabañas se han deshecho, viven aquellos pobres montañeses de la recría del ganado y de la explotación de los montes, que antes creían buenamente suyos, y ahora resulta que son del Estado, que trata de venderlos.

Lo cual es una injusticia muy grande. Porque no está ni puede estar conforme con la ley de Dios el que los ricos viñedos de Jerez, verbigracia, sean de los de Jerez, y los hermosos robledales y los frescos hayedos de Valdeburón no sean de los de Valdeburón, sino también de los de Jerez y de los de todas partes.

Pero, en fin, por algo han llamado á la cosa esa desamortización, que viene á ser así como levantar muertos.

Y no se diga que las viñas de Jerez son propiedad individual y los montes de Valdeburón propiedad colectiva, porque esta diferencia no alza ni baja el respeto que la propiedad merece; y tan buen derecho tienen los de Valdeburón á sus montes, que han aprovechado siempre comunalmente por no prestarse bien á división, como los de Jerez á

sus viñas, ó si se quiere que no se hable de las viñas, que suponen ya la industria particular de la plantación, al feraz terreno en que crecen y fructifican, que ha podido dividirse fácilmente.

El caso es que aquellos montañeses explotan los montes, aunque con escasa utilidad y excesivo trabajo.

Cortan hayas y robles, hacen palas y cambas y palitroques para sillas y levias para cubas, y llevan por San Juan un carro de cualquiera de estas clases de madera á la feria de Valladolid ó á la de Toro, empleando el producto en trigo ó en vino.....

Pero volviendo á Juan, les diré á ustedes que tuvo tres hijas y un hijo que eran la envidia de la vecindad, pues se criaban con relativo lujo, y estaban, según suele decirse, como la nata sobre la leche.

Apenas fueron llegando á la edad las tres hijas del rabadán, se fueron casando con los mozos más jerolistas del contorno: una se fué para Burón, otra para la Vega de Cerneja y otra para Sajambre, trasponiendo el puerto.

El hijo, que se llamaba Vicente, no quiso seguir la carrera del pastorío, como deseaba su padre, y se quedó en casa dedicado á la madera.

Casóse después que sus hermanas, con una moza de Cuénabres, llamada Bernarda, que tenía bastante buen hocico y algunos

cuartejos, pues era hija de otro rabadán, pero que salió muy jardesca y muy descariciada.

Poco después enviudó Juan, y dando á sus hijas lo que aproximadamente podía corresponderlas de legítima, siguió viviendo en compañía de su hijo, con el que estaba profundamente encariñado, y al que mejoró en quinto y tercio.

Vicente tuvo hijos también, á los que el abuelo quería con delirio, y nunca volvía de Extremadura que no viniera, como suele decirse, cargado de indulgencias. A éste le traía una navaja, al otro unos zapatos, al otro una gorra, al más pequeño un sonajero, y al año siguiente volvía á traerles otro montón de chucherías.

Mientras el tío Juan siguió siendo pastor, pasándose, de los doce meses del año, seis en Extremadura, dos en el camino, entre ida y vuelta, y de los cuatro que estaba en el país, más de los tres en la majada; mientras vivió por allá sin venir á casa sino de tarde en tarde y siempre á traer dinero, cuartos de carne de merina gorda, buenos quesos, ó cualquier otra clase de dones, la cosa iba muy bien, y el mal humor de Bernarda ni siquiera tenía ocasiones de ejercitarse.

Pero el pobre tío Juan dió en amalecer, y tuvo que dejar el oficio. Las mojaduras que habia cogido desde rapaz andando á la intemperie, y los relentes que había sufrido

toda la vida durmiendo á la estrella, le produjeron un reuma terrible; la crudeza de los dolores reumáticos le exasperó el sistema nervioso y se puso temblón; en resumen, que no pudiendo andar ya tras de las merinas, vióse obligado á quedarse en casa.

Y aquí empezaron los trabajos.

### III.

Aun cuando la casa andaba relativamente desahogada, pues sobre el mucho dinero que el tío Juan había ganado mientras fué rabadán, el conde, con una generosidad digna de imitación, continuaba pagándole el sueldo por vía de jubilación ó retiro; aunque nada les faltaba á Vicente y á su mujer para vivir con cierta comodidad, comer regularmente y traer á sus hijos mejor vestidos y calzados que todos los demás muchachos del pueblo, el mal genio, y si se quiere también la mala educación de Bernarda, que no necesitaban más que un blanco contra donde dar, se fueron desatando contra el pobre tío Juan de un modo alarmante.

Lo primero que observó Bernarda fué que su suegro no hacía nada ni servía para nada,

y así se lo decía á su marido todos los días más de veinte veces.

Vicente siempre había querido mucho á su padre; mas por aquello del refrán que dice que «quien con lobos anda á aullar se enseña», á fuerza de oír á su mujer un día y otro día que aquel hombre no servía para nada, se fué acostumbrando á la idea de que, en efecto, su padre no era ya en casa más que un ripio.

Después determinó Bernarda quejarse á cada paso de que el viejo no salía de la cocina, de que siempre estaba allí como canto de olla, y á lo mejor estaría interiormente dando tachas mientras ella arreglaba los pucheros.

En mala hora se le ocurrió al pobre tío Juan una mañana, al ver que Bernarda iba á vaciar, sin haberla sazonado, una olla de patatas para que almorzaran dos muchachos que iban á ir con la vecera de los corderos; en mala hora se le ocurrió advertirla, tímida y cariñosamente, que le parecía que no había echado sal en aquella olla: Bernarda se puso hecha un basilisco, y lo menos que le dijo al tío Juan, en pago de su solicitud en advertirla, fué que si no estuviera allí no lo vería; que siempre se había de meter en la renta del excusado, que estaba mejor en lo alto de Pandián, donde le diera el aire; que no servía más que para requemarla á una la sangre... y otras cincuenta desverguenzas por el estilo.



Con todas estas cosas el pobre Vicente que, sobre estar enamorado de su mujer, tenía muy poco de lo de Salomón, se iba dejando llevar de la corriente y se iba conjurando también contra su padre, al cual no le quedaba ya más cariño en la casa que el de los nietos.

Estos sí, le querían, con grave disgusto de Bernarda, que solía decir que parecía que los tenía encantados, y que aquellos hijos no podía menos que fueran tontos, pues querían más á aquel viejo asqueroso y temblón que les llenaba de babas por besarlos, que á su padre y á ella.

Tiempo andando dispuso Bernarda que su suegro no comiera con ellos á la mesa, sino solo, con el plato sobre las rodillas, en el sitio que ocupaba de ordinario en la cocina, que era el rincón de enfrente de la puerta, para donde solía ir el humo.

Poco después fregaba un día y lavoteaba mucho Bernarda una cazuela de madera muy vieja, de las que hacen y van á vender por allí los de la Fornela á cuenta de centeno, la cual se había usado mucho tiempo para hacer el queso, y después que se había hendido y se la había saltado un pedazo de un borde, había servido también para echar de comer al perro cuando era cachorro.

—¿Para qué lavas tanto esa cazuela?—preguntó á su mujer Vicente.

—Para dar de comer á tu padre—dijo ella impasible.

—¡Mujer!—la replicó Vicente algo escandalizado—¿no tienes otra cosa donde darle de comer más que esa cazuela vieja y desmochicada, donde han comido los gatos y el perro?

—Otra cosa sí tengo, pero si le pongo otra cosa mejor me la rompe y me quedo sin ella. ¿No ves que todo lo deja caer? Anoche me rompió un plato asturiano, y antes me había roto ya una escudilla de Guardo bien hermosa, que medio real me había llevado por ella el tío Caracoles.

Vicente hizo con timidez alguna otra objeción, pero al cabo se dejó convencer, y desde aquel día estuvo con toda tranquilidad viendo á su padre comer en aquella asquerosa cazuela de madera en que se habían cansado de comer el perro y los gatos.

#### IV.

«La que á nadie non perdona», como dice el antiguo romance, había llegado á Retuerto, en casa del tío Juan Cardaño. El antiguo rabadán había muerto cristianamente, des-

pués de haber sufrido con maravillosa y santa resignación media docena de años de continuo padecimiento.

Los parientes y amigos forasteros, que eran los vecinos más regulares y mejor acomodados de los pueblos de alrededor, habían acudido al entierro, que fué solemne, y habían comido después en la casa mortuoria llenando de elogios al difunto. Al marcharse daban el pésame á la familia con frases sinceramente expresivas, porque en realidad querían bien al pobre tío Juan, y suponían que sus hijos tendrían por su pérdida verdadero y profundo sentimiento.

Bernarda aparentaba un dolor que no sentía; por dentro estaba rebosando de júbilo; se la había ido aquel estorbo, dejándola dueña absoluta de todo lo de la casa.

Vicente estaba de veras contristado. Como no se conoce el bien que se tiene hasta que no se pierde, comenzaba á echar de menos á su padre y á sentir algo de remordimiento por el poco aprecio que había hecho de él, y el poco cariño que le había tenido en los últimos años.

Al fin se fueron marchando todos los que habían asistido al entierro, y se quedaron solos en la cocina Vicente y su mujer y los dos menores de sus hijos, uno de seis años y otro de ocho.

Este último, inquieto como todos los niños

de su edad, cogió la cazuela de madera en que comía su abuelo y empezó á cortarla con una navaja.

—No cortes esa cazuela, Perico—le dijo Manolín, su hermano menor.—¿No ves que la echas á perder?

—Y ¿para qué la quieres, tonto?—le replicó el mayor.—¿No ves que ya se murió abuelo, y ya no hace falta?

—Sí tal, déjala—repuso con una candidez angelical el menor de los niños—no la destroces, que es para que coma en ella padre cuando sea viejo.

Vicente se quedó como petrificado. Todos los desprecios, todas las faltas de respeto, de consideración y de cariño de que había sido objeto su padre, acudieron en un instante á su mente, y se le figuró estar ya sufriendo otro tanto de parte de sus hijos.

El remordimiento por lo pasado y el temor del porvenir, comenzaron á oprimirle de modo que no volvió á levantar cabeza. Un mal bobo, según el decir la gente, ó una hipocondría, según el médico, le hizo bajar á la sepultura medio año después, para escarmiento de los hijos que no honran á sus padres.

## JUAN SANGRÍA.

---

### I.

Desde pequeño fué muy negado.

Parecía á primera vista un niño muy listo, parlaba como una cotorra, no se acobardaba delante de la gente, decía una desvergüenza al lucero del alba; pero no le entraban las letras.

Comenzó á ir á la escuela con los demás niños de su edad, y en los dos primeros años no pudo aprender el Padrenuestro, ni supo conocer más letras que la *a*, á la cual llamaba el maestro la letra del burro.

En los años siguientes, á fuerza de machacar en él, fué aprendiendo algo, pero muy poco. Nunca jamás supo una lección ni medianamente sino á la tercera ó cuarta tentativa.

Había en la escuela bandas de Roma y de Cartago, y ya se sabía, la banda á que pertenecía Juan era la que perdía la semana.

Porque á última hora del sábado, por muy atrasada que estuviera la otra, empezaba el contrario de Juan á hacerle preguntas, y cada pregunta le valía un punto.

Después, el domingo, iban á misa los niños de la escuela, formados en dos filas, cantando aquellos versos que empiezan:

¡Oh, María,  
Madre mía!  
¡Oh consuelo del mortal!  
Amparadme  
Y guiadme  
A la patria celestial.

Cada fila era constituída por una banda, y la que había ganado en la semana anterior llevaba en un cartel pintado un *víctor*, mientras la que había perdido llevaba otro cartel con la estampa de un burro. Y como éste le había de llevar necesariamente el que había tenido la culpa de que fuera vencida la banda, siempre era el portador del burro Juan Sangría, ó Juan *el burro*, como le iba llamando ya la gente del pueblo.

Con estos auspicios y con esta fama llegó Juan Sangría, un poco más tarde, al estudio de latín, donde fué el hazmerreir de sus compañeros, y donde en tres años seguidos no pudo pasar el *quis vel qui*, ó como se suele decir, el puente de los asnos.

Cuando el dómíne le despidió, completamente desesperado de poder sacar nada de

él, su padre le llevó al Instituto á ver si allí pasaba.

Pero en el Instituto sucedió lo mismo.

En dos años no pudo aprobar ni una asignatura siquiera.

—¿Cuál es la capital de Grecia?— le preguntó el catedrático de Geografía en el examen.

Y Juan Sangría contestó:

—Ataulfo.

En el examen de Historia le preguntaron qué rey fué el que cayó prisionero en la batalla de Pavía, y dijo que Esopo.

En fin, que el padre de Juan se persuadió de que su hijo no servía más que para empleado, cuando mucho, y como no estaba en las mejores relaciones con el diputado del distrito, se decidió á llevar á Juan para su casa á que esperara allí mejores tiempos.

Pero Juan tenía un tío carnal, cirujano del antiguo régimen, que dió en llevarle de acompañante cuando iba á ver á algún enfermo, y hasta concibió la mala idea de dejarle por heredero del partido.

—Mira—le dijo un día al salir para una aldea, cercana al pueblo que les servía de ordinaria residencia—vete fijando en estas cosas que, como ves, no son muy difíciles, y con que aprendas regularmente á sangrar y sacar una muela, yo te daré los formularios para que recetes tártaro emético ó tisana

laxante, y con poco más puedes hacerte hombre.

Juan, que había envidiado muchas veces la buena vida que llevaba su tío, no echó la advertencia en saco roto.

Comenzó á pensar en la cosa, y á poco de pensarlo ya no cabía en sí de regocijo, figurándose que había de oirse llamar con el tiempo *el señor cirujano*.

¡Qué dirían entonces sus antiguos condiscípulos, que tanto se reían de él, y el que más no había pasado de fiel de fechos!

Su mismo apellido *Sangría*, cuyo significado era la esencia de la cirugía y aun de la medicina de entonces, constituía para Juan el más feliz augurio.

Tenía gran padrino y excelente maestro, que, además de los libros, le dejaría en herencia un partido completo y un nombre no mal acreditado.....

No cabía duda que llegaría á ser el rey del contorno.

Con estas esperanzas no perdía ocasión de acompañar á su tío á visitar, ni perdía palabra ni gesto ni movimiento que su tío hiciera ó dijera delante de un enfermo, proponiéndose en todo imitarle y copiarle.

Una tarde fueron á ver á un vecino que tenía una fiebre gástrica, y á quien habían dejado la tarde anterior muy aliviado, casi en convalecencia.



—Me alegro de que venga usted, señor don Lesmes—dijo la mujer del enfermo al tío de Juan.

—Pues qué, ¿hay alguna novedad?—la dijo el cirujano.

—Sí, señor; me parece que Francisco está peor que ayer tarde.

—¿Pues qué ha habido?.... ¡Si le he dejado tan bueno!....

Y diciendo esto entró el cirujano, acompañado de su sobrino, en la habitación del enfermo, y se puso á tomarle el pulso.

—¡Es claro!—comenzó á decir con tono severo.—¡Está peor!... ¡Yo lo creo!... No hacéis caso maldito de las prescripciones facultativas..... ¡Qué remedio tiene más que estar peor!.... Te dije que continuara á dieta—añadió dirigiéndose á la mujer, que había entrado en la habitación detrás de ellos—y ha comido.....

—No, señor, no ha comido—balbuceó tímidamente la consorte.

—¿Cómo que no ha comido? ¿Me lo vendrás tú á decir á mí, que se lo estoy conociendo en el pulso?.... Y hasta te puedo decir lo que ha comido..... Este enfermo ha comido..... además del sopicaldo que te dije que le podías dar, ha comido gallina y hasta algunos garbanzos.

—Ocho ó diez nada más, señor D. Lesmes—dijo el enfermo con voz temblorosa, mara-

villado completamente de la ciencia de aquel hombre;—y también es verdad que chupé una zanca de un pollo..... Pero ¿quién había de pensar que tan poca cosa me había de hacer daño?....

—¡Pues ya se ve!.... ¡Quién había de pensar!....—replicaba entre burlón y enfadado el físico.—Y todavía quería esta tonta venir á meterme á mí los dedos por los ojos..... ¡Como si yo no conociera!....

—Es verdad, señor D. Lesmes, es verdad—replicaban á un tiempo marido y mujer.—El que le haya de engañar á usted.....

—No—añadía D. Lesmes muy satisfecho;—á mí no se me engaña. Y entre paréntesis, has tenido la fortuna—decía dirigiéndose al enfermo—de que me diera la idea de venir esta tarde; que si no vengo, esta noche vas á cenar con Cristo..... Mientras que habiendo venido, creo que no habrá caso. Pero cuidado para otra. A ver, un poco de papel y un tintero.....

Y después de haber recetado un vomitivo, encargando que fueran enseguida á la botica y lo tomara pronto, salió de la casa con su acompañante, dejando al enfermo y á su mujer tan agradecidos como asombrados.

—Pero diga usted, señor tío—le preguntó Juan á D. Lesmes cuando iban ya los dos solos á la calle abajo;—¿cómo ha podido usted conocer en el pulso, no solamente que había

comido el enfermo, sino hasta la clase de alimento que había tomado? *Cencia* es esa á la que yo no me creo capaz de llegar en mi vida.

—Ni yo tampoco, hombre, ni yo tampoco— le respondió D. Lesmes;—ni es necesario.

—Pues eso valdrá—repuso el sobrino;— porque si lo fuera, así llegaría yo á ser cirujano como usted Papa.

—Bueno, hombre, bueno; te repito que no es necesario; pero atiende, y no seas bruto. Mira: al entrar yo en el cuarto de un enfermo, me fijo en todo, y observo con cuidado hasta los menores detalles, especialmente hacia la cabecera de la cama. Esta tarde, apenas entré en el cuarto de este infeliz, comencé á á observar como acostumbro, y enseguida vi á los pies de la silla en que me senté junto á la cabecera del enfermo, dos medios garbanzos y la pelleja de otro; tendí la vista hacia el rincón de enfrente y vi dos huesos de pata de gallina. La cosa era indudable. ¿Para qué nos ha dado Dios el discurso?... Claro es que aquellos eran despojos de la comida del enfermo. ¿Qué otra persona, si no, había de haber ido á comer allí? Fundado en este raciocinio hice la acusación, y ya ves qué pronto lo confesaron todo..... ¡Cualquiera convence ahora á esos desdichados de que yo no soy un pozo de ciencia!

—Está bien, señor tío, está bien—replicó

muy satisfecho Juan.—La verdad es que á mí no se me hubiera ocurrido nunca; pero ahora que usted me lo dice, no se me ha de olvidar la treta.

## II.

Como todo llega en el mundo, á la vuelta de media docena de años estaba ya D. Lesmes, después de haber dado cuenta á Dios, comiendo tierra en el santo malvar, y su sobrino visitando enfermos.

Por cierto que la cuenta de D. Lesmes no debía de haber sido del todo llana, puesto que unas horas antes de morir se le oía decir, en el delirio, muy apurado y como quien contesta á una acusación.

—No, ese no le maté yo; le mató el mancebo de la botica, que no entendió la cifra y, en lugar de medio grano de opio, puso media onza..... No, ese tampoco le maté..... ¡Si no le receté más que flor de malva!....

Y así por este estilo.

Pero Juan Sangría, que no pensaba por entonces en dar cuentas, sino en cobrarlas, no se acobardó por estas cosas, y en cuanto su tío espurrió la pata, se presentó á los

avenidos que tenía, solicitando rehacer las escrituras á su favor, y dale de aquí, dale de allá, á medio duro anual cada vecino, logró encabezar seis ó siete lugares que le habían de producir tres mil reales largos, cantidad bastante mayor que la que él soñó ganar en toda su vida.

Usaba el libro de recetas que tenía su tío, y aunque no le entendía del todo bien, cuando se encontraba con una palabra latina que no podía traducir ni apenas copiar, la sustituía con la castellana que le parecía más semejante, resultando de esto unas ensaladas de castellano y de latín que hacían á los boticarios morir de risa.

A veces despachaban éstos lo que buenamente creían que el sangrador había querido pedir; á veces determinaban llamarle para averiguarlo, y á veces, después de averiguado, despachaban solamente agua clara, para evitar un envenenamiento.

Con todo lo cual, bien se comprende que otro que no hubiera sido Juan Sangría, hubiera pasado gravísimos apuros.

Mas también se comprende que Juan no se apuraría demasiado; porque si en él la ciencia era poca, la vergüenza era menos.

Lo cierto es que así, con su completa falta de aprensión, y con las cosas que había oído y había visto hacer á su tío, las cuales procuraba guardar en la memoria para aplicarlas

cuando caía, ó cuando á él le parecía que caía, aunque no cayera, iba tirando, y cobrando, que era lo principal de su intento.

Pero el refrán lo dice: «No hace tantas la zorra, como paga en una hora», y eso que hace muchas. Y tampoco el sangrador había hecho tantas como pagó en la hora verdaderamente aciaga en que le sucedió lo que voy á referir para finalizar esta historia.

Un día fué avisado Juan muy de mañana para ver á un enfermo.

Era éste ya bastante anciano, y estaba atacado de pulmonía; pero Juan, que no supo apreciar otro síntoma que el de la tos, creyó que se trataba de un simple constipado, y quiso curársele como él se solía curar los suyos.

Le mandó que se estuviera en la cama, que no comiera y que tomara cazuelas de vino hervido con azúcar; con lo cual la calentura del enfermo fué creciendo hasta lo indecible.

Por la tarde al oscurecer volvieron á llamar á Juan Sangría, diciéndole que el enfermo estaba mucho peor, que se estaba ahogando.

—Cuando estos bárbaros se apuran así—decía Juan para su anguarina—el pobre hombre debe de estar efectivamente muy malo.

Y echó á andar en el acto para casa del enfermo, discurriendo á ver á quién echaría la culpa del desastre.

Tenía el enfermo tres hijos, robustos mo-

cetones y algo brutos, uno de los cuales había ido esta segunda vez á llamar á Juan, y entró á la vuelta con él en el cuarto donde estaba acostado el paciente, ya moribundo.

Juan Sangría recordó entonces uno de los recursos de su tío que más le habían llamado la atención, y comenzó á observar los alrededores de la cama.

No vió más que unas pajas por el suelo, caídas sin duda del jergón al mullirle, y después de un breve rato de tener cogida la muñeca del enfermo, como si le tomara el pulso, exclamó con insolente gravedad:

—¡Es claro! Está peor, mucho peor; pero no tiene nada de extraño que lo esté, porque como no hacen ustedes caso de las prescripciones facultativas..... Les dije á ustedes que estuviera á dieta, y ha comido.....

—No, señor; perdone usted, D. Juan, pero no ha comido—le contestó el mozo que le acompañaba;—no ha hecho más que tomar las tres cazuelas de vino con azúcar que usted le mandó esta mañana.

—Sí, señor—insistía Juan cada vez más serio;—este enfermo ha comido. ¡Vaya! ¡Me lo vendrán ustedes á negar á mí, que se lo estoy conociendo en el pulso!

—Pues no ha comido.

—Pues sí ha comido. Y hasta les puedo decir á ustedes lo que ha comido..... Este enfermo ha comido paja.....

—Señor D. Juan—le contestó el mozo formalizándose mucho—me parece que no es ocasión de chancearse. Considere usted que se está muriendo mi padre, y vea si le puede aliviar; lo demás... andar en bromas ahora...

—No ando en bromas, zoquete, no ando en bromas—le interrumpió Juan levantando cada vez más la voz, y dispuesto á sostener su afirmación á todo trance.—¿Qué sabes tú de esto? Ha comido y sé lo que ha comido..... Sí, señor..... Lo he conocido en el pulso..... A más de que ¿no tengo yo ojos?..... ¿Crees que no he visto en cuanto entré las pajas caídas por el suelo? Este enfermo ha comido paja.....

—Paja la habrá comido usted, so animal, ó si no la ha comido, merecía comerla—dijo el mozo ya fuera de sí, soltando á Juan Sangría tan fuerte bofetada, que le hizo rodar por el suelo.

A los gritos acudieron los dos hermanos del agresor, y enterados brevemente del caso por esta exclamación del primero: «¡Pues no dice el grandísimo bestia que padre ha comido paja!.....» tomaron cartas en el asunto, y entre los tres llevaron á Juan Sangría á estacazos y á puntapiés hasta la puerta de la calle, administrándole tan formal paliza, que á duras penas salvó la pelleja.



## III.

No le quedó gana de volver á visitar enfermos... ¡Sí volvería!

Como que, tiempo andando, cuando iba al monte á hacer carbón, que fué el oficio que tomó después, le hacían burla los otros carboneros voceándole desde un cerro á otro:

—¡Juan! Ese enfermo ha comido paja.

Y contestaba el pobre Juan, escociéndose todavía de los golpes:

—Lo que comí fué leña.....



# AVENTURAS, VENTURAS Y DESVENTURAS

---

## I.

Sin armas, con el alquicel hecho girones y al trote corto de un trasijado y sudoso alazán, al rayar el día 1.º de Octubre del año 914, pasaba un moro el puente de Mansilla.

Por la dirección con que cruzaba el Esla parecía encaminarse á León. Pero ¿qué viaje llevaba aquel moro, solo é inerme, á la corte de los cristianos?....

Iba á cumplir un juramento.

El rey D. Ordoño II había salido á campaña contra los enemigos de la fe, que hacían correrías por la orilla del Duero.

Tres días antes, la víspera de San Miguel, había encontrado el rey de León á los moros cerca de Castro-Nuño y se había trabado entre los dos ejércitos sangrienta batalla.

Declarada ya por los cristianos la victoria, que un buen rato había estado indecisa, en

los últimos intentos de desesperada resistencia que hizo el ejército musulmán, se encontró Abumelid, que era uno de sus más valerosos caudillos, frente á frente con un caballero leonés que iba en la vanguardia, y se empeñaron en singular combate. Después de dos terribles embestidas sin resultado alguno, á la tercera, el leonés, de un poderoso bote de lanza, sacó de la silla á su enemigo y le derribó en tierra. Cuando le iba á atravesar el pecho, oyó que le decía:

—No me mates: estoy rendido.

—Vive, pues así lo quieres—dijo el vencedor desviando generosamente la lanza.—Levántate.

—¿Con qué condiciones?

—Con la de ir á León á presentarte á la reina y á su primera dama doña María de Villamizar, confesando que te ha vencido en buena lid Hernando Alvarez de Pedrosa. ¿Me lo prometes?

—Te lo juro.

—Deja las armas, vete, y á la vuelta las recobrarás y serás libre.

—Alá te premie tan noble promesa si la cumples.

—Los cristianos cumplimos siempre nuestra palabra.

—Abumelid te probará que los moros también sabemos cumplir las nuestras.

Y emprendió el viaje.

## II.

A las nueve de la mañana, cuando el triste y apesadumbrado Abumelid llegó á dar vista á León desde el Portillo, creció su pesadumbre y aumentó su tristeza, por lo embarazoso y desairado del encargo que tenía que cumplir en la Corte.

—«¿Por qué he querido conservar la vida? —se decía disgustado de sí mismo.—¿Por qué no dejé que la lanza del contrario me hubiera atravesado el corazón en Castro-Nuño?... Voy á ser portador de alegría para los enemigos del profeta, y voy á publicar mi propio vencimiento, mi propia deshonra..... ¡Mal haya la hora en que abrí los labios para pedir clemencia al vencedor!.... ¿No me hubiera sido mejor perder la vida que debérsela á un cristiano? ¡Abumelid, Abumelid! ¿Tuviste miedo á la muerte?... ¡Ah! no. Alá es testigo de cómo la he desafiado en cien combates. Alá es testigo de que no he pedido la gracia de vivir por miedo á la muerte ni por apego á la vida, sino por *ella*...»—

Ella era Zudaira, la hija del gobernador de Talavera, la mora más hermosa que había desde el Guadarrama hasta el Estrecho, la

que al partir le había atado al cuello de la lanza un lazo de seda verde con su cifra bordada en oro, como prenda de que en volviendo vencedor celebrarían sus bodas.

Por no renunciar para siempre á ver realizado este hermoso sueño de felicidad, había querido Abumelid conservar la vida, aun á costa del bochorno de pedirla al contrario y de tener que publicar en tierra de cristianos su derrota.

¿Podría llegar así á la dicha anhelada?

Por de pronto marchaba en dirección opuesta. Pero ¿quién sabe?... La esperanza es lo último que se pierde, y Abumelid esperaba todavía que después de aquel grave contratiempo, cumplido el juramento que había empeñado, el leonés le devolvería hidalgamente sus armas, con ellas tornaría á incorporarse á los suyos, haría proezas de valor contra los cristianos y tornaría á entrar en Talavera siendo el primero entre los vencedores.....

Sólo esta esperanza sostuvo á Abumelid y le dió ánimo para llegar á las puertas de León, declarar á la guardia el motivo de su viaje, entrar en la ciudad bajo las miradas curiosas de sus habitantes, y presentarse en el palacio, donde cumplió con toda exactitud el extraño encargo de Hernando de Pedrosa.

La reina y toda la corte tuvieron con la victoria del ejército cristiano grande alegría;

doña María de Villamizar sintió muy halagado su orgullo y hasta un poco enternecido el corazón en favor del valeroso caballero á quien hasta entonces afligía con su desdén, y Abumelid, después de hacer las convenientes zalemas á la reina y á las damas, tornóse á montar á caballo y comenzó á desandar el camino.

## III.

—«¡Cuántos monumentos de nuestra desgracia!»—decía Abumelid á la tarde siguiente atravesando los *Campos Góticos*, erizados de fortalezas reconquistadas recientemente al poder moruno por Alfonso el Magno, que puso la frontera en el Duero.—Allí está Belmonte..... Allí Villalba del Alcor..... Aquel es Tordehumos..... Aquel es Ureña..... El otro es Tiedra..... Allá está la Mota..... Si Alá lo quiere y el Profeta ampara á sus hijos, pronto volveremos á ocupar estas tierras, y Zudaira será la señora del que más la agrade entre todos estos castillos.....»—

Castillos en el aire eran los que hacía el pobre Abumelid, mientras hundiendo las espuelas en el vientre del cansado alazán, pro-

curaba llegar cuanto antes al campamento del rey Ordoño, para dar cuenta á Hernando de Pedrosa del cumplimiento de su promesa y recobrar sus armas.

Al día siguiente repasó ya el Duero por Tordesillas, y después de hacer varias preguntas sobre la dirección que había llevado el ejército cristiano, se encaminó á Segovia.

Allí tuvo noticias de que el rey de León se había dirigido hacia el Poniente.

Día y medio después le informaban en Avila de que el ejército cristiano, persiguiendo á los moros, había tomado allí la dirección de Piedra-Hita.

—En el puerto resistirán los míos—se decía—y harán á los cristianos retroceder.

Pero llegó al puerto, y por allí habían pasado también, en dirección al Mediodía, los moros huyendo, y en su persecución los leoneses.

—¿Habrán ido sobre Talavera?—se preguntó medio desesperado. Y se encaminó á Talavera con el imprudente coraje con que la osa, que ha sentido la gritería de los cazadores, marcha de frente á ellos, porque en la misma dirección está la cueva en que ha dejado sus esbardos. Ya no se acuerda de que no tiene armas con que combatir; piensa en Zudaira, espolea sin piedad su pobre potro y llega por fin á Talavera, cuyas ruinas cubre una nube de humo.



—¿Qué es esto?—preguntó á una anciana que lloraba á las puertas de la ciudad.

—Que el profeta abandona á sus hijos..... Que el rey de los cristianos ha caído sobre nosotros con su ejército, ha entrado por fuerza en la ciudad, y después de saquearla y de ponerla lumbre, se ha llevado cautivos al gobernador y á todos los habitantes de buena edad que no habían perecido en la defensa..... No entres, Abumelid, que no hallarás más que casas ardiendo y viejos llorando.....

—¿Dónde están los cristianos?—preguntó Abumelid á la anciana.—¿Sabes adónde han ido?

—Marchan sobre Cáceres.

Abumelid dió vuelta á su caballo, y por la parte exterior de la ciudad, medio asfixiado por el humo de los edificios que las llamas iban acabando de consumir, se puso en el camino de Cáceres, corriendo como un loco en seguimiento de los leoneses.

Después de haber andado una buena jornada, tuvo noticia de que el rey D. Ordoño, enterado de que en Toledo se estaba juntando un ejército muy grande para salir contra él, por no exponerse á perder las ventajas adquiridas, había determinado volverse á sus tierras.

## IV.

Cinco días después entraba Abumelid en Zamora, donde estaban el rey de León y su ejército celebrando con grandes fiestas las recientes victorias. Pero ni encontró allí á Zudaira, porque los cautivos de Talavera habían sido llevados á León, ni á Hernando de Pedrosa, que había sido el encargado de conducirlos.

El triste Abumelid pidió hablar al rey, y concedido que le fué, refirió á D. Ordoño todas sus desdichas, desde la derrota de Castro-Nuño, hasta el cautiverio de la elegida de su corazón, de aquella por quien había querido vivir, aun al duro trueque de ir á declarar su vencimiento á la corte cristiana.

—«Señor—concluyó el enamorado Abumelid, arrasándosele en lágrimas los ojos—en vuestra ley son sagrados los juramentos: dame á Zudaira que me ha jurado ser mi esposa..... Esa mujer, señor, me pertenece; no puede ser de otro hombre. Dámela, rey magnánimo, y Alá prolongue tus días y los de tus hijos.....»—

La sinceridad con que el moro expresaba su pena conmovió grandemente á Ordoño II,

el cual, considerando que en aquellos días en que Dios le colmaba de felicidad concediéndole la victoria sobre los enemigos de la fe, y la dilatación de sus dominios, no debía negar á un desgraciado una merced relativamente pequeña, hizo á Abumelid portador de una carta para León, en la que ordenaba la libertad del gobernador de Talavera y de su hija.

Acariciando y besando el pergamino, partió Abumelid á toda prisa para León, después de haber hecho al rey cristiano interminables reverencias.

Iba á ser feliz. En León recobraría sus armas y la mujer amada de su corazón. La común desgracia haría que ni Zudaira ni su padre tuvieran por caso deshonroso lo de Castro-Nuño, aun cuando hubiera llegado á su noticia. Y luego, él iba á ser su salvador, á él le iban á deber la libertad Zuraida y su padre.

Embebido en tan dulces pensamientos llegó á León el tercer día á media mañana, á tiempo que las campanas de la catedral repicaban y volteaban alegres anunciando fiesta.

Penetró en la ciudad, por cuyas calles discurría mucha gente en dirección determinada, y siguiendo aquella misma dirección, se encontró en la plaza de Regla, donde el concurso era muy grande.

Las campanas seguían tocando.

—¿Qué ocurre de extraño?—se determinó á preguntar.—¿Por qué es la fiesta?

—Porque se bautiza una cautiva—le contestó una mujer que, cubierta la cabeza con la mantilla, se encaminaba al templo.

A Abumelid le dió una vuelta el corazón. ¿Sería Zudaira?... No, no podía ser. ¡Qué locura! Zudaira estaba bien instruída en la ley del Profeta..... Pero la mujer á quien había preguntado continuó:

—Y es una mora de las principales, y muy hermosa, hija no sé si de un emir ó de un califa..... ¡Vaya! Como que la bautiza el señor obispo y es padrino el conde de Mayorga y madrina doña María, la dama de la reina...

Cada palabra de estas se clavaba en el corazón de Abumelid como un dardo envenenado.

¿Sería posible que fuera Zudaira la que abandonaba la ley del Profeta?

La sangre se le agolpaba en la frente y sentía escalofríos terribles en el cuerpo.

Se apeó, abandonó el caballo en medio de la plaza, y atropellando á los fieles que querían impedirle el paso penetró en la iglesia. Se dirigió á la capilla donde había más gente y vió á Zudaira con el cuello desnudo y destrenzados sus hermosos cabellos negros por donde acababa de correr el agua del bautismo.

—¡Pérfida!—gritó Abumelid con voz ahogada por el furor.

La mora le conoció en la voz y se estremeció. Después quiso llamarle, para exhortarle á que abjurara como ella de la superstición de Mahoma y abrazara la religión cristiana; pero Abumelid había desaparecido.

Salió de la iglesia y de la ciudad corriendo como un loco, y al volver á pasar el puente de Mansilla, se arrojó de cabeza en el Esla.

## V.

Un año después, Hernando Alvarez de Pedrosa, el vencedor de Abumelid, en desquite de los antiguos desdenes de Doña María de Villamizar, se casaba con la hermosísima Zudaira, ó con *Doña María de Talavera*, como llamaron á la mora después del bautismo.



## LA TÍA JAVIERA.

---

Fuenlabrada es un pueblo que está hacia el Sudoeste de Madrid, á dos leguas y pico, y que mucho antes de tener una estación en el ferrocarril del Tajo, era ya célebre por sus rosquillas.

Ya se sabe que en esto de las celebridades, las hay de muy diversas especies.

Desde la de aquel bárbaro de aquel Omar que puso fuego á la biblioteca de Alejandría, hasta la de José María Carulla, que puso toda la Biblia en verso, la celebridad y los modos de alcanzarla varían casi tanto como los modos de matar pulgas.

Y eso que de estos cada cual tiene el suyo, según decía el alojado del cuento, que las mataba á tiros.

La celebridad de Fuenlabrada era mucho más dulce é inofensiva que otras: consistía en ser la patria, ó si se quiere el horno, de las mejores rosquillas que se presentaban en la romería de San Isidro.

Y digo que era y que consistía, porque al

presente la celebridad de Fuenlabrada ya no es la misma de antes, ni consiste en lo de antes, sino en ser la patria de la TÍA JAVIERA.

La cual vino con sus manos lavadas y... miento, que no creo que las solía tener muy lavadas; pero, en fin, vino y suplantó á su pueblo en la fama de hacer buenas rosquillas.

De modo que hoy en día ya no sirve decir que las rosquillas son de Fuenlabrada, si no se añade que son de la TÍA JAVIERA.

¡La TÍA JAVIERA!

¿Quién no conoce, de nombre por lo menos, á esta celebridad casi contemporánea y casi dulce?

Si yo fuera aficionado á entretenerme en eso que suelen llamar filosofías, ya estaba ensartando aquí una retahíla de cosas así como razonamientos, encaminados á demostrar que la TÍA JAVIERA debió de tener un talento de primer matrimonio...

Porque no se diga siempre de primer orden.

Y porque además, la TÍA JAVIERA, según mis noticias, fué casada dos veces. Por cierto que en su primer matrimonio parece que fué más feliz, ó si se quiere, menos infeliz que en el segundo.

Cosa que les suele pasar á todos los que se casan dos veces, según las observaciones y datos estadísticos de una especie de general Ibáñez, aunque menos retribuido, que murió



aquí en la corte, á los sesenta y siete años de ser sacristán de la parroquia de San Lorenzo.

Pero volviendo á la TÍA JAVIERA, ó hay que convenir en que no es necesario tener talento para alcanzar celebridad, ó no se puede menos de reconocer que la TÍA JAVIERA y el general Martínez Campos han tenido un talento, ó dos, mejor dicho, de esos completamente prodigiosos.

Es decir, que han tenido mucho mayor talento que todos los que en nuestros días, ó hablando con más propiedad, en nuestras noches, exhibiéndose en los salones, asistiéndolo á juntas de beneficencia, ó de maleficencia, como las que tienen los tahoneros para encarecer el pan, yendo á ver salir la gente de los teatros, ó acudiendo á levantar el caballo de un coche de alquiler que se haya caído en la calle de Salitre, logran ver alguna vez su nombre impreso en *La Correspondencia*.

Porque es preciso desengañarse: entre todos los hombres que se hacen traer y llevar en secretarías y presidencias, entre todos, desde Alfredo Escobar hasta Cánovas, pasando por don Manuel María José de... ya se sabe (y perdóneme el señor Galdo si se me ha olvidado algún otro nombre), no han alcanzado ni la décima parte de celebridad que el general Martínez Campos y la TÍA JAVIERA, ésta en las

rosquillas y el otro en los pronunciamientos. Y estoy por decir que ni aun la décima parte de la celebridad de la TÍA JAVIERA sola.

¡Qué mujer! Me parece que la estoy viendo, y eso que no la vi en mi vida.

Recuerdo perfectamente que cuando vine á Madrid á estudiar leyes, llegué á la estación del Norte, que por supuesto, era todavía de madera, y allí tomé un *simón* que me condujo á una casa de huéspedes que había en la calle del Arco de Santa María, número...

Pero esto ya se lo contaré á ustedes otro día.

Ahora lo importante es decirles que por entonces conocí, no á la TÍA JAVIERA, sino á un brigadier muy anciano, emparentado con mi familia, el cual estudiaba en León segundo año de teología, el primero de la guerra contra los franceses, y un día se levantó, no solamente de la cama como los demás días, sino de cascos, como los demás estudiantes de la noble ciudad, á los gritos de *¡Dios, Patria y rey! ¡Afuera el extranjero!*

El cual (el extranjero) nada tiene que ver ciertamente con la TÍA JAVIERA, pero allá vamos.

El caso es que este brigadier que creo que se asustaría en la batalla de Rioseco, como casi todos sus compañeros y amigos, pero que después fué un militar aguerrido y valiente si los hubo, me enseñó á jugar al tre-

sillo; y una noche, mientras yo le estaba dando un codillo de solo de favor, me contaba de la TÍA JAVIERA lo siguiente:

—«Hace ya muchos años que yo la conocí; la primera vez que vine de Filipinas, que era por ahora, y me fuí con esta (*ésta*, ó más bien *aquella*, era su mujer) á la romería de San Isidro. Y ahí tienes..... ¡calla! pero, ¿me has fallado ese rey?.... Ahí tienes; se ha hecho célebre nada más que por hacer buenas rosquillas; lo demás..... ¡hombre, hombre, dos fallos!.... lo demás no tiene nada de particular, ó no tenía, que no sé si vive.

»Era una mujer de estatura regular, más bien baja, morena, un poco tierna de ojos, la nariz corta, y con un poco de bigote que no dejaba de hacerla gracia..... ¿Y ahora me pisas? esto va á acabar mal..... Allí la vereis cuando vayais mañana, si es que vive, detrás de un gran montón de rosquillas gritando: «¡Aquí, aquí, de la TÍA JAVIERA!» ¡Caramba, codillo!»—Y nos pagó á treinta.

Al dia siguiente por la mañana me fuí con un amigo inseparable, que aun ahora lo es, y Dios me lo conserve, á la romería de San Isidro, y apenas nos internamos en el barullo, cuando entre la confusa gritería de vendedores de pitos, panderetas y rosquillas del Santo, distinguimos perfectamente el grito que nos había anunciado el brigadier: *¡Aquí, aquí, de la TÍA JAVIERA!* Y otro que añadía:

¡De los sobrinos, de los sobrinos de la TÍA JAVIERA!

—¿Quién es la TÍA JAVIERA?—preguntó mi amigo, dirigiéndose resueltamente al grupo.

—La TÍA JAVIERA ya se murió, señorito—le contestó un mozo muy alto;—pero por eso... las rosquillas son las mismas.

—¡Ah! ¿las dejó hechas?

—No, señorito, quiero decir que son lo mismo que en vida de mi tía que en paz descansa.

—¿Es decir, que usted es el sobrino?

—No, señor, los sobrinos *semos nusotros*, yo y mi *marío*, que *velaquistá*—dijo una mujer muy quemada del sol y muy fea, que estaba un poco más arriba.

—Diga usted que no, señorito; que los verdaderos sobrinos somos nosotros, los dos hermanos—dijo otra allá enfrente—y las verdaderas rosquillas de la TÍA JAVIERA son estas, estas, que ella *mesma* se las enseñó á hacer á mi madre...

—¿Y cuándo se ha muerto la TÍA JAVIERA?—preguntó mi amigo á su primer interlocutor.

—¡Ay! hace ya mucho, señorito... deje usted... el año antes de la guerra de Africa, porque se murió el mismo año que el marido de mi tía Catalina la Viroja, y me acuerdo que se libró su hijo de soldado por hijo de viuda.

—Y, vamos, ¿quiénes son los sobrinos?

—Pues mire V., señorito, algo sobrinos somos todos; pero, la verdad... porque yo la verdad la digo aunque sea contra mí; la más sobrina de todos es aquella muchacha de más arriba, que no ha *hablao*, porque aquella es hija del tío Pedro el Collón, que estuvo *casao* de segundas *nuncias* con la tía Juana, que era prima segunda de la TÍA JAVIERA.

—¿Y los demás son Vds. menos sobrinos todavía?

—Mucho menos, casi nada; pero quiere decirse que como la gente de Madrid es así... tan tonta, si no decimos que las rosquillas son de la TÍA JAVIERA, ó á lo menos de los sobrinos de la TÍA JAVIERA, no vendemos ni una.

Mi amigo compró unas rosquillas al mozo de Fuenlabrada para pagarle de alguna manera su conversación, su amabilidad y sus noticias.

Cuatro meses después el general Serrano, que era por entonces la TÍA JAVIERA de los pronunciamientos, hizo el de Setiembre del 68, que en los primeros días después del triunfo se dió en llamar la *Gloriosa Revolución*, y poco más tarde LA GLORIOSA á secas, ó por antonomasia con sus matices de ironía.

Han pasado veintitrés años, que, seguramente se les habrán hecho á Vds., lo mismo que á mí, veintitrés minutos, y la fama y la celebridad de la TÍA JAVIERA, lejos de extin-

guirse, han ido creciendo, siempre creciendo, hasta lo fabuloso.

Porque, á estas horas, la tía JAVIERA figura en la política, en la literatura, en las artes y en las ciencias; su nombre rueda por los periódicos y por los libros, igual que por los corrillos y las conversaciones vulgares, y sin haber hecho en su vida más que rosquillas, se la considera autora de todo lo mejor, y se dice que es de la tía JAVIERA todo lo que es legítimo, castizo y verdadero, por oposición á lo bastardo, á lo nuevo y á lo falsificado.

¡Vean ustedes lo que son las cosas! La pobre rosquillera de Fuenlabrada, con no saber hacer más que rosquillas, que son en el ramo de la pastelería lo rudimentario, lo menos fino, ha inmortalizado su nombre; mientras que otros personajes más encopetados, que han hecho todo género de pasteles de los más difíciles y costosos, costosos, por supuesto, para el país, arañando al mismo tiempo un día y otro día en la escalera de la celebridad, han caído en el pozo del olvido.

¿Quién se acuerda ya entre nosotros de Martínez de la Rosa ni de Istúriz, de Mon ni de Arrazola, de Miraflores ni de Posada Herrera? Murieron ayer como quien dice, y ya nadie ni para bien ni para mal se acuerda de ellos. Ni aun para llamar política de Fulano ó de Mangano á una política tortuosa, insegura, poco franca y sin rumbo fijo.

En cambio la TÍA JAVIERA, de la cual es muy de presumir que no aspiró á la celebridad, ha alcanzado la gloria de que en todas partes sirva ya su nombre como de marca ó sello á todo lo legítimo.

Que algunos versificadores se ponen á escribir leyendas como Zorrilla ó doloras como Campoamor; pues ya tienen ustedes á la TÍA JAVIERA hecha una excelente poetisa, porque desde entonces son de la TÍA JAVIERA todas las leyendas y doloras no falsificadas.

Que se muere un ganadero de esos acreditados, ó de esos que tienen toros acreditados, porque el crédito en realidad es de los toros, y heredan la ganadería un hijo y un yerno, y el primero cruza la raza y la echa á perder, mientras el segundo la conserva pura.....; pues ya tienen ustedes á la TÍA JAVIERA convertida en dueña y señora de un montón de ganado, porque los toros del yerno del difunto pasan á ser de la TÍA JAVIERA irremisiblemente.

Que se divide un partido político cualquiera, el conservador verbigracia, en dos bandos, los cuales abren dos iglesias, ó dos casinos, que son las iglesias de la política liberal, uno enfrente de otro.....; pues la TÍA JAVIERA se calza enseguida la jefatura de uno de ellos, ó de los dos á ratos; porque es seguro que cuando se dispute sobre cuáles son peores, no dirá el que pretenda defender á

los de un bando: «estos son los conservadores de Pedro ó los conservadores de Juan,» sino: «Estos son los conservadores de la TÍA JAVIERA.»

Pero ¿qué más?..... si yo mismo, al acabar de escribir este esbozo, no deseo otra cosa sino que ustedes, al acabar de leerle, me tengan cuando menos por algo sobrino de Pereda, que es la verdadera TÍA JAVIERA en este género de rosquillas.....



## SUEÑO.

—

Dice un refrán, que de noche todos los gatos son pardos.

Lo cual podría, sin menoscabo de su sentido filosófico, traducirse diciendo, que, de dormidos, todos los hombres parecen académicos de la lengua.

De dormidos y soñando, especialmente, que es como el parecido llega casi á la identidad; porque aparte de que el dormido no hace nada, y esta es la primera condición de similitud, si da en soñar por añadidura, bien puede ser el hombre más formal, de más claro ingenio, el más estéticamente chapado, el más antiacadémico del mundo, que no por eso se ha de librar de que se le ocurran disparates tan grandes como los pueda escribir despierto cualquier Alejandro Pidal y como los pueda concebir desvelado cualquier Mariano Catalina.

¡Les digo á ustedes que tuve yo un sueño tras de antes de anoche más disparatado.....!

Es verdad que me acosté pensando en el asunto.

Y el asunto era el atracón anual que suele dar el conde de Cheste á sus cómplices en el delito de corrupción de primores del habla castellana.

—«¡Que digan ahora que no sirve de nada la crítica—pensaba yo pocos momentos antes de quedarme dormido como un Cheste...!

¡Ay! perdonen ustedes..... quería decir como un cesto—

»¡Que digan ahora que machacar sobre los académicos es machacar en Guerra frío!

»¡Que vengan con eso de que no se adelanta nada censurando las tonterías de los académicos, porque á ninguno de ellos le importan las censuras tres Cañetes, ó como si dijéramos tres caracoles.....!

»A fe mía que, hace dos años, el conde de Cheste aparejó su cena para el 28 de Diciembre, día de Inocentes, y porque me burlé yo de la elección del día, el año pasado adelantó la función veinticuatro horas.

»Y á fe mía que por haberme vuelto á reir el año pasado de la académica ignorancia del conde y de los suyos, que no cayeron en la cuenta de que la víspera de Inocentes, desde puestas del sol, se está ya en plena festividad, han querido también este año cambiar de noche, y no atreviéndose á dejarlo para la del 30 del mismo Diciembre, por no caer dentro de la víspera del 31, día del santo de los académicos y de los progresistas, se ade-

lantaron á celebrar sus ágapes el 26, día de San Esteban protomártir, y día no mal elegido tampoco, pues que si apedreado fué San Esteban, también lo es por los académicos el castellano.

»Que digan que la crítica no sirve para nada.....

»A más de que no solamente en la elección de día ha habido enmienda, sino también en otros pormenores.

»El año antepasado, por ejemplo, el conde hizo en verso la convocatoria; en unas redondillas tan malas que merecieron la predilección de D. Luis Alfonso, el cual (supongo yo que sería él, porque es allí el jefe del negociado literario), las hizo publicar en *La Época*.

»Por cierto que empezaban así:

«En Madrid, donde resido,  
*Entre octavas del Ariosto,*  
*Y no el veintiuno de Agosto*  
 Este engendro he concebido.  
 El cual (?) recordaros debe  
 Que el martes, á pie ó en coche,  
 A las siete de la noche  
 Vengais á mi *Parasceve* (!).  
 Y que hoy suena mi almirez  
 En la calle de Pizarro,  
 Donde lo ha mudado el carro  
 Junto á la esquina del *Pez...*»

»Pues bueno: porque me reí también de estas *redondillas esquinadas* y llenas de ripios,

el conde ya no ha vuelto á llamar con almirante á los académicos; ya este año ha tenido á bien suprimir los versos. Todavía le hemos de ver suprimir el convite...

«Que digan que no sirve de nada la cri... ti....»

Y me quedé dormido.

Y empecé á soñar las mayores locuras.

Lo primero, como si me hubiera *mudado el carro*, lo mismo que al almirante del conde, me figuré que estaba en la *esquina del Pez*, es decir, en casa del de Cheste, habiéndome colado como por encanto, á través de aquellos muros que, aunque parecen viejos y endebles, están contruidos á prueba de soneto, ó como decíamos antes, á prueba de bomba.

Como que han resistido, sin estremecerse y sin derruirse, los continuos disparos *poéticos* y las continuas explosiones de vanidad rimada del conde de Cheste y sus amigos por un lado, y del marqués de Cerralbo y los suyos por el otro.

*Habent sua fata... domus*, como dijo el poeta latino por los libros; hay casas que tienen mal signo, todo el mal signo necesario para verse condenadas á albergar un par de *poetas* de ese calibre.

Pensando en la mala suerte de la casa, me acomodaba en un rinconcito y veía ir entrando fracs de todas épocas sobre académicos de igual condición, con la circunstancia de que

á algunos de ellos les caía el traje de etiqueta como á un burro un par de vueltas de corales.

Sentábanse á la mesa.

Cada cual encontraba delante de sí un cartoncito, á manera de lista de fonda, en que se hallaba escrito, en francés de los Bajos Pirineos, el índice de la comida.

¿En francés de los Bajos Pirineos he dicho? Perdónenme los pacíficos habitantes de las riberas del Nive y del Adoure, si su deliciosa mistura de francés, vascuence, castellano y *patuá* queda ofendida en la comparación. He debido decir en francés de *Los estanqueros aéreos* ó de la zarzuela *De Madrid á Biarritz*. «*Je suis desganée, pero nous mangerons,*» que decía con mucha gracia Balbina Valverde.

Valía Dios que se trataba de académicos, que no habían de ser más escrupulosos en el francés que en el patrio idioma, y que, por tanto, habían de ser capaces de tragar, no solamente los *petits crustades á la toulusse* y los *neuds de boeuf á la provencale* y los *haricots penachés* y los *poulardes de Mans* y los *petits canards truffés*, sino sapos y culebras que fueran, y tigres coronados.

Por cierto que un académico poco devoto, á quien se le habían hecho demasiado largas la bendición de la mesa y las oraciones que al empezar había rezado un presbítero que asistía al convite, cuando se puso á leer la

lista y encontró allá hacia la mitad la palabra *asperges*, dijo muy alarmado al oído del compañero de la izquierda:

—¡Adiós, demonio! ¡Nos van á fastidiar!... ¡Otra bendición á media comida!..

—¡Quiá hombre!—le contestó el otro.—¿De qué te sale?..

—Míralo aquí bien claro... Después de estos *poulardes de Mans*, que creo que son pollos mansos, *asperges*...—

También oí cómo otro académico barbilar-go y flacucho dijo á media voz, entre dos bocados, al vecino:

—¿Sabes que me gusta el *gato de Nápoles*? (*Gateau napolitaine* decía el programa).

—Debe de ser gata—le contestó el interrogado—porque *napolitaine* me parece que es terminación femenina.

—Pues sea gato ó gata, lo cierto es que yo empecé á comerlo con recelo, pero me gusta.—

Y asimismo oí cómo otro académico, mal avenido con que á los limpiadores del habla castellana se les diera de comer en francés, se quejaba de ello al que tenía á su lado. Y éste que era listo (*rara avis!*) le tranquilizó, diciéndole que se explicaba perfectamente y áun había sido feliz idea la de darles por extraordinario la comida en francés, «porque el castellano, añadía, ya estamos cansados de mascarle.»

Concluyó la comida, se echaron los hom-

bres cuatro traguetes de Champagne, y no diré que se pusieran peneques, pero lo que es á medios pelos... Vamos, que se pusieron alegrillos.

Naturalmente, como podría decir *La Correspondencia*, á la cual uno de ellos fué á dar la noticia aquella misma noche, y se la dió al revés, hablándola de *brindis* y *discursos* que no hubo y que él sólo en su alegría pudo haber escuchado.

Mas tampoco esto fué un mal, sino un bien; porque de este modo, *La Correspondencia*, que se había apresurado á publicar el *gaudeamus* con todos sus pelos y señales, incluso lo de los discursos y los brindis, en su edición de por la mañana, tuvo que rectificar, *mejor informada*, en la edición de por la noche, y así dedicó dos himnos á la fiesta.

Con la particularidad de que el segundo la salió tan oscuro y enrevesado, que parecía deducirse de él que el conde de Cheste era hijo de sus hijos.

Vino, tras del yantar en francés, la inevitable parte literaria, y allí empezó Cristo á padecer, como suele decirse.

Y como puede decirse aquí literalmente; porque no sólo padeció el castellano, sino el mismo Divino Redentor, contra quien no podía menos de escapárseles á los señores, entre col y col, alguna blasfemia.

Digo entre col y col, sin que sea figura ni

ripió, pues toda la sesión se redujo á berzas literarias.

Rompió el fuego, digámoslo así, el convidante, leyendo trozos de las diferentes (¡y vaya si son *diferentes!*) traducciones que ha perpetrado contra el cantor de Orlando y el de Laura, y aunque los fragmentos aquellos en el jardín nativo fueron rosas, trasplantadas al huerto del general Pezuela, no pudieron pasar de pepinos.

Salió inmediatamente el marqués de Molins y recitó la fabulilla, es decir, el romance suyo de la *Noche-Buena*, poco menos viejo, igualmente repetido y mucho más malo que la conocida fábula de Iriarte.

Después oí recitar á otro académico, que yo no conocía, unos versos tan malos que me daban una especie de dolor en el estómago. ¡Como que era una *dolora* de Arnao! según llegué á saber á lo último.

En seguida vi levantarse á D. Pedro Madrazo, y empecé á temblar de tal manera, que, sin poderme contener, daba diente con diente.

¡Ah! no temblaba yo sin falta de misterio. ¡Figúrense ustedes qué tal sería la poesía que empezó á leer, cuando *Alma-viva* la ha llamado *bella!* ¡Simplemente bella!

Campoamor y Núñez de Arce desentonaron un poco el cuadro leyendo poesías; pero luego volvió el mal gusto á recobrar sus fueros y la sesión su fisonomía académica, con la lec-



tura de versos del señor Calcaño, que es un americano que nos ha salido hace algún tiempo, con las aficiones poéticas más terribles.

No menos terribles demostraron tenerlas otros dos americanos llamados Holguín y Peralta; de los cuales así como de su citado compatriota, no hay que decir si serán malos poetas, cuando la Academia los ha elegido por correspondientes.

¿Qué más faltará? me preguntaba yo con el alma en un hilo... ¿Leerá Cañete?... ¿Leerá Pidal?... ¿Leerá Cánovas?... ¿Qué otras pruebas nos reservará el cielo?...

Cuando en estas dudas y en estas aficciones mías, empezó á leer... ¿quién dirán ustedes?... Pues D. Víctor, D. Víctor Balaguer, el delas plumas de gacela, el que refleja sombra, el que vió una luz apagada, empezó á leer unos versos, vamos al decir, castellanos, á la serenísima señora infanta D.<sup>a</sup> Paz, á quien ni su linaje, ni su sexo, ni su ausencia pusieron á cubierto de la irreverente acometida.

Y aquí, á las primeras estrofas, me iba ya á caer desmayado, cuando sentí mucho ruido en la calle. Y me salí; no sé casi por dónde ni cómo, pero ello es que me salí, porque me encontré fuera. Y por cierto que vi las dos calles, la de Pizarro y la del Pez, cuajadas de gente.

Y de gente de armas tomar, ó de armas tomadas, que era lo maravilloso del caso.

—¡Guerreros á la antigua usanza!—me dije—¿qué es esto?

Y cuál no sería mi asombro al oír á un vejete que decía:

—¡Encárgate tú de ese frente, Cadhalso, y que dirija Garcilaso el asalto por este otro...!

Nuestros grandes poetas, nuestros buenos prosistas, irritados por la profanación que se estaba cometiendo en aquella casa, y por las injurias de que era objeto la lengua que ellos enriquecieron y hermopearon, habían abandonado sus sepulcros y se preparaban á entrar á sangre y fuego.

Los nuestros y los extraños, porque también estaban allí Ariosto y Dante y Petrarca, incomodados por las traducciones.

Y no habían acudido solos los escritores y poetas, sino acompañados de los héroes y caudillos que inmortalizaron en sus obras.

Ariosto había traído á Orlando; D. Bernardo de Valbuena, á Bernardo del Carpio; el mismo D. Alonso de Ercilla, aunque sabía pegar, había traído también en su compañía al bárbaro de Caupolicán, armado de una maza tan enorme, que del primer mazazo hubiera hecho la casa cisco.

Además, estaban allí en primer término, armados de todas armas, y luciendo su marcial continente, Miguel de Cervantes, Juan Bautista Arriaza, Jorge Manrique, el marqués de Santillana, José Cadhalso, Garcilaso,

Ercilla, Moreto y otros muchos que sería largo enumerar, mandados todos por el Cid, á quien habían despertado sin duda los ofendidos autores de sus romances; y un poco detrás, como para animar á los guerreros y pedir al cielo protección para ellos y buen éxito para la empresa vengadora, estaba el elemento eclesiástico representado por el ya citado D. Bernardo de Valbuena, ilustre obispo de Puerto-Rico y autor de *El Siglo de Oro*, y por los presbíteros D. Juan de Ferreras, Don Pedro Calderón de la Barca, D. Frey Félix Lope de Vega Carpio, D. Luis de Góngora, D. Fernando de Herrera, D. Antonio de Solís, D. Juan de Mariana, Fray Andrés Pérez, Fray Gabriel Téllez, Fray Diego González y Fray Luis de Leon, que parecía repetir, dirigiéndose á los armados para tomar venganza, aquellos versos suyos de la traducción del salmo *Super flumina*:

«Destruid los cimientos,  
Asolad, asolad los fundamentos...»

Cuando el Cid que, como he dicho, mandaba en jefe, se preparaba á dar la voz de *¡á ellos!* sonó un pito á su espalda.

Era el del cabo de serenos del barrio, que venia rodeado de sus inferiores y de guardias del orden público.

Los poetas guerreros volvieron la cabeza

al oír la pitada, y como no conocían la institución, quedáronse un sí es no es sobrecogidos. Aprestábanse, con todo, á proseguir su plan, resistiendo, si era menester, á los de atrás, sin perjuicio de acuchillar á los de adentro; pero yo, que conocí bien el peligro que corrían, me acerqué á Moreto, que hacía de ayudante de órdenes, y le dije al oído: «No se metan ustedes en eso, D. Agustín, porque los van á asar á ustedes vivos. Lo de menos son los del chuzo; pero, ¿ve usted ese chisme que llevan los otros colgado á la cintura?... Pues es una *invención moderna*, muy distinta de la de Baltasar de Alcázar; una *especie de arcabuz*, como suelen definir los señores de adentro, que se llama revólver, y dispara seis balazos en un abrir y cerrar de ojos...

Moreto se lo contó al jefe del asalto, y éste, aunque á regañadientes, después que se enteró del todo, hubo de mandar derecha é izquierda, ó cada pájaro á su espiga.

La empresa había fracasado.

Pero, ¿quién demonios había juntado allí tanto sereno y tanto polizonte, cuando otras veces, aunque muera en una trifulca medio Madrid, no parece ni uno para un remedio? ¿Quién había reunido tanta *pareja*, y librado así á los académicos de una muerte segura y desastrosa?

El primer *número* á quien pregunté, me dijo que á él le había avisado un caballero

que llevaba una placa de latón en el ojal de la levita.

Seguí mis averiguaciones, y... ¿saben ustedes quién era el caballero? Un individuo de la Sociedad Protectora de Animales.

• • • • •  
¡Qué cosas se sueñan!

FIN.



# ÍNDICE.

---

	<i>Págs.</i>
Los primeros dientes.....	5
El coche.....	15
¡Fuera judías!.....	33
El bobo de la feria.....	43
La madre y la hija.....	73
A todo hay quien gane.....	91
El molin de Xuan Forcada.....	107
La boda de Isidoro.....	121
El caballo del diablo.....	151
El almuerzo del sastre.....	161
La sogá arrastrando.....	171
Castillo de naipes.....	185
La cazuela de madera.....	195
Juan Sangría.....	207
Aventuras, venturas y desventuras.....	221
La tía Javiera.....	233
Sueño.....	243





## PROTESTA.

---

Si alguna cosa apareciera en este libro contraria á la fe católica ó á las buenas costumbres, téngase por no escrita.

EL AUTOR.

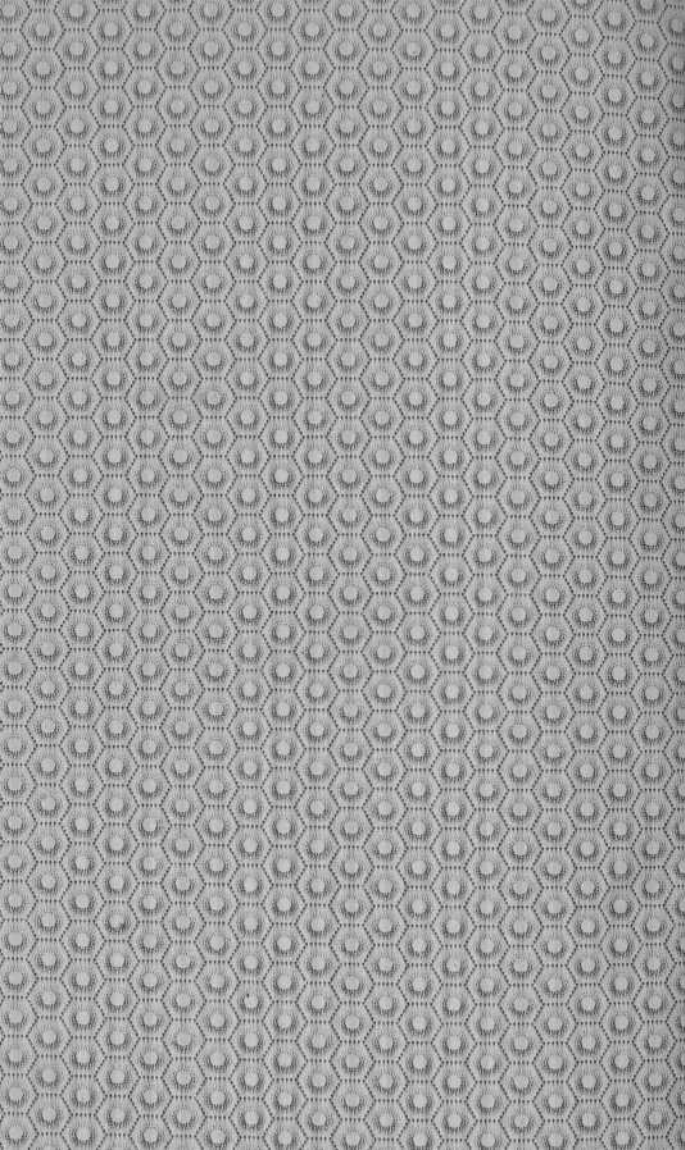
Se acabó de imprimir este libro  
en Madrid, en casa  
de José Cruzado,  
el 10 de Junio  
de 1891.

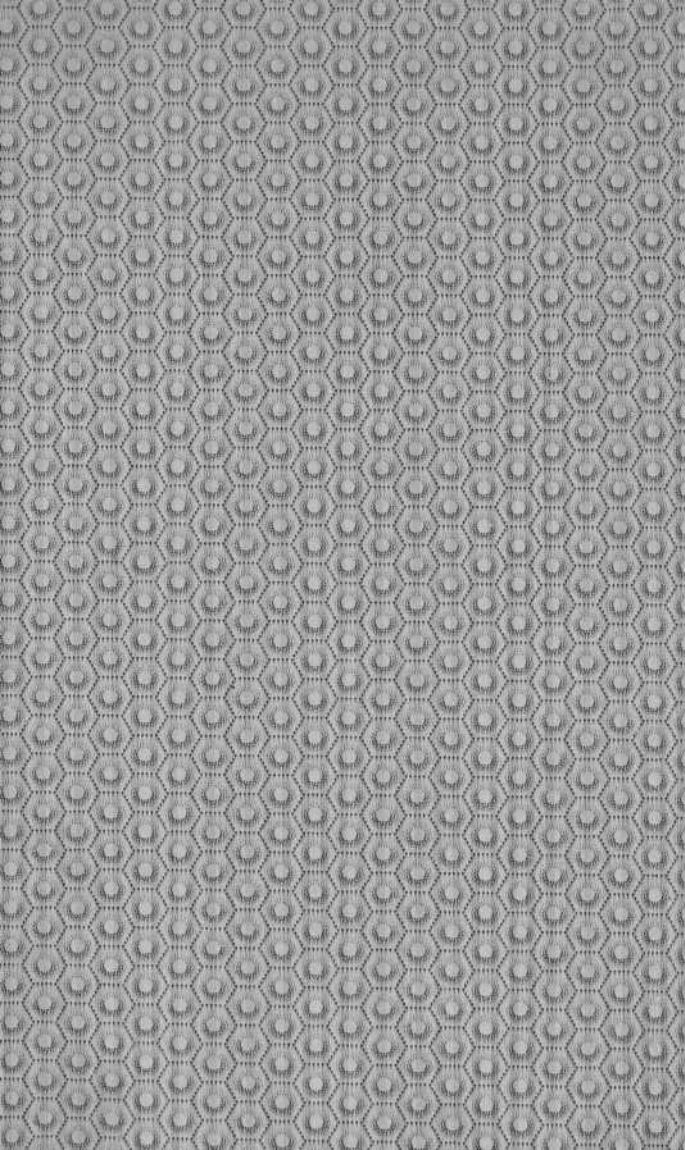
—

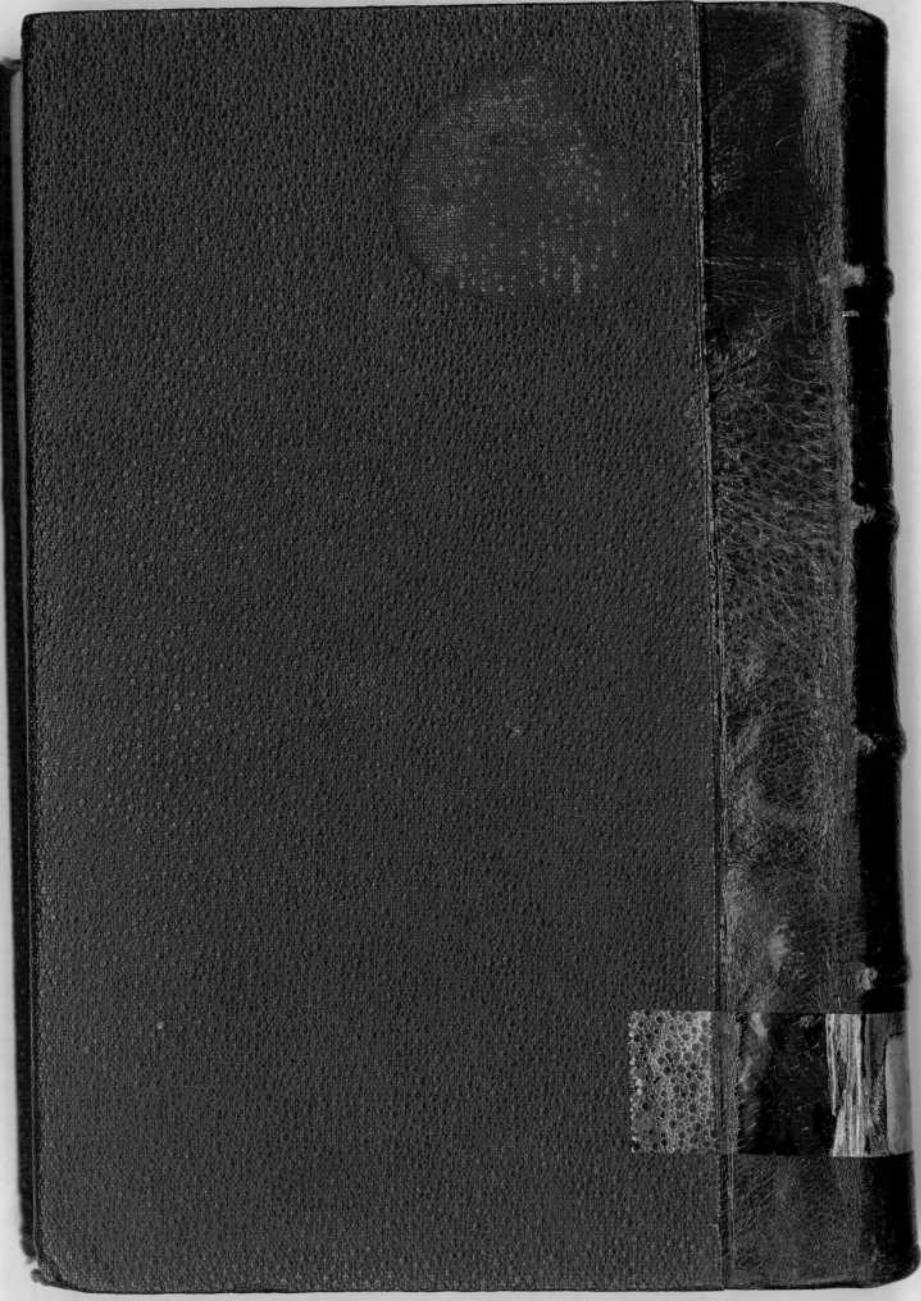
















VAREBUENA

CAPULLOS  
DE NOVELA



2766